



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

ESTÍMULOS

HUYKE



THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

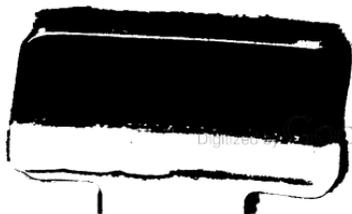
PRESENTED BY

Mrs. Perry Jones

G174
H986E



G174 H986E LAC



Mr G. C. Butte

Compliments of
The Author

July 23, 1925



ESTÍMULOS



Gran D. Henry Ke

ESTÍMULOS

LIBRO DE INSPIRACIÓN Y OPTIMISMO
PARA LA JUVENTUD

Por

JUAN B. HUYKE

Comisionado de Instrucción

de

PUERTO RICO

PRÓLOGO

Por el

DR. MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

RAND McNALLY Y COMPAÑÍA

CHICAGO

NUÉVA YORK

SAN FRANCISCO

Copyright, 1922, by
RAND McNALLY & COMPANY
Es propiedad, 1922
RAND McNALLY Y COMPAÑIA
Quedan reservados todos los derechos
para todos los países.



Made in U. S. A.

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

OPTIMISMO

JUAN B. HUYKE

Tengo un anhelo constante
De infinito. ¡ No te asombre !
Es un deber en el hombre
Caminar hacia adelante.

No me arredra la derrota,
Ni me abate el pesimismo.
Es mi fuerza el optimismo.
Voy tras una cumbre ignota.

Busco que a mi pensamiento
Lo inunde en luz el amor
A la pobre humanidad.

Y alborozado me siento
Pues del hogar al calor
Hallo la felicidad.

Gift of Mrs. Perry Jones

APR 29 1944

487546

ÍNDICE

	PAGINA
OPTIMISMO	5
PRÓLOGO	9
ESTÍMULOS SUPERIORES	15
HABLANDO CON UN JOVEN	21
LA LECCIÓN DEL DR. VEVE	28
COMO LOS NIÑOS	35
LA PATRIA	43
PADRES E HIJOS	51
CON ESTUDIANTES	56
UN EMPLEADO	64
HABLANDO	70
LAS CARTAS DE MUÑOZ	76
LA VOZ DE LA EXPERIENCIA	82
CORAZÓN DE NIÑO	88
EL HEROÍSMO.	90
AMOR A LOS NIÑOS	97
WOOLWORTH Y YO	103
EL BOHÍO	110
MI LIBRO	116
LAS CARTAS DE ROOSEVELT	121
DOMINGO	126
EL CARÁCTER.	130
HACIA ARROYO	136
NIÑO CAMPESINO	140
LA FORMACIÓN DEL HOMBRE BUENO	144
LAS DOCE COSAS QUE DEBIERAN RECORDARSE	149
¿POR QUÉ HAY TANTOS HOMBRES INÚTILES?	159
YABUCOA PARA LOS YABUCOEÑOS	165
LOS QUE SE VAN	176
EN NUEVA YORK	184

	PAGINA
HABLANDO DE NUEVA YORK	192
LA PALABRA DE DIOS	199
RECORDANDO	202
EL ARBOLITO	206
MIS LIBROS	210
FORD	215
ORIENTACIÓN	220

PRÓLOGO

He leído con verdadero deleite el original del presente libro, tendente a despertar la atención general hacia el niño, interesantísimo ejemplar de nuestra especie, no bien observado ni amado todavía, como elemento principal de cultura y perfección de la humanidad.

Su autor, don Juan B. Huyke, es un eterno enamorado de la niñez. Hijo de un educador insigne que dedicó toda su vida a la enseñanza docente y amorosa de la infancia en Puerto Rico, heredó y adquirió desde su más tierna edad el amor al niño, el hábito de observar atentamente el espíritu infantil en su desarrollo natural, y el entusiasmo pedagógico ha hecho de él, desde la primera juventud, uno de los mejores maestros de escuela de su patria, y andando el tiempo ha llegado a ser el primero y más especialmente dotado de sus educadores, residentes ahora en el país.

Las dotes excepcionales del Sr. Huyke han sido reconocidas por el Presidente Harding, quien le ha elevado al alto puesto de Comisionado de Instrucción Pública de Puerto Rico, siendo el primer puertorriqueño que ocupa cargo de tanta confianza.

Todo ha contribuido a condicionar su intelecto y a disponer su corazón hacia este admirable resultado. El haber nacido y florecido moral e intelectualmente en la escuela; el haber ejercido la

enseñanza primaria en la época más dulcemente afectuosa de su vida; su paso muy oportuno y triunfante por el Departamento de Instrucción Pública; su estudio y después su práctica honrada del Derecho, que fueron conduciendo y familiarizando su juicio en la senda luminosa de la Justicia, y por último la enseñanza suprema de la vida en su feliz hogar,— que le dió entre efluvios venturosos de paz y de amor niños inteligentes y buenos en quienes comprobar y experimentar sus bellas teorías y generosos sentimientos de humanista y de educador.

Sus extensos conocimientos del idioma inglés le facilitaron el medio de conocer muy a fondo el pueblo norteamericano, del que es gran admirador, por convicción propia, de su amplio sentido democrático, de su actividad extraordinaria y de sus grandiosas instituciones.

De sus frecuentes visitas a Nueva York, Boston, Washington y otras grandes ciudades de los Estados Unidos, que ofrecen al viajero ilustrado y sagaz abundantes asuntos de observación y de ejemplo, ha sacado lecciones como las de sus preciosos artículos « Las Cartas de Roosevelt », « El Carácter », « Hablando con un Joven », « El Heroísmo », « ¿ Por qué hay tantos hombres inútiles ? », « Woolworth y Yo », « En Nueva York », « Amor a los Niños », y algunos más. En sus visitas a hombres eminentes del país halló también motivos para crear estímulos en la mente y en el corazón de los niños, como en los artículos titulados, « La Voz de la

Experiencia », « La Lección del doctor Veve », y « Las Cartas de Muñoz. »

Pero donde más se ahinca y avizora la observación psicológica de Huyke con vistas hacia la enseñanza es en la conversación con sus propios hijos, o la de ellos entre sí, bien aprovechada para enriquecer con el producto de estas útiles observaciones el caudal de experiencia para la formación y perfección de su método de enseñanza. En este mismo libro hay pasajes deliciosos de cómo el diestro y estudioso educador puertorriqueño liba en las propias flores de su jardín doméstico el jugo que ha de endulzar los panales de su apicultura pedagógica.

¡ Bien haya quien así enseña y propaga el amor al niño, preparándolo para el mejor cumplimiento de su destino transcendental !

« El niño es padre del hombre », ha dicho Woolworth, dándonos en esta frase de apariencia paradójica una innegable verdad. Del niño ha de formarse el hombre futuro, y lo que nuestra sociedad y nuestra escuela haga del niño ahora, eso será el hombre que conviva con nuestros hijos en el porvenir. ¡ Hay todavía quienes asisten impasibles al abandono y al extravío de un niño o de una parte numerosa de la generación infantil, y reclaman luego para sí la condición de amantes del progreso y de benefactores de la humanidad !

Dedicado con especialidad este libro a ser leído principalmente por niños y jóvenes, aunque contiene utilidad y deleite propio para personas de mayor edad, su lenguaje es claro, sencillo, natural

y ameno, condición necesaria para ser bien comprendido y estimado y está todo él escrito con esa franca ingenuidad que caracteriza el estilo de este talentoso autor.

Otro de los aspectos más notables de su plan pedagógico es el de la educación integral. Quiere que al desarrollo armónico de la mente y del músculo acompañe el de los buenos sentimientos del corazón y el desenvolvimiento del carácter.

Se había descuidado aquí desgraciadamente por los educadores norteamericanos esta preciosa parte de la enseñanza por la prisa tal vez de elevar el nivel mental de nuestros niños, acaso por preocupaciones de raza, por mal entendidas rivalidades religiosas o por escaso conocimiento de nuestra estructura social. El hecho es que se cuida mucho ahora en nuestras escuelas de las clases y de los ejercicios tendentes a desarrollar en los niños las fuerzas mentales y las físicas, y muy poco en lo que respecta el cultivo de los nobles sentimientos, del amor a la verdad y la justicia, y de los deberes del ciudadano y del hombre de bien. No podía menos de notar este defecto la perspicacia de Huyke, y en uno de los artículos del libro que ahora examino y que tiene por título « La Formación Del Hombre Bueno », encuentro estos párrafos dignos del mayor elogio:

« El hombre verdaderamente libre es aquel que ha sabido elevarse a las cumbres de la bondad, para poder mirar indiferentemente desde ellas todas las miserias del mundo. Este hombre

podría vivir dentro de un régimen de gran opresión y continuar siendo libre.

« Hay que formar hombres BUENOS si queremos un mundo feliz. Y los hombres BUENOS pueden formarse en la escuela mediante la enseñanza de las ideas morales y con el ejemplo constante del BIEN.

« Siempre he considerado que la obra de la escuela es incompleta, si no tiene como propósito firme la formación del hombre BUENO.

« No basta formar al hombre inteligente y fuerte. Es necesario formarlo también bueno para que la educación sea completa. Cuerpo, cerebro, corazón. Una labor que atienda al desarrollo de los TRES. »

Otras de las ventajas de la escuela no bien observadas aún por la generalidad, pero no por eso menos efectiva, es la modificación de las malas costumbres de los padres por medio de los hijos. Un niño que observa constantemente la placidez cariñosa de la escuela moderna, que recibe entre sonrisas y halagos los beneficios de la instrucción y se purifica y fortalece en el ambiente moral que le rodea y con el bendito bálsamo del buen ejemplo, no puede menos de llevar a su casa el hábito feliz de la vida buena, que él irá difundiendo allí, sin darse cuenta siquiera de que es conductor de unos de los supremos bienes de la existencia.

Don Pablo Montesino, famoso pedagogo español de principios del siglo XIX, en su « MANUAL DE LAS ESCUELAS DE PÁRVULOS », refiere una emocionante narración de cómo un niño muy pequeño evitó entre sus progenitores un lamentable incidente:

487546

« En una de esas escuelas, dice, recientemente establecidas en Madrid, se ha presentado una madre que conducía su hijo a la escuela, y con lágrimas en los ojos ha dado gracias al maestro por un servicio grande (decía ella) que aquel hijo de cuatro años había hecho en la noche anterior. Dijo entre otros detalles que habiéndose trabado entre ella y su marido una violenta riña de palabras, se había interpuesto el niño inesperadamente y dirigiéndose al irritado padre le dijo llorando que en la escuela no reñían nunca, y que 'el maestro decía que era malo reñir.' Sorprendido el padre al oírle, lo tomó en sus brazos y le besó cariñosamente, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, dando fin de ese modo a la enojosa pendencia. »

El autor del presente libro ha entrevistado también en sus observaciones de los niños en acción y de sus influencias extraescolares todo el bien de que son capaces y pensó en la necesidad de que el niño aprenda también en la escuela a ser BUENO para que sea más tarde un « buen hombre », después de haber irradiado en su propio hogar los beneficios de orden moral adquiridos en la escuela.

Y laborando en este sentido realiza Huyke una de las obras más meritorias que puede hacer en beneficio de su país.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

ESTÍMULOS

LIBRO DE INSPIRACIÓN Y OPTI- MISMO PARA LA JUVENTUD

ESTÍMULOS SUPERIORES

Escribe Zulueta, el gran pedagogo español, que los padres y los maestros creen que hay un sobrante de energía y de vitalidad en la juventud que se manifiesta en formas explosivas, peligrosas y que hay que reprimir, contener y enfrenar esa energía y esa vitalidad excesivas. Zulueta cree que, por el contrario, hay que intensificarlas y elevarlas a un plano superior para que se desborden en manifestaciones más puras.

Esta observación es acertadísima. Este consejo es excelente. Nada de reprimir, contener y enfrenar a la juventud. ¡ Estímulos ! ¡ Estímulos superiores !

Zulueta es un gran conocedor del alma de la juventud. Al ver los desbordamientos mal encauzados, piensa en que, bien encaminada esa energía y esa vitalidad de la juventud, podría obtenerse el más noble y el más positivo de los éxitos.

¿ Qué hay en el horizonte mental de nuestro joven estudiante ?, se pregunta. Y luego afirma: Una casa de huéspedes, un café o un billar con el ambiente lleno de humo de tabaco y de chistes. La clase a que asiste, ramplona literatura, alguna

música chavacana, la silueta de una muchacha cualquiera, y nada más.

El cuadro es doloroso. El mismo Zulueta, lamentándose de tanta pequeñez, dice: Y eso en la edad de la vida verdadera ! ¡ Estímulos ! ¡ Estímulos superiores !

Hay que pensar en que es la juventud la edad de la inexperiencia. Guiarla es nuestro deber. Orientarla. Nada de frenos inútiles. Codiciamos precisamente aquello que se nos prohíbe. ¡ Estímulos ! ¡ Estímulos superiores ! Encauzar la energía juvenil hacia las cumbres más altas. Este es el remedio que presenta el insigne pedagogo español como producto de sus meditaciones. Crear interés por el arte, interés por la ciencia, interés por los problemas sociales, interés por los viajes, por el trato con personas de valer intelectual o moral, interés por los juegos viriles y las alegrías sanas, que son la corona del esfuerzo.

Leyendo a Zulueta he pensado mucho en la juventud de nuestro país. ¿ No son acaso iguales las condiciones ? ¿ No hay aquí, por desgracia, muchos jóvenes cuyo horizonte mental es idéntico al que pinta Zulueta ? ¿ No es nuestro aislamiento del mundo motivo para que se intensifique esta mala situación que podría corregirse con tanta facilidad ?

Encontraremos en nuestra isla las mismas cosas. Un centro de instrucción y de recreo que raras veces se ocupa de las cosas de la instrucción y que desatiende a las del recreo de tal modo que casi siempre se convierte en «juego.» Chistes y humo

de tabaco. Aquí como allá. Predicamos contra el tabaco en las escuelas y hay muchos jóvenes salvados de su perniciosa acción por esta prédica constante que logró penetrar en sus espíritus. Todavía hay jóvenes que fuman porque ven fumar a los hombres de más edad. Alguna novela de Sherlock Holmes, alguna lectura sencilla, de esas que no dejan nada en el espíritu, un couplet importado, una novia para 'pasar el rato' y nada más.

El exceso de juventud gastado inútilmente, aquí como allá.

Hay que decir las palabras que ya hemos repetido varias veces. ¡ Estímulos superiores ! ¡ Estímulos !

A menudo cambio impresiones con los jóvenes que vienen a verme. Y mis palabras investigan siempre 'el horizonte mental.'

— ¿ Habla usted inglés ? — pregunto.

— Un poco.

— Le abre el inglés el campo de una rica literatura.

— Lo sé. Leemos en la escuela.

— La lectura de la escuela no proporciona el placer que nos proporciona la lectura del hogar. El libro es el gran amigo del hombre.

— Lo sé. Yo leo con frecuencia.

— ¿ Con frecuencia ? Lea usted todos los días.

— El consejo es bueno.

— ¿ Qué autores conoce ?

El joven titubea. Viene a su memoria alguna novela de esas que entretiene a los espíritus sencillos con una inverosímil narración. ¿ Galdós ? ¿ Baroja ? ¿ Emerson ? ¿ Carlyle ? No. No es

la primera vez que ha oído estos nombres pero no recuerda si en la escuela en alguna ocasión. . . .

— ¿ Música ? ¿ Toca usted algún instrumento ?

— No.

— Pues interélese usted en la música. Es arte que proporciona mucha alegría espiritual.

— Lo sé. No he tenido tiempo todavía.

El joven confiesa a lo último que empezó una vez a estudiar música pero. . . . Como la explicación no sale de los labios, continúo mi interrogatorio.

El joven me entera con dificultad que hace gimnasia de vez en cuando, que no se ha fijado en la forma en que viven nuestras clases campesinas, que no le gusta viajar. Su ideal es vivir siempre en el pueblecito donde viera la luz.

Muchas veces me he preguntado qué hace la escuela, qué ideales despierta, qué cosas sugiere al espíritu juvenil. ¡ Tan vacío lo encuentro ! Y recordando la obra de Zulueta, repito las palabras que ya conoce el lector. ¡ Estímulos ! ¡ Estímulos superiores ! Hay que despertar en el joven interés por todo lo que le rodea. Hay que mantener su mente llena de cosas grandes. Hay que estimular su energía juvenil. Excursiones al Yunque y a la Torrecilla. Luchas de base ball. Lectura de todos los autores españoles e ingleses. Interés por la música. Conocer la isla y conocer el mundo. No descansar mientras tengamos ante nuestros ojos la vida campesina con sus miserias y sus abandonos. Una vida ocupada en cosas bellas, en cosas serias, en cosas grandes.

Hay que transformar el centro de instrucción y de recreo en un verdadero centro que fomente la cultura pública y proporcione a sus socios sana alegría. No suprimir nada. Hacerlo todo con alto espíritu. Bailar es un exquisito placer. ¿Para qué faltar a las leyes prohibitivas que nosotros mismos hemos votado? Poner siempre nuestro pensamiento en el hombre que viene detrás de nosotros al cual hemos de servir de ejemplo, y en cuyo porvenir estaremos siempre interesados.

No hay que amar para pasar el rato. El amor es cosa seria. Amar es elegir a una compañera para la afanosa brega de la vida. Mientras antes mejor. Y que nuestra fidelidad para ella nazca en nuestro espíritu desde antes de haberla conocido.

Contribuir a la alegría del hogar de los padres y preparar así la alegría del propio hogar.

La vida es buena y es bella. Hay que levantar nuestra alma para acostumbrarnos a mirarla como cosa distinta del cuerpo donde vive. Así empezamos a ascender hacia la cumbre de la espiritualidad que podremos escalar si ponemos voluntad en ello. Desde el momento en que se inicia la ascensión, ya hay felicidad. ¡Cuál será la de la cumbre!

Dios. Buscar a Dios. Aquí tienes un gran ideal de vida, joven. No lo encontrarás fácilmente pero lo encontrarás si te preparas para ello con una vida noble y grande.

¡ Estímulos ! ¡ Estímulos superiores !

El espectáculo más doloroso que puede ofrecer un país es el de su juventud, descarriada, desorientada,

sumida en la inacción, incapaz para la lucha fuerte, para los esfuerzos grandes.

No demos nosotros este espectáculo. La juventud debe ser siempre esperanza de más bellos días.

No hay que contener los impulsos juveniles. No hay que enfrenarlos. Hay que encauzarlos hacia las altas cumbres. ¡ Estímulos ! ¡ Estímulos superiores !

HABLANDO CON UN JOVEN

La Asociación Protectora de la Juventud, de cuya vida me ocupo en estos días, en unión de buenos y entusiastas amigos, me ha puesto nuevamente en contacto directo con los jóvenes de nuestras escuelas. Unos me escriben, otros me visitan. Yo he recorrido una buena parte de la isla y he pronunciado discursos de propaganda. Tarea hermosa ésta de levantar el público entusiasmo en favor de la juventud pobre. A veces espera uno un éxito y se recibe una decepción, pero no importa. Las almas buenas responden siempre, y son las almas buenas las más numerosas.

Quien se pone en comunicación con los jóvenes y les oye en sus divinas charlas sobre el porvenir no puede sentir el frío, el desaliento que en los espíritus cobardes produce el obstáculo imprevisto o la incomprensión aparente o real del que puede ayudar y rehusa hacerlo. Por el contrario, se redoblan los bríos, se aumentan los entusiasmos, se promete uno ser más firme en el propósito y a caminar hacia adelante hasta llegar valerosamente a la cumbre, el éxito.

Un joven me visitó hace días. Quería enterarse de los propósitos de nuestra sociedad y de los requisitos que han de exigirse a los jóvenes que pretendan obtener becas. El joven es despierto, talentoso, agradable. Habla sin dificultad, sonrío frecuentemente, demuestra que ha leído cuanto la

prensa ha dicho en estos días de nuestro trabajo. Viene de un lejano pueblo de la isla. Desea saber si él puede aspirar a una beca.

He hablado con él mucho tiempo. Le he obligado a hablar francamente y me ha dicho cosas interesantes. Le he oído.

— Hablo muy mal el inglés,— me ha dicho — mía es la culpa. Pensé que debía cultivar el español con preferencia y le dediqué a este trabajo todo mi interés. Estudié inglés sin poner mi alma en ello. No veía claro como ahora. Si hubiese dedicado a mis estudios de inglés la misma atención que dí al español, sabría ambos idiomas correctamente.

¿ Y por qué no puso usted entusiasmo en el inglés ?— le pregunto. — ¿ Qué quiere usted ? Me parecía que cumplía un deber patriótico aprendiendo mucho español y desdeñando el inglés. Afortunadamente, joven aún, he comprendido todo el inmenso porvenir que se nos ofrece con el conocimiento de ambos idiomas y dedico al inglés todo el tiempo que tengo disponible. Tengo un amigo en Nueva York. Es pobre. Estudió aquí taquigrafía. Conoce bien el español y aprendió el inglés con amor. Es taquígrafo en los dos idiomas. Trabajó en un bufete de San Juan durante un año ganando un sueldo miserable. Luego se fué a Estados Unidos. Hoy es taquígrafo de un caballero millonario de Nueva York, que tiene grandes negocios en Cuba y en Centro América. Gana cincuenta dólares semanales y tiene ante sus ojos un porvenir ilimitado.

— Él me escribe y me estimula. Desea que yo también participe de su bienestar. Me aconseja que aprenda mucho inglés. 'El inglés es la llave que abre las puertas del éxito. El joven puertorriqueño encuentra campo abierto en Estados Unidos, porque es bilingüe,'— me dice mi joven amigo. Su carta es una verdadera inspiración. Oiga usted un párrafo de ella: « Mi jefe es un hombre relativamente joven todavía, cuya vida es una enseñanza. Vino a América desde España hace veinte y dos años. Estudió inglés, taquigrafía, maquinilla y se colocó en la casa de la cual es hoy jefe. Genio era el hombre a quien él acompañaba y junto a él mi actual jefe se formó, aprendiendo con la observación, oyendo, pensando. Un día, en uno de los grandes y atrevidos negocios a que se dedicaba el anterior jefe, el mío actual consideró que era prudente hacer una pequeña advertencia a su principal. La hizo, y fué tan oportuna y tan sabia, que le salvó de un mal negocio, de la ruina quizás. Desde entonces el taquígrafo humilde fué consultado, primero disimuladamente, luego abiertamente. Más tarde se asoció a la casa sin otro capital que el de su amplia visión de los negocios. Hoy es el jefe y su capital se compone de muchos millones bien invertidos.

« A veces cuando me dicta una carta me mira y sonrío. Parece decirme con los ojos:— ¿Cómo encuentra usted este negocio? Yo callo; observo el más leve movimiento de sus labios para escribir en el acto lo que dicta. Algún día daré consejo

prudente y se me habrá asegurado en esta casa mi porvenir. Créeme que tengo una fe tan grande, que me parecen contados los días que faltan para que te pueda dar la grata noticia. »

Mi joven amigo hace una pausa, aspira el aire de la habitación donde estamos, con fuerza. Me mira y me pregunta: — ¿Quiere usted que le lea más?—Yo he contestado en el acto: Sí. Es interesante esta carta, que tiene calor de juventud. Hay en ella entusiasmos que debieran servir de ejemplo.

— Sí. Léamela usted toda si es posible.

El joven se muestra satisfecho con el contagio de su admiración al amigo, que él nota en mi actitud.

— Le aseguro a usted que este muchacho no va a ser taquígrafo toda su vida, —me dice. Y continúa leyendo:—«Creo que haces mal, muy mal, en no poner cuidado y entusiasmo en el inglés. El inglés es la llave que abre las puertas del éxito. El joven puertorriqueño encuentra campo abierto en Estados Unidos, porque es bilingüe. El maestro americano de Puerto Rico me parecía un intruso que iba a quitarle un puesto al bueno y sufrido puertorriqueño.— Aquello no estaba bien — pensaba yo. Hoy pienso de distinto modo. El maestro americano que abandona este país de grandes oportunidades para ir a enseñar a Puerto Rico, es un factor de progreso en el nuestro, en cuya labor es insustituible. La sociedad debiera ayudarlo, agasajarlo, hacerle la vida agradable, mejorarle su condición miserable, ya que nuestro

tesoro insular le paga sueldos tan insignificantes. Un buen maestro de inglés en un pueblo es una bendición para la juventud ambiciosa que sueña con abrirse campo en la vida.

«Aconseja a tu papá a que abra las puertas de su hogar. Así tendrán tú y tus hermanitos la oportunidad de una práctica constante. Lee, lee mucho inglés, y háblalo siempre que puedas. Es la mejor manera de aprovechar el tiempo.»

El joven suspende la lectura para hacer un breve comentario.

— En mi pueblo no hay maestro americano — dice. — El profesor de inglés es un joven nativo que lo habla correctamente. Es inteligente, brillante, nos enseña, nos ayuda, pero . . . hablamos con él en español. Es más fácil.

Este joven me hace meditar. Su comentario es amargo.

Él continúa leyendo: «Chico, vente a Nueva York, la ciudad encantada de América. Vente cuanto antes. La guerra nos ha hecho un inmenso bien. Nuestra actitud ante el conflicto nos ha conquistado la simpatía de este pueblo que se ha colocado a la cabeza del mundo. Verás con qué cordialidad se te recibe en todas partes.

«Yo soy miembro de un club político. Soy demócrata. No olvido que este partido fué el que inició la obra de justicia para Puerto Rico, que nos ha llevado a la dirección de nuestro país. Algún día pienso ser algo más que un soldado de fila. ¿Llegaré a sentarme en el Congreso de Washington ?

Pienso que puede llegar ese día dichoso si crecen en mí la confianza en mí mismo y la ambición. Mr. Kahn, uno de los congresistas de California, es natural de Alemania y en los días de la guerra era nada menos que presidente del Comité de Asuntos Militares de la Cámara de Representantes. Este país abre sus puertas a todos los hombres y en él se funden todas las razas de la tierra. Por eso es grande. Somos más de quince mil puertorriqueños en Nueva York. Pronto seremos cien mil. Cada vapor trae nuevos contingentes. ¿Vendrás tú algún día? Aquí está tu porvenir, pero has de aprender inglés. Ven para que seas uno de mis futuros electores. Y no te rías de mis sueños. » Lo demás no tiene importancia.

— Ahora ya comprenderá usted el por qué de mi visita.

— Sí. Alguien puso fuego en su espíritu y está usted ardiendo en deseos de ir a probar fortuna, — interrumpo.

— ¿ Qué desea usted en resumen?

— Deseo que se me envíe a los Estados Unidos y se me ayude durante seis meses solamente. Cuando me coloque, devolveré lo que reciba ahora de ustedes. Seis meses serán suficientes para aprender el inglés que necesito. Yo me dedicaré al comercio.

— ¿ Pero siente usted vocación por el comercio? — pregunté asombrado al joven que había descuidado el estudio del inglés.

• Él comprende la intención de mi pregunta y adelántase a explicar:

— Yo sé que el conocimiento de varios idiomas es una ventaja inmensa para el que se dedica al comercio. He debido aprender inglés bien, si tenía el propósito de ser comerciante, pero el deseo, la inclinación de serlo ha surgido de pronto ahora. Esta carta, que leo constantemente, ha señalado un camino que yo no había visto antes. Y me siento capaz de hacer en seis meses lo que he dejado de hacer en ocho años. Ayúdeme usted. Por primera vez he sentido la voz de mi corazón.

— Yo creo que usted es un joven que merece la protección de nuestra sociedad.

Un silencio producido por la emoción en él, por la observación en mí, sigue a estas palabras. Pasan unos segundos que me parecen muy largos.

Con una pregunta pongo término a la agradable entrevista: — Dígame, amigo mío: ¿ Cree usted que el estudiar inglés, el poner mucho empeño, mucho interés en conocer bien un idioma que habla media humanidad, le priva a usted de algo de su condición de latino, de puertorriqueño ?

— ¡ No ! ¡ No ! ¡ No ! — me interrumpe él, que ya ha comprendido la pregunta desde las primeras palabras que la inician y ha hecho signos negativos para anticipar su impresión. — No. Ya me doy cuenta. **EL HOMBRE QUE POSEE EL ESPAÑOL Y EL INGLÉS ES EL DUEÑO DE AMÉRICA.** ¡ Bendito sea Dios que ha dado a mi isla destino tan grande ! Nuestra personalidad no peligra. Se agranda. Se agranda.

LA LECCIÓN DEL DR. VEVE

Asistí al hermoso acto de la inauguración de la escuela superior « SANTIAGO VEVE » de Fajardo. Fué un brillante festival que hace honor a la Junta Escolar de aquel pueblo y una demostración elocuente de las grandes simpatías de que goza en toda aquella comarca el venerable patriota que pasa triste, pero tranquilamente su vida en el bello retiro de « La Sardinera.»

Fuí invitado a hablar. ¡ Con cuánto regocijo acepto estas invitaciones que me ponen en comunicación con la juventud de mi país ! « Palabra sagrada' » la que se dirige a los jóvenes, como dijo el inmenso Rodó. Yo me doy cuenta de ello cuando hablo. Sé de la grave responsabilidad que echa sobre sus hombros el que quiere sembrar ideas en las almas que empiezan a vivir y tiemblo siempre de emoción cuando me toca desempeñar esa misión que, porque es difícil y peligrosa, es también sugestiva y agradable.

Los jóvenes habían cedido sus sitios a los visitantes y aparecían con sus caras llenas de ingenua curiosidad por las puertas del magnífico edificio. Yo les hablé entusiasmado del doctor Veve, cuya labor en pro de la instrucción pública de Puerto Rico, merece la gratitud de todos los ciudadanos.

— Cuando yo leí en la prensa diaria la noticia del donativo de veinticinco mil dólares hecho por Santiago Veve para la construcción de edificios

escolares en Fajardo, Luquillo y Ceiba—decía yo ayer en Fajardo—pensé en escribir un artículo para afirmar que el doctor Veve era el primer ciudadano de Puerto Rico. Así lo pensaba y así lo sentía. Un hombre que realiza un acto de desprendimiento tan hermoso bien merece ese título. No escribí el artículo porque siempre cruzan por nuestra mente las ideas pequeñas para impedir el paso a los buenos pensamientos. ¿Podía yo, desde mi altura unionista, llamar primer ciudadano de la isla al distinguido leader del partido adversario ?

Pasaron muchos meses. Las promesas se convirtieron en realidades. Hoy inauguramos esta escuela. He sufrido mucho en estos días de prueba en que me he visto atacado e injuriado por seres que no saben combatir en el terreno de las ideas y descienden al campo de los personalismos. He meditado mucho, pero he hecho un hallazgo de importancia y mi corazón ha aprendido esta gran verdad: « Los hombres públicos debemos hablar siempre con el corazón. »

Y pues que yo siento ahora y pienso ahora lo que antes pensé y sentí, al apreciar el acto del doctor Veve, vamos a decirlo con franqueza en este momento glorioso de su vida: El doctor Veve merece el título de « Primer ciudadano de Puerto Rico. » A este varón ejemplar en cuyo semblante se refleja la bondad de su alma debéis gratitud inmensa, jóvenes estudiantes; él os da una escuela que desde hoy ostenta su nombre preclaro. Pero

él hace algo más; él traza un camino, él da un ejemplo, él siembra una semilla que ¡ojalá! fructifique en el corazón del pueblo. . . . »

Los jóvenes no me permiten terminar el párrafo. Suena un aplauso que es para el doctor Veve. Todos le miran. Es la mirada de los jóvenes cariñosa y afable. ¿Cómo describirla? Algunas niñas están llorando. El doctor Veve pasa sus manos nerviosamente por sobre sus barbas venerables. Quiere mirar y sonreír. Las sonrisas han huído de su semblante. Dos gruesas lágrimas descienden de sus ojos, claros como el día. Ya él lo ha dicho antes, en un momento de angustiosa serenidad: « Si esto tiene relieve e importancia, no me lo agradezcáis a mi. A ella, mi eterna compañera. Está lejos de mí pero está en mi corazón. » ¡Qué alma grande! ¿No es verdad? ¡Cómo irradia luz y bondad y amor esta alma grande desde su retiro de « La Sardinera »! ¡Cuánta falta hace tener muchos hombres como él en esta patria pequeña y amada cuya grandeza depende exclusivamente de la grandeza de sus hijos!

La filantropía es una flor que se cultiva poco en nuestra tierra. Crece en pocos jardines esta flor de rara belleza que llama por su rareza tanto la atención. ¡Y, cuánto convendría extender su cultivo bienhechor!

En los Estados Unidos bastó que un millonario hiciese donativo de unos cuantos dólares para fines educacionales. El ejemplo fué imitado en el acto

por otros y otros hombres deseosos de hacer el bien y de practicar la caridad. Peabody creó un fondo que finalmente ascendió a tres millones para la educación de jóvenes pobres. Slater dedicó un millón para desarrollar la enseñanza industrial. La señorita Jeanes separó una suma considerable para crear escuelas rurales exclusivamente para negros. Carnegie, el gran Carnegie, con cuyo nombre estamos familiarizados en Puerto Rico, escribió un día esta carta hermosísima: « He llegado a la conclusión siguiente: La profesión peor remunerada es el magisterio. Tengo a bien donar la suma de diez millones con cuyos productos se asignarán rentas vitalicias a los maestros de los Estados Unidos, Canadá y Terranova. » La señora Sage creó el Russell Sage Foundation con un capital de diez millones para mejorar las condiciones sociales de los Estados Unidos. Son muchos los hombres de corazón generoso que se han distinguido por sus magníficos actos de desprendimiento. Vanderlip sostiene una institución donde se educan por su cuenta doscientos jóvenes desde el grado primero de la instrucción primaria hasta el último año de la carrera universitaria. Y es él quien ha hecho estas manifestaciones, que demuestran elocuentemente la nobleza de su alma y su amplia visión de la vida: « Si alguna excusa tiene la acumulación de dinero, es el poder hacer con él muchas obras en beneficio de la Humanidad. » ¡Qué hermosas palabras! ¡Qué alto sentimiento las informa!

En Puerto Rico ¿quiénes imitarán al doctor Veve ?
¿ Quién va a mejorar su donativo ?

Hay muchas cosas que hacer en nuestra isla. Ahí en Río Piedras hay una universidad sin los edificios necesarios para el trabajo que en ella se realiza. Están haciendo falta una biblioteca y un dormitorio. Hay muchos pueblos que aun no han podido construir por falta de recursos sus casas escuelas. Faltan hospitales en la mayoría de los pueblos. El maestro está ganando un sueldo miserable. Las condiciones de vida del campesino puertorriqueño están pidiendo a gritos investigaciones, estudios, estadísticas; labor intensa de mejoramiento. Los jóvenes que sobresalen por su inteligencia y no tienen fondos para seguir estudiando tienen que torcer sus naturales inclinaciones y trabajar en campos de actividad contrarios a su vocación espiritual. ¡Cuánto hay que hacer ! El doctor Veve ha construído tres hermosos edificios. Quién donará la biblioteca para la Universidad ? ¿ Quién creará el fondo para hacer los estudios que requiere el mejoramiento de la vida del humilde campesino ? ¿ Quién impulsará con un espléndido donativo el fondo de pensiones del magisterio puertorriqueño ? ¿ Quién hará con su solo esfuerzo, como el doctor Veve, una obra definitiva ?

¡Cuánto hay que hacer ! Y hay almas generosas y grandes que responden siempre a todas las solicitudes del bien. Ruíz Soler mueve al país en la gran obra del Sanatorio antituberculoso. Un noble español le regala un predio de terreno donde se

construyen en el acto muchas casetas que donan los afortunados de la isla. La Cruz Roja obtiene la ayuda decidida de todos los elementos del país para sus bellas obras en favor de la humanidad doliente y afligida. La Sociedad Protectora de la Juventud llama a todas las puertas y va triunfando en sus empeños laudables y generosos. Hay almas nobles y grandes de quienes es posible esperar actos iguales al del doctor Veve. Hay corporaciones que obtienen beneficios fabulosos. Dicen los libros de leyes que ellas no tienen alma, pero esto es falso. Tienen un alma colectiva dividida en muchas almas. Si éstas son buenas, triunfan siempre los hermosos impulsos y las nobles iniciativas.

En el intermedio del festival de Fajardo me acerqué a un grupo de jóvenes que comentaban el acto del doctor.

— ¡ Se necesita tener un alma noble para desprenderse en vida de una cantidad tan grande ! — dice uno.

— Sí. Muchos ricos dejan dinero para obras caritativas en sus testamentos, pero esto aunque tiene mucho mérito no es tanto como el de regalar en vida —decía otro.

— ¿ De modo que tú crees que dar en vida veinticinco mil dólares es más meritorio que testar cien mil dólares para obras buenas que habrán de realizarse después de la muerte ?

— Claro que sí. La muerte es un desprendimiento forzado, obligatorio de todas las cosas. En

realidad un donativo para después de la muerte es un sacrificio que se impone al heredero. Indudablemente demuestra buen deseo pero también falta de valor. Donar en vida, desprenderse de aquello que acaso nos haga falta algún día, ¡Dios sabe! eso tiene un valor inmenso. Esa es la lección del doctor Veve.

Los muchachos guardan silencio.

Yo aprovecho el momento para repetir algunas palabras de mi discurso:—Recuerden siempre, amiguitos, lo que dijo el filósofo: « Nuestra felicidad consiste en hacer la felicidad de los demás. »

COMO LOS NIÑOS

María y Luz son dos niñas de quince abriles que asisten a las clases de tercer año de la escuela superior. Aguardan la llegada de otros amiguitos para estudiar las lecciones del día siguiente. Juan es un joven de 18 años que estudia el cuarto año. Isabel estudia también el cuarto curso y representa 15 años.

María.— Juan no ha llegado todavía. Es extraño.

Luz.— Estará ayudando a papá. A veces termina muy tarde.

María.— Y ¿ en qué le ayuda ?

Luz.— ¡ Oh ! Juan es muy servicial. Papá dice a menudo que Juan es su mano derecha. Cuando papá no puede trabajar, Juan le sustituye; y cuando puede, le hace los trabajos más fáciles y llevaderos. Él da de beber a los animales, él riega las plantas de la huerta, él va por las cartas al correo, él lee para papá.

María.— Y ¿ cómo se las arregla para estudiar ? Sabe siempre sus lecciones y sus notas son excelentes.

Luz.— Estudia menos que yo, pero tiene más facilidad para comprender. Por las noches, cuando termina de leer a papá, que ya tiene los ojos cansados, algún capítulo de la Biblia o los periódicos del día, coge sus libros y estudia. Muchacha ¡ si tú lo vieras ! Cuando yo he terminado de estudiar la primera lección, ya él se ha levantado porque

las ha estudiado todas. Y no es falso, que él es incapaz de mentir y está bien probado en la escuela que él estudia sus lecciones.

María. — Es de los que más contesta.

Luz. — Él e Isabel son los primeros de la clase.

María. — Isabel tampoco ha venido. ¿Cuál será la causa ?

Luz. — Anoche se presentaron juntos. Tan buenos amigos fuera de la escuela y en ella dos eternos rivales.

María. — Isabel le aventaja en algunas asignaturas.

Luz. — Pero Juan es más brillante. En las discusiones aunque no tenga razón parece que la tiene.

María. — Isabel está siempre mejor informada.

Luz. — Pero Juan es más original. Isabel cita mucho, lo cual significa estudio, preparación. Juan inventa, imagina, produce.

María. — Es verdad.

Luz. — Y Juan no deja de citar.

María. — Sí, pero sus citas son siempre bíblicas. Ahora que me dices que él lee la Biblia todas las noches, me explico lo que pasa. . . .

Luz. — ¿Qué quieres decir ? (Admirada.)

María. — No es nada en contra de tu hermano. Tú sabes que soy una de sus admiradoras. Lo que quiero decir es que cuando Isabel discute un asunto, siempre sabemos de él lo que han dicho muchos escritores. Se ve que ella recoge aquí y allá. Juan confía en su imaginación. Sus citas de la Biblia, no constituyen una preparación especial. . . . Tú me lo acabas de probar.

Luz.— Eso es verdad. Jamás le he visto prepararse para discutir.

Isabel.— Y siempre lo hace bien. Mira que aquella discusión sobre el « Quijote » fué interesante. Él estaba perdido. Prácticamente en un callejón sin salida. Y salió. Debería estudiar para abogado. ¿ No es cierto ?

Luz.— No quiere serlo. Dice que prefiere cultivar las tierras de papá.

María.— ¡ No me digas ! ¡ Qué raro es eso ! Aquí casi todos los estudiantes quieren ser abogados y médicos.

Luz.— Menos él que tiene un gran espíritu práctico.

María.— Ahí viene ya. Déjame recibirle. (Se acerca a la puerta.)

Juan.— Perdónenme ustedes. Esperaba a Isabel. Ella vendrá más tarde. Tiene una visita en estos momentos.

María.— Está usted excusado, señor agricultor. (Con intención.)

Juan.— ¿ No lo sabía usted ?

María.— Me lo ha dicho Luz hoy. Yo creía que iba usted a estudiar leyes.

Juan.— Pues no, señorita. Seré agricultor. Trabajaré la tierra que me atrae. Ella guarda aun muchos secretos y mi alma curiosa podrá investigar, aprender, descubrir. La vida del campo es la verdadera vida.

María.— Es muy monótona. Es triste.

Juan.— Por el concepto equivocado que tenemos

del placer. El placer a veces está en la soledad. La felicidad la lleva uno en el interior. Yo soy feliz en cualquier sitio.

María.— ¡Qué afortunado es usted !

Juan.— Todos tenemos esta fortuna guardada. Yo estoy usando mis tesoros.

María.— Que no se gastan nunca. ¿ De veras que usted cree en la felicidad ?

Juan.— Y ¿ usted lo duda ? Ser feliz es tener el corazón limpio. Es cumplir con nuestros deberes. Es vivir la vida tal como venga, pero impulsarla con nuestro pensamiento hacia el éxito que es una cumbre que pueden escalar y conservar las almas grandes. Ser feliz es sentir la dulce realidad del hogar y consagrarle nuestra devoción más intensa. El hogar es el centro de la felicidad. Ser feliz es creer, creer, creer. La fe es una flor del espíritu que perfuma la vida. La juventud huye de la fe en su afán de investigarlo todo. Es un error. La incredulidad es desdicha para el alma. Investigue cada cual en el campo de su propia religión— éste sería mi consejo a todo joven que empieza a vivir. Ser feliz es conservar la ingenuidad, la alegría, la bondad de los niños por toda la vida. Ser niños, siempre, siempre. A veces nos domina la impaciencia. Queremos dejar de ser niños sin saber, ¡ ay ! que dejar de serlo es alejarnos de Dios, abandonar el camino de la felicidad.

Luz.— ¡ Qué cosas piensas, Juan !

María.— Déjalo que continúe.

Isabel.— (Entrando.) He estado oyendo al orador

desde la puerta. No he querido interrumpirlo. (Lo saluda; luego saluda a los demás.)

Juan.— Hablaba de la felicidad, Isabelita. ¿ Cree usted en ella ?

Isabel.— ¿ Por qué no ? Fué Epicteto el que dijo que si el hombre es desgraciado lo es por culpa suya, pues Dios hizo a todos los hombres para ser felices.

Juan.— Eso es verdad. La felicidad hay que buscarla en el corazón donde está escondida.

Isabel.— Eso lo dijo. . . . No recuerdo ahora, pero lo dijo alguien.

Juan.— Difícil es decir cosas nuevas después que tanto se ha escrito.

Luz.— ¡ Me parece !

Isabel.— En la forma está la variedad. Las ideas son ya tan viejas como el mundo. Pero . . . ¿ qué decía usted sobre los niños y la felicidad ? ¿ Hay que ser siempre niños para ser felices ?

Juan.— Es también una idea tan vieja como el mundo. Pero ya ve usted que hay que repetirla.

Isabel.— Y ¿ cree usted en que podamos ser niños siempre ?

Juan.— (Con convicción.) Sí.

Isabel.— No comprendo esa posibilidad.

Juan.— Pues las palabras tienen una autoridad indiscutible.

Isabel.— Explíquelas usted.

Juan.— No necesitan explicación.

Los discípulos preguntaban a Jesús sobre el reino de los cielos. . . .

María.— Suponía que iba usted a citar la Biblia.

Juan.— Es el libro de los libros. Oiga usted.

¿ Quién es el mayor en el reino de los cielos ? preguntó un discípulo a Jesús. Entonces Jesús cogiendo a un niño que le escuchaba absorto y colocándolo en medio de los que le oían dijo: — De cierto os digo que si no os convirtiéreis y os hiciérais como niños no entraréis en el reino de los cielos. (Pausa.)

El reino de los cielos es el reino de Dios, es la felicidad en la eternidad, es la dicha de la vida que consiste en la paz del espíritu, en la pureza del alma, en la satisfacción de la conciencia.

El niño vive sus horas sin preocuparse de las pasadas que fueron igualmente tranquilas. El porvenir no le asusta, que hay pureza en su alma y no hay moritificaciones en su conciencia sin mancha. Vivir así como si fuésemos eternamente niños, libres de malos pensamientos, llenos de santa ingenuidad, alegres, confiados en la gracia de Dios que no falta nunca, alejados del mal en persecución constante del bien, ésta es la vida ideal.

¿ Por qué no hemos de ser siempre felices, Isabel ?

Isabel.— Ya lo he dicho que yo creo en la felicidad.

María.— Mis padres dicen que no existe en esta vida.

Luz.— Pero yo me voy convenciendo de que existe.

Juan.— ¿ Por qué no hemos de ser siempre niños ? Yo recuerdo que hace muchos años jugaba yo con uno de mis mejores amigos en el patio de

mi casa. Era yo entonces un niño muy pequeño, travieso y juguetón como pocos. Mi amiguito tiraba piedras hacia el sitio donde yo me encontraba. Una de ellas vino a herirme en la frente. Recuerdo que lloré mucho, mucho, que mis padres me consolaban al mismo tiempo que atendían a la herida, que mi amiguito estaba pálido y asustado junto a mí y que yo al verlo en esa forma, sin rencores en el alma, sin ninguna idea de venganza en el corazón, lo besé en la frente.

Otra vez jugando pelota con Lorenzo, mi gran amigo, tuve la desgracia de recibir un golpe terrible en el brazo porque al tirarme la pelota no me avisó que iba a hacerlo. La cólera y el coraje dominaron mi espíritu. Rápido me fuí hacia él para pegarle en la cara. En mala hora lo hice. Lorenzo se dirigió hacia mí lleno de justa indignación. — Eres pequeño de corazón — me dijo. Te he pegado sin culpa. Tú me pegas con mala intención. ¿Qué hice yo entonces, Dios mío? Tuve deseos de llevar mis manos a la cara para ocultar mi vergüenza. Grande mi falta pero inmediato mi arrepentimiento. No tuve, sin embargo, el valor de confesarlo.

Conté a mi padre lo ocurrido y él poniéndome sus manos sobre mi cabeza recordóme con cariño la herida recibida en los primeros días de mi niñez y el beso en la frente al que me había hecho el mal.

— Has dejado de ser niño, hijo mío — me dijo tristemente. — Has procedido como un hombre. Sé siempre niño y no tendrás que arrepentirte nunca.

¡ Ser siempre niño !

Por la noche, cuando leímos la Biblia, él escogió el capítulo de San Mateo que se refiere a los niños. Al terminar su lectura me dijo tranquilamente: Ya ves, no soy yo. Es Él el que quiere que seamos niños siempre para que con nosotros sea el reino de los cielos.

María.— ¡ Ser siempre niños !

Luz.— ¡ Conservar siempre la dulce ingenuidad infantil !

Isabel.— Cultivar el alma del niño eterno — como dijo el gran poeta indio.

Juan.— Formas todas del mismo pensamiento. Admiramos la sencillez con que lo expone el Evangelista. Recordémoslo porque siendo niños, seremos siempre felices.

Isabel.— No hay que estudiar. Hemos aprendido de Juan la lección más interesante: Seamos como niños toda la vida.

LA PATRIA

—Para Luis Biamón, ilustrado
médico venezolano.

Las cinco de la tarde.

Estamos mis hijos, mi esposa y yo en la cubierta del vapor Filadelfia que nos conduce a Venezuela.

Hemos pasado un día alegre mirando a Puerto Rico desde el barco. Hemos admirado la belleza de sus playas, de sus montañas, de su cielo.

Hemos visto las ciudades que están junto al mar, celebrando su aparición con júbilo verdaderamente infantil. ¡Arecibo! ¡Aguadilla! ¡Mayagüez!

Las horas han pasado lentamente. Mis hijos se han movido con absoluta libertad en el reducido mundo que habitan desde la noche antes.

Al llegar junto a mí, a cada momento, sus preguntas se refieren siempre al paisaje que tienen ante sus ojos, a su Puerto Rico. Por primera vez aprecian lo que es Puerto Rico. Lo han ido viendo a medida que el vapor avanza sobre el mar. —En la escuela dicen que Puerto Rico es una isla pequeña. ¡Bien grande que es! — ha dicho seriamente mi hija en una ocasión.

¿Qué es lo que más te gusta de Puerto Rico? — he preguntado a mi hijo mientras gritaba entusiasmado frente a Mayagüez. El muchacho ha tardado en contestar: — Lo que más me gusta es Humacao.

Mi hija ha comentado: Emilio es muy patriota. ¡Como nació en Humacao!

— Y es lo que más quiero en Puerto Rico Humacao, — afirma Emilio con énfasis. — Más que todo lo que he visto hoy me gusta Humacao. Es una ratificación de sus palabras anteriores. La idea se ha grabado firmemente en su espíritu y la exterioriza con profunda convicción. Es el patriotismo de un niño de siete años.

Cuando a las cinco les llamo para que por última vez contemplen una sombra azul que se destaca confusamente sobre el azul del mar y bajo el azul del cielo y les digo: « Ese azul es Puerto Rico, » noto que ambos concentran su atención en la borrosa lejanía. Buscan su isla, buscan a Puerto Rico.

El momento es oportuno para una enseñanza y debo aprovecharlo. — ¡ Y pensar que en aquel punto azul están vuestros hermanitos ! — les digo. — ¿ No es verdad Emilio Enrique, que cuando vemos aquella sombra azul pensamos en Puerto Rico y lo queremos mucho, mucho, a él, con todo cuanto encierra, con Humacao, tu pueblo, con Yabucoa, el pueblo de tu madre y con Arroyo, el mío, y el de tu hermanita, con sus ríos y sus montañas, con sus niños y sus escuelas, con sus árboles, con sus flores, con Arecibo y Aguadilla y Mayagüez y con cuanto has visto en el día de hoy ?

Un silencio profundo sigue a mis palabras. Transcurren algunos minutos. Todos miramos hacia la línea del horizonte. Puerto Rico es ya una ilusión de nuestros ojos que no se cansan de mirar.

— Yo no había pensado nunca en estas cosas — dice mi hija, emocionada.

— ¡Qué mucho quiero a Puerto Rico! — agrega mi hijo. Yo les digo: — Ya lo hemos perdido de vista. Ahora empieza la ausencia. Ahora vais a saber lo que queréis a Puerto Rico.

Dos días después visitamos a Curaçao, la bella antilla holandesa. Al día siguiente entramos en Caracas, la hermosa capital de Venezuela. Mis hijos lo observan todo con verdadero interés. Sus preguntas no se acaban nunca. Cuando hacemos alto en un sitio, en seguida comienza su alegre charla llena siempre de sabrosos comentarios. Dicen sus puntos de vista con absoluta sinceridad. Los niños son viajeros indiscretos que no saben callar lo que sienten. Admiran lo que les agrada y expresan lo que les disgusta.

Una mañana rendidos todos por el constante ir y venir de un lado a otro, volvimos al hotel más temprano que otras veces. Desde el balcón donde nos sentamos, oímos música. Una retreta se celebra en la plaza Bolívar. Frente a nosotros está la hermosa estatua del libertador, bella obra de arte que hace honor a Venezuela.

— Ven acá, Emilio Enrique, quiero decirte algo. Esta mañana has contestado al señor que te preguntó si te gustaba Venezuela, diciéndole que sí, pero añadiendo que te gustaba más Puerto Rico.

— Y es una verdad.

— Pero él no te preguntó cuál te gustaba más. Simplemente quería saber si te gustaba Venezuela, su patria.

— Yo he querido evitarle la segunda pregunta.

— Pues no la evites a nadie más.

— Eso no puede enojarle. Si yo le preguntara a él cuál país le gustaba más, me contestaría en el acto « Venezuela, » porque es su patria.

— Bien, pero ya tú ves; no hay que entrar en explicaciones. Lo mejor es concretarse a la pregunta y contestar brevemente.

— La niña interviene: — Pero no está bien decir lo que no se siente.

— Estamos conformes, pero tampoco está bien contestar lo que no se pregunta.

— Y dime, papá, a ti, ¿ cuál de los dos países te gusta más ? Dímelo con franqueza — me suplica mi hija acercándoseme. Yo le respondo: — Te lo diré después. Ahora quiero que me contestes tú algunas preguntas:

— A ver, ¿ cuál te gusta más, el puerto de la Guaira o el de San Juan ?

— El de San Juan — contesta mi hija.

— ¿ Qué montañas te están más interesantes, las nuestras o las de Venezuela ?

— Las nuestras son más pequeñas, pero son más interesantes.

— ¿ Y San Juan te gusta más que Caracas ?

— Sí.

— ¿ Y el edificio del Congreso en Caracas es acaso inferior al edificio donde nos reunimos los Representantes Puertorriqueños ?

— Es inferior.

— ¿ Y esa estatua de Bolívar es también inferior

a la estatua de Muñoz Rivera en Puerto Rico ?

— A mí me lo parece.

— No, hija, no. Veo que tú también miras las cosas de Venezuela con ojitos muy puertorriqueños. Esa es una manifestación de patriotismo infantil. Encuentras que todo lo de Puerto Rico es mejor, aunque en realidad no lo sea.

Mis hijos meditan.

Yo continúo: — Ya ves, me has dicho que el edificio donde se reúne nuestra Cámara es superior al de Venezuela. A poco que pienses verás que no es así.

Y la estatua de Bolívar es una gran obra de arte que no se puede comparar con la estatua de Muñoz Rivera, que has visto en los terrenos de la Universidad. La estatua de Muñoz en Río Piedras es sólo un esfuerzo para recordar al país un deber no cumplido todavía. Venezuela cumplió el suyo admirablemente. ¿Cuándo lo cumplirá Puerto Rico ?

— ¡ Debéis recordar esto ! El amor a nuestra patria no nos impide amar a las demás patrias.

— No comprendo — dice mi hijo. — Eso no puede ser.

— Ya verás. A veces unas patrias se unen a otras patrias y forman todas una unidad nacional. Uno quiere más a la patria suya, pero quiere también a las demás. Puerto Rico es un ejemplo. Vive ahora en el seno de la comunidad americana, y por amor a la patria pequeña amamos también a la patria grande que la protege y amando a la

grande sentimos aumentado nuestro amor por la pequeña.

Esas uniones no sería posibles si no nos sintiéramos capaces de amar también a las otras patrias.

Y hay que amar también a aquellos países con los cuales no estamos ligados. El mundo quiere unirse bajo las banderas del amor. Al fin todos los hombres son hermanos.

Y este amor a todas las patrias no destruye nuestros amores más íntimos. Tú querrás siempre a Humacao más que a Puerto Rico y a Puerto Rico más que a América y a América más que al resto del mundo, ¿no es verdad ?

Amemos, pues, a Venezuela, tierra de héroes, y admiremos sin reservas sus bellezas que son muchas.

— Una cosa me ha gustado — dice Emilio Enrique — el Museo de Bolívar.

Los hijos tienen deberes para con la patria — explico yo. — Amarla, engrandecerla, luchar por su progreso, morir por ella si fuera necesario.

La patria tiene deberes para con sus hijos ilustres. Recordarlos, enaltecerlos. Venezuela honra a Bolívar y haciéndolo estimula a los patriotas del presente en el cumplimiento de sus deberes y se honra a sí misma.

Las seis de la tarde. La noche empieza y aún no hemos llegado a Puerto Rico. Como en el día de la marcha hemos admirado las bellas costas de nuestra isla, sus montañas y su cielo.

¡Qué dulce emoción la de todos al verla nuevamente

como una sombra azul sobre el mar. Nuestros ojos se han nublado de alegría. He dicho a mis hijos: — Allí, sobre aquella sombra azul está nuestro hogar y en él vuestros hermanitos que os esperan. Allí están enterrados otros hijitos míos a quienes llamó Dios temprano a su lado. Allí están también, descansando para siempre, bajo la tierra vuestra abuelita, a quien tanto quisísteis y mis padres que murieron antes de nacer vosotros. Allí están vuestros amigos y las familias de vuestros amigos. Allí la escuela donde os prepararéis para la vida. Allí los pueblos que conocéis, las montañas que habéis contemplado, los ríos, los valles, los campos de caña y los campos de café. Todo eso es la patria: tierra, hogar, afectos, recuerdos, alegrías, tristezas, esperanzas. . . .

— ¡ Papá ! ¡ Papá ! ¡ las luces de San Juan !
— gritan mis hijos.

Hacia el otro lado del barco está la capital de Puerto Rico. Mil luces la presentan a nuestros ojos en la oscuridad de la noche.

Los pasajeros la contemplan entusiasmados. Hay entre ellos venezolanos que han de visitarla por primera vez.

Con uno de ellos entabla mi hijo una conversación: — Mire usted, no es tan grande, pero es tan bella como Caracas. Ustedes tienen « El Paraíso », y nosotros tenemos « El Condado ». Ustedes. . . .

El discurso iba a ser largo, pero la hermanita lo interrumpe al empezar.

— ¡ Emilio Enrique ! —dice ella como en recuerdo de mis palabras y de mis consejos.

— ¡ Verdad, señor, que es natural que a mí me guste más Puerto Rico que el resto del mundo ? — dice atropelladamente Emilio Enrique.

PADRES E HIJOS

—Para W. G. Coxhead.

La Asociación Cristiana de Jóvenes ha celebrado recientemente una fiesta encantadora: La Fiesta de los Padres y los Hijos. Es un nuevo mensaje que nos viene del gran pueblo con el cual estamos asociados. En los Estados Unidos, la semana que terminó el día veinte y dos del corriente febrero fué dedicada a la celebración de actos iguales o parecidos al que verificóse en uno de los salones del edificio que aquí tiene la gloriosa asociación. Unir a padres y a hijos en apretado haz, sembrar en sus corazones la confianza, flor espiritual de inapreciable valor, procurar que haya entre unos y otros amistad, compañerismo, fraternidad, tales los propósitos de esta fiesta que ha de celebrarse desde ahora todos los años, patrocinada por la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Gloriosa Asociación, he dicho, y es poco. Investí-guese el trabajo que hace, véase de qué modo contribuye al bienestar social, y tendremos que lamentar que no haya en cada población importante de la isla un núcleo que levante la bandera de sus ideales. La Asociación Cristiana de Jóvenes merece la decidida protección y ayuda del pueblo de Puerto Rico. Es ayudarse y protegerse a sí mismo.

La sociedad preparó un espléndido banquete que sirvieron distinguidas señoras y señoritas de San

Juan. Junto a la mesa se sentaron como doscientos comensales entre padres e hijos. Fué una fiesta cordial. Cantaron los hijos y los padres canciones propias de la ocasión. Una orquesta amenizó el acto y reinó en él la alegría. Dulce y sana alegría la de las almas allí reunidas. Niños los padres en la expresión de su regocijo. Viejos los jóvenes en las manifestaciones de su pensamiento. Todos satisfechos, todos sonrientes como si unos y otros hubiesen encontrado de pronto al hada de la felicidad.

Padres e hijos: ¿ No es verdad que cuantos esfuerzos se hagan por estrechar las relaciones de compañerismo entre unos y otros son pocos, si se tiene en cuenta la importancia de tal trabajo? Hay quien cree que tales relaciones de compañerismo merman la autoridad paterna y que esta autoridad es necesaria, imprescindiblemente necesaria para la buena educación de los hijos. Error. La autoridad del padre se agranda si se establecen entre padres e hijos lazos de mutua confianza. El amor lo puede todo y el cultivo del amor entre padres e hijos hace que éstos miren a aquéllos con más respeto, un respeto a base de amor, que es el más noble de todos los respetos.

Los hombres ocupados. Generalmente ésta es la excusa. Estamos ocupados y no podemos atender a las constantes sollicitaciones de nuestros hijos. Ellos quieren ser nuestros amigos, acaso preferirían nuestra compañía a la de los jóvenes de su misma edad, pero nosotros los rechazamos porque llegamos al

hogar cansados. Los negocios nos toman todo el tiempo. Como convendría a su interés y como salvaríamos nuestra responsabilidad de padres dedicando a nuestros hijos algunos minutos todos los días, hablar con ellos, contestar sus preguntas curiosas, jugar sus juegos, intervenir en todos los actos de su vida, aniñándonos nosotros para ganar su confianza y para darles la impresión de que la diferencia de edad no es obstáculo a las buenas relaciones de amistad entre unos y otros.

¿ Por qué esa desorganización de nuestra vida que no nos permite dedicar al hogar el tiempo necesario para mirar a nuestros hijos siquiera, y para intervenir en su educación ? No es maldad, es indiferencia, egoísmo. Indiferencia para las cosas más importantes. La dicha de la vida está en el hogar. Un momento en la alegre compañía de nuestros hijos nos proporciona un placer espiritual más intenso que cuantos placeres puedan disfrutarse fuera del hogar. Egoísmo, egoísmo incomprendible que nos absorbe por completo. Queremos hacernos ricos cuanto antes y mientras más tenemos más deseamos tener, aunque se sacrifiquen las delicias espirituales del vivir. A un hijo le preguntaron en una ocasión unos datos sobre la vida de su padre. Él tuvo que contestar: « Mi padre venía a mi casa a almorzar, a comer y a dormir. No sé nada de su vida. » . ¡ Cuántos padres habrán dejado, como éste, recuerdo tan doloroso !

Hay que espiritualizar la existencia. Bien está que hagamos dinero, que defendamos el principio

de autoridad, pero pensemos en los niños primero, en los jóvenes después, con cariñosa simpatía. Hay que amarlos mucho y dejar que el amor nos inspire nuestros deberes para con ellos. Nada de melindres inútiles y de severidades más inútiles todavía. Una conducta noble, de franco compañerismo. Ser como amigos íntimos entre quienes no es posible ni la sombra de un secreto.

Paseaba un padre una vez por las calles de un pueblo de la isla con su primogénita, una niña de pocos meses de nacida. Ya llegaba a la plaza, término del paseo, cuando encontró a un amigo que le miró con cara de sorpresa: « Pero ¿ tú llevas a tu hija ? Busca una niñera y no hagas eso. No está bien. »

« No hagas eso » en la edad en que son más deliciosos los niños, en que ejercen una atracción irresistible con su debilidad y con sus gracias.

« No está bien. » Lo que no está bien es nuestra negligencia, nuestra indiferencia, para cumplir estos agradables deberes que nos impone la vida. Es precisamente poner en manos de una niñera a nuestros hijos, confiarlos a su exclusivo cuidado. ¡ Ah, si ellos hablaran, cuántas cosas dirían del trato de que son víctimas, cuando están lejos de los ojos de los padres!

Al terminar el banquete hubo discursos. Todos los oradores recordaron a los hijos el tercer mandamiento y a los padres la conveniencia de ser padres y amigos a un tiempo.

La parábola del hijo pródigo me pareció más bella que nunca. La carta del doctor Crane a su padre es tan tierna y delicada que arrancó lágrimas. La historia del padre pródigo debiera imprimirse y llevarse a todos los rincones del mundo.

Cuando salimos de allí, después de haber gozado durante tres horas de dulces y agradables impresiones, padres e hijos hemos sentido más fuerte el lazo de nuestros afectos.

Felicitemos a la Asociación Cristiana de Jóvenes.

CON ESTUDIANTES

—Para Paul G. Miller.

Me acerco a uno de los establecimientos que venden periódicos y revistas de los Estados Unidos. Es día de correo. El Brazos llegó por la mañana. Junto al establecimiento hay distintos grupos de personas. Los forman, sin duda, parroquianos que aguardan el momento en que puedan comprar sus periódicos predilectos. Yo me he acercado también con el mismo propósito. Hay en el interior tres americanos del continente. Fuman y hablan en voz baja. Junto a la puerta derecha conversan tranquilamente unas niñas. En las otras puertas hay grupos de jóvenes que discuten acaloradamente y dan a aquel sitio inusitada animación.

Yo he entrado por la puerta derecha y me he quedado solo aguardando el aviso del dependiente que se ocupa en colocar los periódicos. Estoy muy cerca de las niñas. Fíjome en ellas con detenimiento. Todas llevan libros en las manos. Presumo que son estudiantes. También los jóvenes tienen libros. Recuerdo entonces que en las escuelas se exige la lectura de algunos periódicos como parte del trabajo de inglés. Estos jóvenes vienen en busca de sus revistas —me digo. Tendré ocasión de comprobarlo, porque yo también me dispongo a esperar mi *Literary Digest*, que leo todas las semanas. Saludo a las niñas con una leve inclinación de cabeza. Ellas contestan mi saludo

y continúan su conversación interrumpida por un breve instante.

— El *Ladies' Home Journal* es mi revista predilecta. Lástima que venga tan de tarde en tarde. Debiera publicarse semanalmente — dice una de las niñas.

— Su lectura es siempre interesante — afirma otra. Me gusta porque publica recetas de cocina de las cuales es posible sacar siempre partido. ¿No te gusta cocinar?

— A mí también. La clase de cocina resulta siempre agradable.

— Pues mi periódico es *Classic*. ¿No lo leen ustedes? Es una revista de cinematógrafo muy amena. Yo la compro para conocer la vida de los artistas notables.

— A mí no me interesa.

— Yo no puedo leer esas revistas. Leo *The Independent*. Es la que compramos en la escuela. Discute los problemas del momento desde un punto de vista elevado.

— Los artículos que lleva publicados sobre la Liga de Naciones son realmente convincentes.

— ¿Crees tú que América debe obligarse a intervenir en todos los asuntos de Europa?

— Pero fíjate que es para suprimir las guerras. El mundo entero debería unirse con ese propósito.

— Para suprimir las guerras bastaría que las mujeres tomaran parte en el gobierno de los países. Soy feminista.

— Yo no.

— No hablen de feminismo, —dice la más callada de las niñas. Ha estado oyendo a sus compañeras sin intervenir en la conversación. Parece que tiene autoridad entre ellas porque en el acto varían el asunto.

— ¿Has leído la conferencia de la Pardo Bazán sobre la literatura después de la guerra? —oigo a una de las niñas.

— No.

— Creo que no hay, entre los escritores españoles, uno tan castizo como la Pardo. Es admirable esta mujer.

— He leído de ella muchos cuentos.

— Yo apenas tengo tiempo de leer, fuera de lo que se exige en la escuela como parte del trabajo de literatura. ¡Hay tanto que estudiar!

Los jóvenes siguen hablando en voz cada vez más alta. Apenas puedo oír a las niñas en su charla ingenua y agradable. He sentido una satisfacción inmensa al observar su seriedad, su distinción, la forma en que se expresan, su conocimiento de los dos más importantes idiomas, su amplia información de lo que ocurre en el mundo, su excelente preparación para la vida.

Éstas son las niñas que llenarán después las oficinas como mecanógrafas y taquígrafas. Serán las maestras que triunfarán en el difícil trabajo de educar a los niños puertorriqueños, enfermeras, farmacéuticas, etc. Ellas invadirán el campo de todas las profesiones.

Y el tradicional apego al hogar y el amor a la

virtud de nuestras mujeres, hoy como ayer, son motivo de orgullo para nuestra sociedad. ¡Bendita sea la escuela de Puerto Rico que realiza, que ha realizado ya una evolución sin sacrificio, que ha levantado el nivel intelectual de la mujer poniendo en sus manos las más seguras armas para la lucha por la vida !

Los jóvenes hablan ahora del último juego de « base ball » celebrado en el campo atlético. En el calor de la discusión se han olvidado de que allí hay otras personas con derecho a hablar y a ser oídas.

No conozco a ningún joven, pero me les acerco con la confianza del que sabe del corazón abierto de la juventud.

— ¿ Podrían ustedes informarme si estas niñas asisten a las escuelas públicas ?

— Sí, — me contesta un joven. — Como nosotros, aguardan por sus revistas.

— ¡ Ah ! ¿ Ustedes también ? Todos han suspendido la discusión para atenderme. — Yo compro siempre el « Literary Digest » — les digo. — Es una buena fuente de información.

— Yo también. Pero en clase leemos *The Independent*. Es una excelente revista semanal.

— ¿ Y no leen ustedes otros periódicos ? — Hago esta pregunta con toda intención. He oído cuanto han dicho las niñas a este respecto. Quiero oír a los jóvenes. Me interesa conocer este nuevo aspecto de la vida de nuestros estudiantes.

Uno me dice: — Yo me acostumbré a venir a este

sitio en los días de la guerra. Mi entusiasmo por la causa aliada me hacía leer la prensa americana. He leído casi todos los artículos de Simonds, en el *Review of Reviews*. Después he seguido viniendo. Simonds sigue escribiendo.

— Yo leo el *Popular Mechanics*. Esa sí que es una revista que vale. Cuando vaya a la Universidad sabré muchas cosas de las que deberé estudiar allí. Quiero ser mecánico.

— A mí no me gusta la mecánica. Me encantan, en cambio, los estudios literarios. ¡Lástima que eso no produzca nada en Puerto Rico!

— Es verdad.

— Yo leo el *American Magazine*, —dice un joven alto, de ojos vivos y penetrantes que pone en cuanto dice su espíritu sugestivo.

— ¿Conoce usted esa revista?

— No, —contesto.

— ¡Ah! pues es la mejor revista que puede caer en manos de un joven. Viene todos los meses y su lectura es un constante motivo de inspiración para la juventud.

— Por el estilo de *Success*, —dice uno de los estudiantes.

El entusiasta del *American* continúa: —El *American Magazine* se ocupa de recoger las impresiones de éxito de cuantas personas notables hay en los Estados Unidos. ¿Alguien ha sobresalido como abogado? El *American* solicita su colaboración. El abogado explica el secreto de su triunfo. Así desfilan por las páginas de la revista millionarios

que nos cuentan la forma en que reunieron los primeros dólares de sus inmensas fortunas, obreros que han triunfado de la mala suerte, comerciantes, agricultores, inventores, enfermos. Todos tienen algo útil e interesante que referir. Y lo refieren sencillamente. Yo la leo con interés.

— ¿Cómo tú no me habías dicho nada de esa revista? — pregunta uno de los jóvenes.

— Tú sabes que yo la compro siempre, — contesta el otro. Y vuelve a cautivarnos con sus explicaciones.

— En uno de los últimos números un gran abogado de Nueva York nos cuenta su éxito como criminalista. Es curioso lo que cuenta. Dice que él era el « pitcher » en la novena de su colegio y que tan pronto como los profesores supieron que tenía una forma especial de tirar la bola, le concedieron una beca. Era pobre y aseguró de ese modo su educación.

— ¿Y qué relación puede tener el « base ball » con el trabajo de abogado?

— Él dice que sus trabajos como « pitcher » le obligaron a descuidarse en sus estudios pero al mismo tiempo reconoce que debe a su práctica como jugador de pelota mucho de su actual pericia para triunfar ante el jurado.

Un « pitcher » tiene que estar atento a muchas cosas a un tiempo. De él depende en gran parte el triunfo del juego. Él se acostumbró a eso, a atender a muchas cosas a la vez. El trabajo ante el jurado es parecido. El abogado tiene que dis-

tribuir su atención en muchas cosas a un tiempo: El juez, los jurados, el fiscal, los testigos, el público. Muchos fracasan porque no saben hacer esto. Él lo aprendió en el campo atlético de su colegio.

Yo he llegado a la siguiente conclusión con la lectura del *American* —afirma resueltamente el joven estudiante. —La disposición de la mente nos hace vivir en el éxito o en el fracaso. Pues hay que disponerla al éxito.

— Éste es un optimista.

— Todos debiéramos ser optimistas. ¿ No es verdad ? Lee el *American*. No perderás tu tiempo.

— ¿ Qué estudia usted ? —pregunto con interés al joven.

— Estudio comercio, —contesta inmediatamente.

Y añade: —El comercio es el gran campo abierto a la juventud puertorriqueña. La isla tiene que desarrollarse comercialmente ahora. Deberá su porvenir a su magnífica posición entre las dos Américas y entre Europa y Panamá. Puerto Rico está llamado a ser un gran centro de distribución. ¡ Verá usted cuántas sucursales establecerán aquí las casas de Nueva York !

— Ya estamos observando esta hermosa realidad.

Hay que agrandar el puerto —dice. —Hay que formar el espíritu comercial en nuestra juventud.

El joven se detiene un instante. Quiere decir algo que no acierta a expresar claramente. Hace ligeros movimientos de cabeza. Finalmente dice con firmeza: Nosotros debemos prepararnos para este momento. Es un gran momento, pero hay

que escalar las cúspides. No hay que conformarse con ser mano que ejecuta. Es necesario ser también pensamiento que dirija.

Un movimiento de los tres americanos nos indica que el dependiente ha terminado su labor. Ya están los periódicos y las revistas colocados para la venta.

Yo compro el *American Magazine* que hojeo rápidamente. Títulos interesantes: « La Historia de Babson », « El Caso Perdido de Tuberculosis », « Lo que les Cuestan a Ustedes las Huelgas », « Un Hombre que Tiene Fe en sus Empleados », « Los Hombres Son Honrados », « Treinta y Ocho Años », « En la Mitad de la Vida ».

— Es una siembra de optimismo. ¡ Cuánta falta hace el optimismo en nuestro pueblo ! Debiéramos todos leer el *American Magazine* —digo a mi joven amigo.

Él añade: —Hacer lo que yo hago. Le traduzco a mi padre que es un antiguo comerciante; y ya he hecho de él un hombre nuevo.

Nos despedimos como si fuéramos viejos amigos.

— Ustedes, los jóvenes, son la esperanza, —digo yo. —La gran esperanza de la patria.

UN EMPLEADO

—Dejaría cesantes a todos los empleados públicos puertorriqueños, —me decía las otras noches un ciudadano, hablando conmigo en el parque Borinquen.

Las palabras requerían una explicación inmediata. La persona con quien hablaba, me había sido presentada, momentos antes, por un distinguido amigo de Arroyo —« Es este señor uno de los mejores hombres de Puerto Rico », me había dicho el amigo de Arroyo.

— Vaya el hombre, —pensé yo.

Había, sin embargo, bondad en su mirada. Su actitud era firme, como quien está dispuesto a demostrar lo que ha manifestado. Esperaba, sin duda, que dijese algo antes de entrar él en la explicación de sus palabras.

— El empleo tiende a matar las iniciativas del espíritu. Se necesita una gran fuerza de voluntad para triunfar en la vida cuando se empieza por un empleo público. —

Y en el acto: — ¡ Qué grandes seríamos si no aspiráramos a los empleos públicos ! A veces pienso en una juventud bien preparada, dedicada a la agricultura, al comercio, a la industria, campos sin raquíticas limitaciones, para el joven ambicioso que quiere luchar y triunfar y llego a la conclusión de que esa es la juventud que aquí necesitamos para hacer de Puerto Rico un emporio de riquezas, un jardín de felicidad.

— Si yo fuese leader político, predicaría la guerra a los empleos públicos, —dice finalmente, con una sonrisa en los labios.

Yo no he querido hacer el menor comentario a su íntima frase. He sonreído también.

Me interesa este hombre. Sus ideas tienen una base sólida. Él ama a su tierra y quiere su engrandecimiento, su felicidad.

Cree que la juventud debe iniciarse en campos de amplias perspectivas. No quiere para el joven el empleo público, mal retribuido siempre, sin porvenir. Deseo seguir oyéndole. Ha despertado mi curiosidad. Debe ser hombre bien informado y acaso ha arrancado de la realidad sus teorías.

— ¿ Ha sido usted empleado ? —le pregunto.

— Sí, —contesta inmediatamente. Cuando usted también lo era. Le conocí entonces de vista. Pero usted, como yo, no pensó jamás en ser empleado toda la vida.

Mi nuevo amigo hace una pausa.

Su semblante es el de un hombre satisfecho, vencedor de todos los obstáculos. Sus ojos saben mirar frente a frente. Hay en sus labios una sonrisa que no le abandona nunca. Es joven, muy joven todavía. Latino por su sangre, sajón por su temperamento, el optimista con quien he hablado es un producto del ambiente. Hay en su personalidad los rasgos característicos de las dos razas que conviven en nuestra isla. Su conversación es amena. Yo continúo escuchándole con agrado, con interés.

— Leí cuando niño, en uno de los libros de texto de mi escuela, que existe en Sur América un paraje difícil, muy difícil de atravesar. El viajero al llegar la tarde, siente un deseo de dormir, que le domina, que le vence.

El viajero sabe que tiene que realizar un esfuerzo considerable para resistir al sueño tentador. Si así no lo hace, está perdido. Tras el sueño, la muerte es inevitable.

Y siempre que hablo de empleos públicos recuerdo esta lectura de mi infancia. Ella explica bien lo que es el empleo público. Es un sueño que va poco a poco apoderándose de toda nuestra energía, de toda nuestra voluntad. Cuando la voluntad está muerta, sentimos nuestra inutilidad para todo esfuerzo.

Yo hago una leve inclinación de cabeza en señal de asentimiento. El añade:—Yo fuí un viajero que supo resistir al sueño fatal. No sé si me he explicado. Hay ideas que se conciben confusamente y confusamente hay que explicarlas. Quiero decir, en resumen, que el cargo público es mal campo de iniciación para la juventud. Pone un límite muy estrecho a la ambición y mata la voluntad. Un año de empleo público y ya nos sentimos invadidos de un miedo para lanzarnos a la vida del negocio, capaz de anular cualquier buen propósito.

— No siempre —digo por decir algo. Sé, por propia experiencia, toda la verdad que encierran sus palabras.

— ¡ Oh ! usted debe saber lo que cuesta abandonar un cargo público, —dice él animándose de pronto. —Oiga usted una historia sencilla: Empecé a trabajar como mensajero de telégrafo. Ganaba diez dólares mensuales. Fuí luego telegrafista en varios pueblos de la isla. ¡ Qué poco ganan estos sufridos funcionarios y qué mucho se les exige ! La misma pequeñez del sueldo me hizo pensar en renunciar mi destino. Empecé a trabajar entonces en las oficinas del gobierno.

Un día pensé: El empleo público me lleva seis horas de trabajo. Tengo dos horas para almorzar y comer. Empleo ocho horas en dormir. Aun me restan ocho horas diarias que puedo dedicar a otras ocupaciones que aumenten mis entradas mensuales. Escribí a varias casas americanas. Me hice agente de muchas de ellas. Obtuve sus respuestas. Y mis momentos de ocio en los días de trabajo me dieron oportunidad de ganar algún dinero más con que atender a las necesidades de mi hogar.

Un día las entradas que me proporcionaban mis negocios de los días de descanso eran superiores a mi sueldo. ¡ Día feliz para mí ! ¡ Con qué alegría lo recuerdo ! Pensé entonces en renunciar mi cargo del gobierno para dedicarme exclusivamente a mis otras ocupaciones. No lo hice. No me atrevía a hacerlo. Parecíame que mi familia iba a sufrir privaciones si me faltaba el cheque mensual, la entrada segura, inevitable de fin de mes. Renuncié mi cargo público cuando una de las casas americanas

a las cuales representaba, me ofreció pagarme una cantidad igual a la que recibía del gobierno y además mi comisión si dedicaba todo mi tiempo a sus negocios. Entonces ya no tuve miedo. Ya ve usted. . . .

Hoy es usted un hombre rico —digo yo.

—Hoy tengo la riqueza de esta gran experiencia. Debí iniciarme en el comercio. Debí hacerme desde joven agricultor. Hoy lo soy. Tengo una finca. Siembro cocos. No soy rico aún. Lo seré. Expresándome mejor, lo soy ya. El deseo es una anticipación de la realidad.

¡ Éste es un hombre ! pensaba yo oyéndole. Hay en su cerebro un propósito, una determinación. Solamente fijando bien los propósitos es posible triunfar en la vida.

Este hombre es un producto del ambiente. Alma latina, temperamento sajón. En este hombre se han reunido las virtudes de ambas razas. Ha desarrollado las suyas, con entusiasmo. Ha aceptado las otras sin reservas. Es un hombre superior.

Hay que conservar cuanto bueno tenga nuestra raza pero hay que desechar con energía lo que en ella es malo, perjudicial. Hay que aceptar cuanto bueno tenga la raza sajona, pero hay que rechazar con energía cuanto en ella es perjudicial y malo. Así haremos un pueblo superior. Así se cumplirá el pensamiento de Dios, que ha unido a las dos grandes razas de la tierra en esta pequeña isla del Caribe. La pequeñez contribuye eficazmente

a la fusión. Cuando no haya prejuicios, cuando cada cual se dé cuenta exacta de su misión del momento, cuando desaparezcan las mutuas desconfianzas, caminaremos rápidamente hacia el más lisonjero porvenir.

¡ Hay que vigorizar la fe de nuestro pueblo ! — digo en voz alta saliendo de mi ensimismamiento. — Puerto Rico no tiene fe en sí mismo. ¿ Cómo ha de tenerla en los demás ?

Amigo mío, usted me ha hecho gozar mucho. ¿ Cuántos como usted habrá en nuestra isla, hombres que hayan conservado con orgullo todo lo que hay de grande en nuestra raza pero que se hayan abierto sin odios a las buenas influencias de la que con nosotros convive ?

Él se excusa de contestar modestamente.

Hay de todo —dice. Hay quien no ha hecho esfuerzo alguno por ponerse a la altura del momento. Desgraciadamente.

— Es verdad. Pero hay quien se da cuenta de que debemos caminar en armonía con los hechos de la historia. Al fin estos serán más que los otros. De ellos es el porvenir.

HABLANDO

—Para Gerardo Sellés Solá.

Juan 18 años.—Pedro 15.

Juan.— Lluve.

Pedro.— Hoy no podremos salir y me alegro.

Juan.— ¿ Por qué ?

Pedro.— Porque así no voy a la jugada de gallos.

Juan.— ¿ Y necesitas que llueva para no ir ?
¿ Para qué te sirve la voluntad ?

Pedro.— Bueno, tengo ya la costumbre.

Juan.— La costumbre. . . . Es la excusa . . . ,
cuando queremos hacer una cosa que es mala con
la cual nosotros mismos no estamos conformes.

¡ La costumbre de fumar ! ¡ La costumbre de
jugar gallos !

Pedro.— Yo no fumo.

Juan.— Pero juegas gallos, que es peor.

Pedro.— Jugar gallos es una costumbre puertorriqueña.

Juan.— No. No admito que digas eso. Yo soy puertorriqueño y no juego gallos. Hay miles de puertorriqueños que no encuentran distracción alguna en las jugadas de gallos. Y si es una costumbre, lo patriótico es contribuir a que desaparezca.

Pedro.— Los gallos siempre pelean.

Juan.— Argumento falso. Los gallos evitan encontrarse. El hombre realiza una crueldad imperdonable al ponerlos a pelear.

Pedro.— Me convences pero no puedo remediarlo.

Juan.— Acúsate de tener una voluntad débil y hazte de cuenta que hombre sin voluntad no es hombre completo.

Pedro.— ¿Cómo podré fortalecer mi voluntad?

Juan.— Pues mira, es muy fácil. Niégate a ti mismo las cosas que deseas. ¿Ahora sientes el deseo de jugar gallos? Pues no juegues. Eso un día y otro día, acabará por curarte del mal que padeces.

Pedro.— ¿Y para qué sirve una voluntad fuerte? ¿Hay tantos hombres de voluntad débil que viven admirablemente!

Juan.— Eso no se contesta. Aprende esta verdad: La voluntad es más poderosa que la inteligencia. Yo la prefiero a la inteligencia.

Pedro.— ¿Te has fijado tú en que los que hablan al público generalmente empequeñecen su inteligencia y elogian su voluntad? ¿Es que el elogio a la voluntad no es inmodestia?

Juan.— No evites la cuestión principal. Te conozco. ¿Me prometes que no has de jugar más gallos?

Pedro.— Sí.

Juan.— ¿Y que castigarás tus deseos hasta crearte una voluntad fuerte?

Pedro.— No me queda otro remedio.

Juan.— Que sea formalmente.

Pedro.— Con toda formalidad. ¿Crees acaso que he de comprometerme sin cumplir lo que ofrezco? Tengo palabra.

Juan.— Sin embargo, recuerdo que me prometiste leer a Marden y. . . .

Pedro.—Y lo he hecho.

Juan.—¿Qué has leído?

Pedro.—He leído «Ideales de Dicha», obra sugestiva e interesante que enseña y estimula.

Juan.—¿Y nada más?

Pedro.—Hombre, no hace mucho que me recomendaste su lectura. Leo y medito. La lectura sin meditación no es lectura.

Juan.—Y si las ideas que se leen no se graban en la mente y se practican en la vida, es como si no se leyera.

Pedro.—Estamos conformes.

Juan.—Marden siembra. Su obra es una repetición de ciertas ideas cuya práctica puede conducirnos a la felicidad: Formar el carácter, robustecer la voluntad, creer en nuestras fuerzas interiores y desarrollarlas. Yo aconsejaría la lectura de Marden. Es un buen amigo. Su compañía es siempre favorable.

Pedro.—Y a propósito de lecturas: ¿Tú sabes que todo no se puede leer?

Juan.—Yo creo lo contrario.

Pedro.—Siempre estamos encontrados.

Juan.—Pues podré convencerte como otras veces. Acostúmbrate a distinguir lo bueno de lo malo. Empéñate en seguir siempre el camino del bien y lee lo que quieras. Solamente lo bueno influirá en ti.

Pedro.—Tienes razón. No vale la pena decir lo que iba a decir.

Juan.—Hay lecturas que son preferibles, sin embargo.

Pedro.— ¿ Cuáles ?

Juan.— ¡ Oh ! son muchas. ¿ Has leído el Quijote ? Léelo. Enseña mucho. Se lee más las traducciones que el original.

Pedro.— Esa es una nota dolorosa para los pueblos de habla hispana.

Juan.— Todo hombre que habla español debiera tener orgullo en leer el Quijote. Es la obra maestra de la literatura hispana.

Juan.— Y, a Shakspeare ¿ lo has leído ?

Pedro.— En parte. Conozco « Hamlet. »

Juan.— Lo has leído en inglés, por supuesto.

Pedro.— Sí.

Juan.— Portentoso ¿ verdad ? Te aconsejo que leas alguna crítica de la obra de Shakspeare. Te ayudará a comprenderla.

Pedro.— A Wagner, ¿ lo conoces tú ?

Juan.— He leído « Vida Sencilla » y « Junto al Hogar. » Son dos libros muy recomendados.

Pedro.— Toda su obra está dedicada a la juventud.

Juan.— Es que debiéramos ser nosotros la preocupación del mundo.

Pedro.— Es la juventud la edad en que se hacen las siembras.

Juan.— Para recoger los frutos después.

Pedro.— Exacto.

Juan.— Sin embargo, no creas que se nos ha olvidado. Hemos vivido en el pensamiento de muchos hombres y hay muchos libros hoy que nos ayudan en nuestra preparación para la vida.

D'Amicis, Julio Verne, Andersen, Emerson, Rodó, Faguet son nombres que debemos venerar.

Pedro.—Veo que tú estás bien informado. Me ayudas. Es curioso. ¡ La juventud ayudando a la juventud !

Juan.— Dime tú, si el escritor joven se preocupa de la juventud, ¡ cuántas páginas admirables pudiéramos tener ya escritas !

Pedro.— Tienes razón.

Juan.— Diga el joven lo que sienta, lo que piense. Relate sus experiencias. ¡ Un joven escribiendo para la juventud ! Originalidad, frescura, ingenuidad, verdad.

Pedro.— Escribiré un libro para la juventud. (Con firmeza.)

Juan.— ¿ De veras ? ¿ Qué vas a decirle ? ¿ Acaso vas a aconsejar a los jóvenes que jueguen gallos ?

Pedro.— No, hombre, no.

Juan.— ¡ Ah ! me alegro de que lo comprendas. Te has dado cuenta en el acto de la responsabilidad que tiene el que escribe para la juventud. No vas a guiarla mal. No vas a orientarla por caminos de perdición. Palabra sagrada la que se dirige a la juventud, como dijo un pensador americano.

Los gallos pasaron ya. La juventud que sube no piensa, no debe pensar en esas costumbres que quieren perpetuarse. Hay placeres más delicados que disfrutar. Hay campos más bellos que recorrer. La vida es alegre, pero hay que buscar la verdadera alegría de la vida.

La escuela nos ha libertado. La libertad del espíritu es la verdadera libertad. (Pausa.)

(Pedro se levanta y pasea por la habitación. Luego dice con decisión.) Seré como tú, ni gallos, ni nada que evite mi progreso espiritual.

Juan.— Me alegre y te felicito.

Pedro.— ¡ Sea esa mi aspiración !

Juan.— ¡ Sea ese nuestro ideal !

LAS CARTAS DE MUÑOZ

—Para Rafael Arrillaga Urrutia.

Alguien ha dicho que debieran recogerse y publicarse las cartas de Muñoz Rivera. Es verdad. Un epistolario de Muñoz sería acaso su obra más interesante.

Recuerdo una ocasión en que nos hablaba entusiasmado de sus cartas. —Pongo en ellas un cuidado exquisito —decía. —Me preocupa mucho lo que digo en la intimidad de mi correspondencia. Y me preocupa más aún la forma en que presento mis ideas. Mis cartas podrían publicarse.

Obra son de arte y de pensamiento. Él lo dijo. Deben ser recogidas por alguien que pueda clasificarlas juiciosamente. Los que conserven estos íntimos documentos en los cuales nuestro gran hombre puso toda su alma, deben contribuir generosamente a esta obra de patriótica trascendencia.

Las que yo conservo, reliquias de mi hogar, que alguna vez he de leer en voz alta a mis hijos, y las que conservan muchos de sus amigos publicadas ya, revelan ese exquisito cuidado de que él nos hablara un día.

Patriota ante todo, su patriotismo se manifiesta en sus cartas con toda su apasionada vehemencia. Escritor de brillante estilo, jamás su pluma ha de dictar una frase que no lleve el sello de su personalísimo modo de escribir. Claro, sincero,

profundo, sencillo. Éstas sus cualidades sobresalientes. ¿Recordáis aquella hermosa crónica en que decía a sus amigos? : « Vosotros los que tenéis facultades creadoras, los que trabajáis con entusiasmo frente a la indiferencia que os circunda, los que osáis poner los ojos en las altas cúspides, si queréis legar unas líneas a la posteridad, sed claros, sed sinceros, sed profundos. Y, sobre todo, sed sencillos. » Hermosa manera de recomendar la sencillez, la difícil sencillez, a los que dan al público el tesoro de sus ideas. La sencillez elegante, aristocrática de Muñoz Rivera es digna de ser presentada como modelo. Entre los escritores que expresan sus ideas en castellano, Muñoz Rivera figuraría en primera línea, si se toma la sencillez como base para la comparación. Azorín y Baroja no le aventajan.

González Blanco, el eminente crítico español, dice en su notable obra « Los Contemporáneos » : ¿ Quién ignora que en la correspondencia de Flaubert hay más cantidad de ideas que en muchas obras maestras ? ¿ No puede afirmarse lo mismo de las cartas de Muñoz Rivera ? Y es que estos sembradores de ideas que vienen al mundo con un determinado propósito buscan todos los momentos, todas las oportunidades para realizarlo.

La correspondencia privada de Muñoz Rivera es una constante lección de patriotismo. Él aprovecha cualquier circunstancia para recordar el deber patriótico. Trata un asunto cualquiera, lo estudia, lo presenta en todos sus detalles. Al fin

lo relaciona con la idea de la patria que es su motivo predilecto.

Barceló, el ilustre presidente del partido Unionista, a raíz de aquella cruzada de las patentes, que tanta amargura puso en su corazón, escribe al Maestro una carta expresando sus hondas decepciones, queriendo poner en sus manos la renuncia del alto cargo que el partido le confiriera en Maya-güez. Ha perdido el hombre público sus bríos y sus entusiasmos al contacto de una dura realidad. Muñoz contesta: « Hace treinta años que el esfuerzo me fatiga. Como no, si mis músculos son los de un hombre y no los de un titán. Pero fatigado, roto, enfermo, sigo en el palenque y ni siquiera deseo morir mientras no 'asista a la redención de mi patria.' » En cualquier pequeño documento familiar encontraréis también su eterna preocupación, puesta de manifiesto.

Parece natural que aquello que se escribe expresamente para el público tenga mayor cantidad de « esencia de personalidad ». Usemos esta frase para indicar con ella lo que el autor pone de su yo íntimo en la obra. El que escribe para el público tiene una finalidad que cumplir. Desea convencer. Busca todos los medios para impresionar. Es lógico que vacíe su alma en lo que escribe. No ocurre esto a veces. Hay que ir a la correspondencia privada para conocer el verdadero sentir del literato. Las cartas; documentos íntimos que se escriben sin más intención a veces que comunicar unas simples noticias, aunque se sazonen con alguno que otro

breve comentario, son casi siempre la expresión más exacta y más completa del sentir de un hombre. « Producto caliente y vibrante de su vida » como afirma Eça de Queiroz. El mismo ironista portugués dice que la correspondencia revela mejor que una obra la individualidad del hombre. Y esta observación, que es síntesis del mismo pensamiento que expongo, da el por qué de esta rareza. La carta familiar es el hombre que se da todo en un exceso de verdad, de sinceridad. En Muñoz Rivera encontramos al hombre en todos los aspectos de su obra. Una poesía, un artículo periodístico, una carta. En todo está. No hay que temer contradicciones, ni insinceridades. Patriota ante todo, usó de la literatura para exponer su pensamiento, la misma idea vibrando siempre, en la poesía, en la prosa, en el discurso, en el artículo, en la carta, como si creyese que la insistencia era imprescindiblemente necesaria para impresionar a su pueblo.

Las cartas de Muñoz que se han publicado establecen esta unidad de pensamiento, esta armonía de su obra.

Y son muchas las publicadas hasta ahora.

A raíz de su muerte su hermana la señora Muñoz de Negrón publicó una bella carta escrita en los últimos tiempos de su vida. ¡ Cuánta ternura en ella ! Un niño no lograría expresarse con tanta ingenuidad. La que publicó Santini, uno de sus íntimos amigos, es todo un programa político escrito con la concisión y con la sobriedad con que Wilson pronuncia sus maravillosos discursos. Muñoz fué

siempre conciso en el decir. Mariano Abril, su compañero de épocas infaustas, nos dió a conocer dos importantísimas cartas de un valor estético excepcional. Barceló, en una interview que dió a LA DEMOCRACIA al cerrarse la Legislatura de 1913, defendiendo su actitud, incluyó una carta de Muñoz que es un timbre de honor. Y vale la pena seguir buscando y publicando. Él escribió a Sagasta y a Moret cartas que deben tener un valor histórico inapreciable. Él escribió periódicamente al Presidente del partido unionista mientras era Comisionado Residente. Estas cartas son la historia de nuestros últimos esfuerzos y de nuestras últimas luchas. Él escribió a sus amigos continuamente. En todas sus cartas hay siempre algo interesante. ¿ Por qué no recogerlas y darlas al público ?

El estilo epistolar, muy en boga entre los escritores de esta época, como afirma un ilustre crítico, tiene en Puerto Rico pocos cultivadores. No sé de ninguna obra publicada pero indudablemente podrían encontrarse bellas cartas de nuestros más distinguidos literatos si hiciéramos una búsqueda cuidadosa. ¿ Quién que tenga facultades creadoras no ha de utilizarlas alguna vez en convencer a un amigo sobre un asunto cualquiera, en decir a su novia las siempre interesantes razones del amor, en exponer sobre cuestiones palpitantes opiniones que no han de revelarse al público hasta que no cambien circunstancias de lugar y tiempo ?

Las cartas que se escriben expresamente para el

público no tienen el sabor de sinceridad que notamos en las que tienen verdaderamente carácter privado. Siempre alcanzan estas últimas mayor prestigio en el campo de las letras.

Madame Sevigné escribió una serie de cartas admirables que constituyen uno de los tesoros más preciados de la literatura francesa. Y la ilustre escritora no pensó jamás en publicarlas en forma de libro. Escribía por el placer de escribir. Época hermosa aquella en que « el decir bien las cosas » era afán de todos los espíritus cultivados. Madame Sevigné, en su correspondencia con su hija y con sus amigos describía bellamente, ingeniosamente cuanto ocurría en su tiempo. Tras el hecho, una consideración, una opinión, un comentario, algo de su espíritu. Y esas cartas, son en el juicio de muchos críticos notables, las más notables cartas en la literatura mundial.

Muñoz no escribió sus cartas para que fuesen publicadas después de su muerte. Si se publicaran constituirían, sin duda alguna, un éxito literario. Y el país tendría una vez más la oportunidad de admirar la inmensa grandeza del más grande de sus hijos.

LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

Para Cayetano Coll Cuchí.

— A las siete le aguardo — me dijo el Dr. Coll y Toste por teléfono al solicitar de él una entrevista.

Cuando, al llegar a su casa y al cambiar las primeras impresiones sobre mis propósitos, se entera de que no es asunto político el que me preocupa, ríe ingenuamente de su equivocación.

— Yo creía que usted venía a verme para alguna cuestión relacionada con el Partido. Y pensaba ¿ alguna desidencia ? ¿ algún obstáculo imprevisto en la marcha de nuestra colectividad ? ¿ algún asunto pendiente ante la Junta Central ?

Yo he leído también. Don Cayetano, como yo, es miembro de la Junta Central Unionista. Su palabra tiene en ella una autoridad que es producto de su ciencia y de su experiencia. Raras veces se le discute porque raras veces su pensamiento no es el exponente del pensamiento de los demás. Casi siempre acierta a interpretar las ideas de todos y cuando, en distintas ocasiones, la discusión se hace desagradable por la obstinada actitud de los que toman parte en ella, es la palabra del Doctor Coll la que suma los puntos de coincidencia y prepara la fórmula de armonía que ha de unir el pensamiento de todos. ¡ Difícil habilidad !

No, Doctor, yo vengo a hablar con usted sobre otros asuntos que me preocupan en la actualidad. Preparo otro libro: « Estímulos ». Deseo decir a

la juventud unas cuantas ideas que puedan ayudarla en la lucha de la vida.

— Y viene usted donde mí ¿ para qué ?— me interrumpe el Doctor rápidamente.— Yo no he sido maestro.

— Usted es maestro — alego yo.— Le he oído a usted muchas veces y muchas veces he pensado: ¡ Con qué facilidad expone el Dr. Coll ! ¡ Cómo anticipa con los ojos lo que los labios expresan después con más calma ! ¡ Qué admirable conocimiento de la naturaleza humana ! ¡ Qué dominio de tantas cuestiones diferentes !

— ¡ La naturaleza humana ! — dice el Doctor — ¡ si supiera usted, amigo mío, que no hay conocimiento más útil para la vida que el conocimiento de la naturaleza humana ! ¿ Aritmética ? ¿ Geografía ? Todo eso está bien, pero todo eso no es bastante. Estudiar al *hombre*, estudiarlo en los distintos aspectos de su vida y sacar de ese estudio las experiencias que nos permitan vivir nuestra vida de relación sin el menor trastorno posible, debiera ser el ideal de la educación.

— Pero, siéntese usted, amigo Huyke — afablemente dice don Cayetano, invitándome a pasar a su sala de recibo, adornada con artísticos lienzos y con retratos de familia.

— Yo rehusó. Nos sentamos aquí, en el balcón. — Doctor, esta terraza suya es poética. Esos pinos que dan nombre a su villa dicen muchas cosas al espíritu. Vamos a sentarnos frente a ellos y continúe usted lo que me iba diciendo sobre la naturaleza humana que es tópico interesante.

— Quería añadir solamente — continúa el Doctor — que ese estudio no se hace en los libros. La vida es la gran maestra. Ella enseña mucho. Nuestro espíritu recoge aquí y allá y la memoria guarda cuidadosamente las experiencias recogidas. El hombre observa al hombre. Usted que es maestro debe darse cuenta de la importancia de preparar a la juventud para el estudio de la naturaleza humana.

El Doctor hace una pausa y me mira con ojos que quieren descubrir mi pensamiento.

Yo callo. Junto a él, mejor es no hablar. Su conversación es tan amena que da pena interrumpirla.

Luego continúa: Yo sé que a usted también le agrada el estudio de esta ciencia. Sus escritos lo revelan.

— Estudio al hombre en el niño, — digo yo.

— En su libro hay observaciones interesantes. Lo he leído con verdadero gusto.

Yo agradezco al Doctor sus palabras bondadosas y le pregunto: — ¿Ha escrito usted también sobre los niños ?

Él ha contestado en el acto: — Sí. Podría hacer un libro de versos sobre asuntos infantiles con las composiciones que tengo ya publicadas.

Se levanta y va a su biblioteca. A poco vuelve con unos tomos encuadernados de la *Revista de Puerto Rico* que editaba en San Juan el maestro Fernández Juncos.

— Cuando esto se publicaba era usted, sin duda, un niño — me dice al sentarse nuevamente.

Aquí tiene usted unos versos míos: « Las Mañanas de mi Hogar, » escritos en el 1888.

Yo leo la hermosa poesía con verdadero deleite. Es una admirable pintura del hogar. Un cuadro delicioso de ese momento de la mañana en que los hijos anhelan el calor de la cama paterna. El padre se rinde al halago del chiquitín que le llama y va a buscarlo. Y ya no hay sueño posible. Todos los hijos vienen y se apoderan de la alcoba para convertirla, como dice el poeta, en una barricada.

Hay en esta poesía una gran fuerza de realidad. Yo felicito al Doctor entusiasmado y él me muestra entonces su manuscrito « Mi Torreón de Silex, » « De mi Patria, de mi Hogar y de mi Culto a lo Bello, » libro de versos que debiera publicarse. Así lo digo después de hojearlo y de leer algunas de las bellísimas poesías que contiene.

Don Cayetano habla de la dificultad de publicar obras en Puerto Rico. — ¡ Cuánto se ha perdido, amigo mío ! ¡ Cuántos ensayos, versos, artículos que se han publicado en la prensa diaria y en las revistas semanales del país perdidos para siempre !

El Doctor se lamenta del descuido de los escritores que no se ocuparon de hacer libros para legar a la posteridad y explica las causas de esta negligencia — Los autores no tienen toda la culpa.

— Nuestra bibliografía podría ser numerosa y es escasa — dice. Yo he publicado seis libros: « Colón en Puerto Rico, » « Prehistoria de Puerto Rico, » « Historia de la Instrucción Pública, »

« Reseña del estado social, económico e industrial de la isla de Puerto Rico en 1899. » « Boletín Histórico, » y « Tratamiento de la Fiebre Amarilla. » Tengo preparadas dos obras: « Puertorriqueños Ilustres » y « Mi Torreón de Silex. » No me he descuidado yo, pero, amigo Huyke, también he sentido a veces el desaliento que produce la indiferencia que rodea al que escribe, en nuestra isla.

Yo felicito nuevamente al Doctor, obrero infatigable en la gran obra del progreso de Puerto Rico.

— Y volviendo a la poesía, Doctor, su final me encanta: « Y ellos también que tengan sus mañanas » es una frase muy significativa.

— Dicha con toda sinceridad — asegura el Doctor. — ¡ Ya las tienen, veintisiete nietos hasta la fecha ! Alegría y esperanza de muchos hogares cuyos jefes fueron un día los inspiradores de mis versos.

Creo en la vida del hogar. Creo en la felicidad que ella proporciona, acaso la única felicidad, y considero que debiéramos predicar a nuestra juventud mucho, mucho sobre este asunto de capital importancia. Necesitamos hogares jóvenes. Que la juventud lleve al hogar todo el vigor de los primeros años y que surjan de él los grandes ideales que animen el espíritu y lo aten fuertemente a la vida.

La antigua frase, « goza tu juventud y después cástate, » debe ser sustituida por esta otra « goza tu juventud en el hogar ». Es la mejor manera de gozar, no la juventud solamente, sino la vida toda.

— Estamos perfectamente identificados — le digo. Él continúa:— Si hay algo hermoso en la vida es esta vejez a la que tanto se teme. Pues un hogar joven asegura una vejez dichosa. La vejez es calma, serenidad, benevolencia, tolerancia, dulzura. ¡ Cuán bellos atributos ! La buena vejez es un gran premio a la vida.

Yo observo al Doctor. Ha vivido setenta años y tiene un vigor físico admirable. Su cerebro está siempre en plena floración. ¡ Cómo brillan sus ojos cuando habla ! ¡ Con qué serena majestad expone sus ideas !

Sus bellas palabras, « un hogar joven asegura una vejez dichosa, » « la buena vejez es un gran premio a la vida, » me impresionan profundamente. Sí, es verdad; una juventud bien vivida asegura una vejez sana y feliz. ¿ Cómo llevar al corazón de la juventud esta admirable lección de vida ? . . .

Hemos permanecido silenciosos algunos instantes. El Doctor acaricia tranquilamente a sus barbas que el tiempo ha puesto blancas. Yo tardo en recordar un pensamiento de Rodó que me parece oportuno. Al fin digo:— « La Juventud es un tesoro de cuya inversión sois responsables » — dice Próspero al grupo juvenil que le escucha.

— Inspirado el libro de Rodó — afirma el Doctor.

— Tesoro es realmente la juventud, pero en manos inexpertas. ¿ Cuándo lograremos poner la experiencia de los viejos en las almas de los jóvenes ? Ese sería el mayor éxito de la ciencia de la educación.

CORAZÓN DE NIÑO

(Párrafos de un discurso)

Corazón de niño.

¿ Juzgaréis exagerado esto que os afirmo ? Bastaría conservar cuando hombres nuestros corazones infantiles para acercarnos a la felicidad. Ya sabéis que esta bella quimera ha sido siempre un ideal humano y que buscándola y buscándola a veces pasa la vida. Al final de ella exclamamos con desaliento: — La felicidad no existe.

¿ No vale la pena aprender a buscarla desde niños para sentirla siempre a nuestro lado como un ángel bueno que nos acompañe aún en los momentos más difíciles de la vida ? Existe en nosotros mismos. Es la gran alegría infantil que no sabemos conservar cuando nos hacemos mayores. Vive en nuestros espíritus y pretendemos encontrarla fuera. Podemos lograrla contribuyendo a la ajena felicidad y rechazamos estas oportunidades que a diario se nos presentan.

La voz de nuestros groseros instintos nos hace a veces gozar con una felicidad falsa, engaño de los sentidos, sombra de felicidad que se desvanece cuando pretendemos sujetarla junto a nosotros. No es esa la felicidad que debe anhelar la juventud. Hay otra, la verdadera, la única, la compañera oculta de todos los seres que vive en un perpetuo deseo de ser descubierta y murmura a nuestros oídos sus dulces llamamientos.

¿ Hay un hogar afligido que llora una desgracia

irremediable? Id allí, jóvenes a consolar con vuestras palabras, en las cuales pondrá Dios la luz del convencimiento.

¿ Hay un hogar donde los niños padecen hambre porque los padres no han podido traer el necesario sustento? Llevadlo vosotros, jóvenes, y gozad la suprema alegría de ver sustituidas por sonrisas las amargas lágrimas de la niñez.

Esa felicidad no se acaba nunca. Y si así contribuimos a la alegría del mundo aprovechando las oportunidades que se nos presenten para hacer el bien, nada habrá que nos prive de esa paz interior que es dicha inmensa, felicidad que crece, que se agranda, y que es para los dolores propios lenitivo, bálsamo consolador.

Conservad vuestros corazones de niños. Que no se endurezcan nunca. No hay que pensar en que con ellos vamos a ser vencidos en este mundo de maldad y de egoísmo. Hay que pensar en que vamos a vencer porque ellos son armas poderosas que abren todos los caminos del éxito. Una mirada interior al fondo de vuestros espíritus y tal como sois hoy, sin duda buenos, fuertes y nobles, sed siempre. Recordad la vida del gran poeta francés que viejo ya, caminaba por los sitios donde habían discurrido los días de su niñez y decía a los que le preguntaban el porqué de sus paseos solitarios. « Estoy buscando mi corazón de niño. » No lo busquéis nunca vosotros. Tenedlo siempre. Él es alegría, felicidad, valor, fortaleza. De él dijo Jesús que era el reino de los cielos. De él podemos afirmar que es el reino de la tierra.

EL HEROÍSMO

—Para Emilio del Toro.

Jóvenes, hemos de hablar hoy sobre cosas interesantes. Un libro he encontrado que debierais leer y meditar. ¿Su autor? Luis de Zulueta. ¿Su nombre? « La edad Heroica. » ¡ Hermoso nombre y hermoso libro !

Así empezó el viejo maestro aquel día. Sus discípulos, que le aguardaban impacientes, se sentaron junto a él.

Era el maestro hombre de carácter alegre y jovial. Amaba su profesión. Se sentía feliz junto a los jóvenes de cuya educación se había hecho cargo. No se conformaba con enseñarles durante las horas regulares de trabajo. Todos los momentos eran buenos para enseñar y él los aprovechaba.

Desde hacía algún tiempo, maestro y alumnos se daban citas en el Parque. Allí frente al mar, sentados en los bancos que están bajo las palmas, hablaban sobre cien asuntos diferentes. Y estas reuniones agradaban de tal modo a los jóvenes estudiantes, que no faltaba a ellas ninguno. Allí se olvidaban las relaciones de maestro y discípulos, empeñándose todos en crear un ambiente de absoluta confianza.

Habían hablado del honor, del deber, de la sinceridad en otras ocasiones.

En ésta, hablarían del heroísmo. Así lo indicaba el maestro con sus primeras palabras sobre el libro de Zulueta.

— Y la edad heroica ¿ Cuál es ? — pregunta un joven.

— La edad heroica es la juventud — otro contesta.

Y otro añade: — En cualquier edad de la vida encontraremos héroes, pero la juventud da al mundo el mayor número.

— Todos los jóvenes son héroes — afirma un jovencito entusiasmado. En esa edad se da la vida con el mayor desinterés. ¿ Qué dice el autor sobre este asunto ?

El maestro responde: — Quiero que vosotros mismos lo descubráis.

Pero « héroes » ha habido muchos en todas las épocas. Héroes jóvenes y héroes viejos. No es posible atribuir el heroísmo a ninguna edad de la vida porque en todas se manifiesta — dice un joven.

— En todas. Foch es un héroe y es un viejo. — Foch es un héroe de los modernos tiempos que manifestó su heroísmo en plena juventud.

La discusión continúa. Los jóvenes van exponiendo sus ideas libremente. Uno de ellos, que hojea el libro de Zulueta, grita de pronto: — Aquí está el pensamiento del autor. Lo he encontrado.

¡ A ver ! ¡ A ver !

La juventud es la edad heroica. Oídllo en sus propias palabras: —

« Es ésta la edad de oro de la vida humana. Quizás diríamos mejor la edad de hierro, la edad de los mayores esfuerzos y de las conquistas espirituales decisivas. »

— ¡ Bravo ! — dice un exaltado.

— ¡ No lo decía yo ? — afirma otro.

— Me lo suponía.

— Vamos a seguir leyendo, — dice el maestro, imponiendo su palabra con un esfuerzo de voz.

El lector continúa: « No podéis ser sordos a ningún llamamiento al heroísmo. No os contentéis con cumplir de una manera mediocre, vulgar, los deberes más próximos e inmediatos. Los tiempos exigen más. Los tiempos son de prueba. Piden hombres de temple heroico. En el fondo de cada corazón hay un héroe. Acaso el héroe que la patria necesita. A vosotros os toca despertarlo, suscitarlo. »

En el fondo de todo corazón hay un héroe — repite el maestro sentenciosamente.

— ¡ Cuántos se malogran ! — objeta uno de los jóvenes.

— ¡ Cuántos hay que muestran su heroísmo al final de la vida ! — dice otro.

— ¡ Y cuántos héroes ocultos en el mundo cuyo heroísmo, sin aparato y sin brillo, a nadie preocupa ! — afirma otro.

— Acaso son esos los héroes más grandes.

— Tú no hablas nada hoy — dice el maestro, dirigiéndose a un joven que ha permanecido callado todo el tiempo.

— Prefiero oír y meditar.

— Pero debes decirnos tus ideas. No hay que ser egoísta.

— Mis ideas no valen nada.

Luego, después de un silencio que dura algunos segundos, agrega.

— Ese libro debe ser interesante.

Todos los hombres son héroes. Unos tienen la oportunidad de mostrar su heroísmo, otros no. Hay el heroísmo que brilla, el heroísmo del soldado que ofrece su vida a la patria y la pierde en el campo de batalla. Hay el humilde heroísmo de las almas que realizan su sacrificio en el silencio y en la soledad. La vida ofrece constantemente ocasiones al heroísmo, pero aunque en todos los hombres vive el héroe, de que habla Zulueta, no todos responden a la voz interior que les llama al cumplimiento del deber heroico.

— ¡ Oh ! ¡ La juventud responde siempre ! — dice uno. — ¿ Queréis prueba más elocuente que esta última guerra ? ¿ Cuántos jóvenes han caído ? — grita acaloradamente otro.

— Han muerto hombres de todas las edades. Esta guerra ha probado que el heroísmo es condición humana.

— Ha habido desertores jóvenes.

— Excepciones.

— Ha habido hombres de edad madura que realizaron su primer acto de heroísmo abandonando un hogar con pequeñas criaturitas, junto a una mujer inútil para todo trabajo remunerador.

— ¿ Excepciones también ?

— No, No. Cientos de miles de héroes como éstos.

— Creo que hay héroes viejos, pero la juventud

es la edad del heroísmo. No podríamos decir que la vejez es la edad heroica.

La voz del maestro dejóse oír nuevamente. Habló serenamente poniendo en sus palabras una gran fuerza de convicción.

— Pero ¿qué estáis creyendo de la juventud? ¿Os creéis acaso separados del resto de la humanidad? ¿No pensáis que el tiempo ha hecho viejos a los jóvenes de hace cuarenta años? Vosotros, ¿qué seréis cuando pasen solamente algunas décadas?

¿Si ahora, en plena juventud, despertáis en vuestras almas el sentimiento del heroísmo y os sentís capaces de los más grandes sacrificios, vais a perder este bello atributo de las almas superiores porque se pongan blancos vuestros cabellos?

Hay ahora un silencio solemne. Los discípulos oyen la palabra del maestro con verdadero recogimiento.

En el hombre se manifiestan los grandes sentimientos. No importa la edad. Todos los hombres son héroes. . . .

¿Conocéis al viejecito que se sienta ahora tranquilamente en aquel banco solitario?

Su vida es una carga. Los años han doblado su cuerpo, un día tan ágil y tan fuerte como los vuestros.

Sabréis que él es el héroe de que habló la prensa en estos días. Una niña cayó al mar en presencia de varias personas. Él era el único viejo entre los espectadores del doloroso suceso y fué, sin embargo, el primero en cumplir con el mandato del deber. Cuando él y la niña se ahogaban, entonces fué

que los otros, los jóvenes, cumplieron el suyo tirándose al mar para salvar al anciano de heroico corazón y a la niña agonizante.

— ¡Héroes los jóvenes también !

— Heroísmo tardío.

— Entonces el anciano dos veces héroe.

— Lo que hay que hacer — continúa el maestro — es, como dice este libro admirable que deseo empecéis a leer hoy mismo, despertar en la juventud al héroe que hay en cada corazón para que responda siempre, en cualquier momento de la vida, a las exigencias del deber heroico. Educar a la juventud de tal modo que sienta cada cual su propio heroísmo aunque no haya de verlo sometido a prueba nunca, nunca en la vida.

— Siempre habrá ocasión.

— Siempre hay ocasión. Ya lo leeréis en este libro. Zulueta dice en algún sitio que la humanidad no puede vivir sin heroísmo. Y aquí en esta página que voy a leer, veréis que siempre hay oportunidad: « Sería preciso suscitar el advenimiento de una generación de héroes, capaz de luchar abnegadamente con el mismo ardor inextinguible que si los enemigos estuvieran dentro del suelo nacional mientras hubiera una mejora que realizar, una obra de cultura que promover, unas lágrimas que enjugar, una iniquidad que reparar. »

— Hombres de temple heroico necesitamos en Puerto Rico, — dice un joven — que tenemos mucho que hacer todavía.

— Es verdad.

El maestro se pone de pie y los jóvenes que le acompañan imitan su movimiento.

— Hay mucho que hacer en nuestro bello país. Mucho, mucho,— dice — y todos los ciudadanos hemos de ser héroes en el cumplimiento de nuestros deberes cívicos, sociales, profesionales. Hasta vosotros, estudiantes, debéis ser héroes. Héroes para luchar y vencer en vuestro primer gran esfuerzo: el de vuestra preparación para la vida.

El maestro se despide de sus discípulos, alargando su mano al grupo juvenil. Todos la estrechan cariñosamente.

Al saludar al último dice: « ¡Heroísmo ! ¡Espíritu de sacrificio ! ¡Qué vale la vida, si no es uno capaz de exponerla por la vida de los demás ! ¡Qué vale la vida si no es uno capaz de sacrificarla por alguna causa noble y grande !

¡ Heroísmo ! Espíritu de sacrificio ! ¡Qué vuestras almas respondan siempre, siempre a su llamamiento ! ¡ Así se demostrará que son almas superiores !

AMOR A LOS NIÑOS

—Para Ingenio Astol.

Estados Unidos, el país de los niños—he oído muchas veces. Así es en efecto. Parece que todos aquí viven en la preocupación del niño, de su felicidad, de su alegría.

Entre los muchos motivos por los cuales quiero y admiro a este país está esto del cariño a la infancia, siempre merecedora de nuestro afecto, de nuestra protección. Habrá otros países que atiendan a sus niños con el mismo solícito cuidado con que éste los atiende. No es posible que ninguno sobrepase a América. En cualquier detalle, lector, podrás observarlo.

¿ Entras en el *Subway* con tus hijos ? Está que no cabe una persona, pero no importa. En el acto se levantarán muchos de los que allí van, deseosos de brindarles sus asientos, ¿ Hay asientos desocupados ? Pues entonces, al entrar al vagón todos mirarán a tus hijos cariñosamente. Luego te mirarán a tí, con una sonrisa en los labios. ¡ Y cuántas cosas dicen las discretas sonrisas ! —Somos compañeros de felicidad, — parece que dicen unas. Otras: ¡ Qué hermosos son tus niños ! Alguna persona te dirá al sonreír su desventura: No tengo hijos, pero siento por los niños un amor muy grande.

El sitio se hace agradable a la llegada de los niños. Se olvidan los peligros a que se expone uno en el subterráneo, al pasar por debajo de los

enormes edificio neoyorquinos. La compañía de los niños atrae la de Dios y se siente una sensación de seguridad que se echó mucho de menos antes.

Bien, pero ¿basta este solo detalle insignificante para hacer una afirmación tan categórica?

Basta, sí, lector amable. Te lo dice un padre que ha observado muchos veces esta escena. Los padres saben juzgar estas cosas. En unas ocasiones han sido mis hijos los que han provocado la sonrisa deliciosa. En otras, yo he sonreído a la llegada de otros niños y hasta he ofrecido mi asiento con gozo verdaderamente infantil.

Basta, sí, este rasgo, observado muchas veces, para juzgar del amor del pueblo americano a sus niños. ¡Hay tanta ternura en estas miradas y en estas sonrisas!

Pero afortunadamente para mi afirmación, son muchas las pruebas de este amor a los niños que tendrás ocasión de presenciar.

¿Has visto los edificios escolares? ¿No son acaso, palacios, bellos palacios estos sitios donde se educan los afortunados niños de New York? No importa que los niños sean pobres, que sus hogares sean feos, antiestéticos. La escuela les compensa, les da la impresión del arte y la belleza.

A veces me he preguntado ¿No será Coney Island el producto del afán de este pueblo por recrear a sus niños? ¡Es tan infantil la diversión de Coney Island, con sus montañas rusas, sus *merry-go-rounds*, sus ruedas giratorias y sus trenes

en miniatura ! Steeple Chase, que es el palacio de la risa está siempre lleno de niños que gozan locamente la alegría del vivir. Verdad es que en Coney Island gozan también los jóvenes y los viejos. Y ¿ por qué no ? Gozan las infantiles diversiones como si fuesen niños grandes. Este pueblo conoce el secreto de la felicidad. Los hombres saben ser niños siempre. En las excursiones a Coney Island ¿ son los padres los que invitan a los hijos, o los hijos a los padres ? ¿ Quién siente más la atracción del sitio ?

Vete a Central Park, visita al Bronx. Encontrarás en estos sitios miles de criaturitas felices entregadas a cien recreos diferentes. Frente a las jaulas de los animales verás constantemente un buen número de niños observando a sus amigos con intensa curiosidad. ¡ Cuánto he gozado en estos sitios y cómo me he convencido del amoroso cuidado de este pueblo para los hombres del porvenir !

¿ Sientes una carcajada estrepitosa que viene de cien bocas distintas ? Acércate. Es un niño que dice unas cuantas palabras ingeniosas que las personas mayores celebran.

¿ Rien por otro lado ? A ver. Un niño habla con un león. Es el niño, naturalmente, el que dice todas las palabras. El público ríe entusiasmado. El padre quiere llevárselo.

— *¿ Do you see my face ? Keep it in your mind. Remember me. I shall bring you many nice little things next week.*

Al fin, el niño se despidió de la fiera, en cuya faz indiferente, verá su imaginación un gesto cariñoso. Lejos ya, óyese todavía su vocesita atiplada gritando: « *Good bye! Good bye, my friend!* » Cientos de personas mayores que se han detenido a presenciar la interesante escena, continúan su paseo interrumpido con una sonrisa de satisfacción en el semblante y una sensación de dicha en el alma.

Si vas con frecuencia a las plazas, tendrás ocasión de ver este espectáculo muchas veces. Una hilera de cochecitos a un lado del paseo. Al otro, unas cuantas madres haciendo sacos de lana o leyendo periódicos. En los cochecitos verás *babies*, hermosos como ángeles, que miran al cielo y miran al que pasa con una sonrisa llena de seductora gracia. ¿Quién no se detiene un momento a contemplarlos? Unos son rubios, de ojos azules; otros tienen pelo negro y ojos más negros todavía. Sus padres serán franceses, ingleses, italianos, alemanes, húngaros, chilenos. Ellos son ciudadanos de América. Este pueblo da al mundo la lección de la fraternidad. En Méjico pelean desgraciadamente los mejicanos, unos contra otros, hermanos en la raza, en el idioma, en la tradición. En Estados Unidos fraternizan los hombres de todas las tierras. ¿Cómo no ha de recibir este pueblo la ayuda del cielo?

¿Quieres observar, lector benévolo, un detalle interesante? Ve a Broadway por la mañana, en un día de trabajo, en el momento en que los niños van a las escuelas. Las madres, al desprenderse

de ellos, los han confiado al cuidado del pueblo que sabe protegerlos. Cientos de automóviles pasan por la ancha calle. El policía es todo ojos para dirigir el tráfico. Los niños aguardan en la acera sus órdenes. De pronto el policía alza la mano; al segundo, paran todos los carros su marcha. Los niños pasan rápidamente libres de todo peligro.

Pero donde mejor podrás ver de qué modo ama este pueblo a los niños es en las librerías. Visítándolas, llegarás a la conclusión de que ellos ocupan el corazón de cuanto aquí piensan y sienten. Miles y miles de obras de pedagogía se han escrito en el deseo de acertar sobre la importantísima cuestión de la enseñanza. No hay folleto anunciador de nuevos libros que no tenga en sus listas nuevas publicaciones pedagógicas; las experiencias de cuanto investigan en esta hermosa ciencia que no ha dicho aún ni acaso diga nunca su última palabra.

Y ¿libros para niños? Son innumerables. Hermosos libros artísticamente presentados, escritos expresamente para ellos por cuantas personas los aman y se preocupan de su porvenir. « *Books for boys,* » « *Books for girls,* » leerás en las librerías y veras junto a estos anuncios tantos y tantos libros que te resistirías al encargo de contarlos, si acaso te lo propusieran.

He pasado horas enteras mirando estos bellos libros para niños. Allí está el alma de América cuidadora, prudente, reflexiva, inclinando al idealismo a las generaciones que suben, e infiltrándoles

su alto sentido práctico, que ha llevado a la nación al más alto grado de prosperidad. Allí está el alma de América estimulando la imaginación infantil, despertando el espíritu de observación, formando el carácter, fortaleciendo la voluntad, nutriendo la inteligencia. Escriben los padres, las madres, los maestros. Escribe el literato profesional que no escatima a los niños su parte en el tesoro de su inspiración. Hay poetas que escriben exclusivamente para la infancia.

En Nueva York nacen quince niños cada hora. Lo he leído en una estadística. ¿ Cuántos en la nación ? ¿ No es verdad que vale la pena ocuparse del niño ? ¿ No son acaso ellos la riqueza del porvenir ?

El amor a los niños es en el individuo dulce placer espiritual. Lo gozan más intensamente los que han sabido elevarse. Cuando los países aman a los niños, es porque en ellos hay muchas almas nobles y grandes.

Lector, eleva tu alma y goza el intenso placer de este amor.

WOOLWORTH Y YO

—Para Matías González García.

He conocido en este viaje a New York a muchos jóvenes de Puerto Rico que viven y trabajan en la gran urbe americana.

Con uno de ellos, cuyo nombre no voy a decir, he hablado muchas veces, atraído por su amena conversación y por su optimismo envidiable. Es un joven alto, nervioso, que habla de sus proyectos como si fueran ya realidades. Sus castillos en el aire, como él dice, son la base firme de sus triunfos constantes. Es un triunfador, en cuya vida hay detalles interesantes que los jóvenes de Puerto Rico debieran conocer.

Un día sentados ambos en un banco del « Central Park », hablamos de su vida y de sus éxitos. Oí de él estas palabras sinceras y optimistas:

— Nací, amigo mío, en Collores. Asistí por primera vez a la escuela de mi barrio. Pobre escuela la mía que supo despertar en mi alma el amor al estudio, con qué cariño la recuerdo ! Mis padres vivían en una finca de café y durante la época de la recolección del grano, ellos y mis hermanitos y yo trabajábamos en la finca. No podía ir a la escuela en esa época, pero yo sabía después ganar el tiempo perdido.

— Entre las asignaturas que se enseñaban en la escuela prefería la aritmética. La aprendí con gran facilidad.

— Cuando terminé el curso de la escuela rural quise irme a la escuela del pueblo. ¿Cómo? Mis padres eran pobres y no podían ayudarme, pero yo sabía trabajar, sabía lo que era pasar un día sin comer. Estaba preparado para la lucha fuerte de la vida. ¿Por qué no atreverme al gran esfuerzo?

Un día comuniqué a mi padre mi deseo de marcharme al pueblo. Voy a trabajar y a estudiar — le dije. Él se admiró de mis propósitos. ¿Cómo vas a ganar lo que se necesita para vivir? — me dijo emocionado. — En el pueblo no hay fincas de café. Lo calmé. Lo convencí. Él leyó en mis ojos y comprendió, sin duda, la firmeza de mi decisión.

— Me fuí al pueblo, sufrí, pero mis sufrimientos me animaban a seguir luchando. Un día llegué a las puertas de la casa de un maestro de las escuelas públicas, materialmente muerto de hambre. — Quisiera estudiar y trabajar — dije al maestro. Y añadí en seguida: — Tengo hambre.

El maestro me miró con ojos compasivos. Habló en voz baja con su esposa y luego dirigiéndose a mí, díjome cariñosamente: — Joven, vamos a ayudarlo. Usted se quedará con nosotros. Trabajará en la casa después de las horas de clase. ¡Alma grande y generosa la de aquel maestro! ¡Cuánta gratitud hay para él en mi corazón! Yo era el ser más feliz de la tierra, en aquel momento de gloria.

¡Si cada familia puertorriqueña acogiese en su hogar a un jibarito, cuánto bien haríamos a Puerto Rico! Yo he enseñado a mis padres a vivir una

vida más amplia y más hermosa. El viejo bohío donde nací ha sido sustituido por una casita pequeña, humilde, pero decente, cómoda. Mis hermanos ya no duermen en el suelo. Junto a los viejos bancos, hay ahora sillas y sillones. La horrible pasividad de mis padres pasó a la historia. Viven bien con lo que ganan y con lo que les envió todos los meses.

Cuando obtuve el diploma de octavo grado, ¡qué alegría! Mis compañeros de clase eran todos muchachos pertenecientes a familias acomodadas. Fueron a la fiesta de graduación elegantemente vestidos. Yo fui humildemente, pero para mí fueron las simpatías del público y el cariño de la clase. Cuando mis profesores me felicitaron, las lágrimas me nublaban los ojos. Pensaba en mis padres incapaces para medir mis esfuerzos y apreciar mi triunfo.

Vine entonces a los Estados Unidos. Había leído que este país era el país de las grandes oportunidades y yo podía luchar y trabajar. Siempre hay corazones sanos y dispuestos a hacer el bien. Yo había encontrado en mi camino a un pobre maestro que me había ayudado a triunfar en mi primer esfuerzo. Buscaría y encontraría, estaba seguro de ello. Mis amigos me reunieron para el pasaje y me aventuré con eso solamente. El dinero no hace falta cuando se tiene fe en el triunfo. Llegué y vencí, amigo mío. Estoy colocado en una casa de comercio donde se me quiere y se me distingue. Gano treinta dólares semanales. Ayudo a mis padres, estudio por las noches.

He felicitado al joven puertorriqueño calurosamente. Voy a las escuelas de Puerto Rico con frecuencia — le he dicho — y me propongo comunicar a los jóvenes de nuestra tierra el hermoso ejemplo de su vida.

— No, no, — me ha interrumpido él. — ¿Acaso he terminado? Yo no he triunfado todavía. Sigo soñando cosas que parecen imposibles y no lo son en la realidad.

¿ Conoce usted la historia de Woolworth? Oigala usted en breves palabras.

Mr. Woolworth nació en una población del Estado de Nueva York en 1852. Era hijo de un agricultor de pocos recursos, y desde pequeño ambicionó ser comerciante. Mientras sus amiguitos jugaban base-ball y otros juegos parecidos, él se entretenía haciendo tiendas y vendiendo sus mercancías a parroquianos imaginarios. A los diez años estudió un curso comercial en el colegio de Watertown. De niño había asistido a las escuelas públicas durante los meses de invierno solamente. Cuando terminó sus estudios en la escuela de comercio, buscó colocación y pudo conseguirla, después de muchos esfuerzos, en el establecimiento de Augsburg & Moore. Se realizaban los sueños de su juventud.

Trabajó tres meses sin sueldo, al cabo de los cuales habría de recibir la insignificante suma de \$3.50 semanales. Otro hombre menos seguro de sí mismo hubiese desistido de sus propósitos. Él estuvo en esa casa dos años y medio y la abandonó

para aceptar una colocación de \$10.00 semanales que le ofreciera otro comerciante.

Este pequeño sueldo de \$10.00 fué rebajado después a '\$8.00, pero entonces Mr. Moore, jefe de la casa donde había empezado a trabajar el joven Woolworth, le llamó nuevamente a su lado. Fué éste el primer triunfo de Woolworth, un reconocimiento pleno a su capacidad.

En esta segunda ocasión el joven Woolworth pensó por primera vez en la posibilidad de vender a precios bajos y uniformes artículos de distintas clases. Un día, su principal, Mr. Moore, le preguntó: « ¿ Qué más podría usted hacer para ganarse bien su sueldo ? » Él contestó: « Me gustaría poder vender mercancías que tengan difícil venta. Necesito para ello una mesa y un pequeño sitio donde trabajar. »

— *Go ahead.*

El joven Woolworth colocó en una mesa una gran cantidad de artículos diferentes con un anuncio en que invitaba a los parroquianos a comprar cualquiera de ellos por la suma de cinco centavos. El primer día se vendieron casi todos los artículos. Mucho tiempo estuvo Woolworth haciendo lo mismo en la tienda de Mr. Moore, hasta que un día pensó en establecerse por su cuenta con la ayuda de su principal para vender exclusivamente artículos cuyo precio fuese cinco centavos. Abrió una tienda en Utica en 1879, cuya vida fué corta debido a las malas condiciones locales. En el mismo año abrió otra en Lancaster que fué desde el primer momento un éxito.

El joven Woolworth vislumbró el camino de su vida. Tocábale después de este experimento triunfante, desarrollarlo. Se asoció a otras personas. Abrió tiendas en distintas ciudades. Dedicó a su idea toda su pensamiento y salió triunfante. Hoy las tiendas de 5 y 10 centavos son numerosas. Hay 1308 en Estados Unidos y Canadá. En Nueva York hay 25. Su organización es admirable y el servicio que prestan al pueblo es grande. Yendo a las tiendas de Woolworth no se acuerda uno que vivimos en la dura época de « *high cost of living*. »

Quisiera ser un Woolworth. Quisiera emprender un negocio nuevo, dejar mi nombre escrito en muchos sitios. Él prestó un gran servicio a su país. ¡ Cuántos pobres bendicen el nombre de Woolworth que ha puesto al alcance de su mano objetos con cuya adquisición jamás hubiesen podido soñar ! Woolworth ha abaratado el costo de muchos artículos con sus enormes pedidos para sus numerosas tiendas. Nadie podría negarle el título de benefactor de su país.

— Yo sueño también, sueño con ser un Woolworth. Quiero que la idea que tengo en la mente para enriquecerme, sea al mismo tiempo conveniente a Puerto Rico.

— Pienso abrir en Broadway un puesto de café de Puerto Rico, un puesto que diga que nuestro café es el más rico del mundo y que lo pruebe. Verá usted. Después que yo triunfe, invitaré a los cafeteros del país a formar una corporación poderosa para abrir nuevos puestos en toda la nación,

en Nueva Orleans, en San Francisco, en Filadelfia y en Chicago. Jóvenes de Puerto Rico servirán nuestro aromoso producto. Así haremos un mercado seguro para nuestro grano y estimularemos en Puerto Rico la producción del café.

— Nuestros cafeteros de Puerto Rico se han contentado con pedir al Gobierno ayuda y protección, con protestar. Su deber es trabajar. A estas horas, después de veinte años, deberían vender los cafeteros de Puerto Rico su café en este mercado como los cubanos venden su tabaco y los panameños sus sombreros. ¡ Veinte años perdidos !

Woolworth, con sus tiendas de 10 centavos. Su vida es inspiración para mí. Yo mi nombre junto a los puestos de café. . . .

No, no dé usted mi nombre todavía. Deje usted que el sueño se realice. Deje usted que triunfe.

EL BOHÍO

—Para Pedro Manzano Avinó.

Trasládate, lector amigo, al hogar campesino puertorriqueño. Viven en él muchas personas. Cuando te acerques, podrás distinguir en la tala vecina la austera figura del jefe de la familia que aprovecha los momentos desocupados para cuidar su siembra, las que le ayudan al sostenimiento de sus hijos, que son muchos, y le permiten a veces que el dinero que se gana en la Central pueda ser destinado a la compra de ropa, de medicinas o de algún utensilio necesario.

Junto al padre están los hijos mayores, que ya saben cuando deben sembrarse las habichuelas y saben además ordeñar la vaca y llevar al pueblo las viandas que se cosechan en la tala. Desde pequeños se han acostumbrado a trabajar y hoy que apenas cuentan diez o doce años, ya parecen hombres maduros de edad con un gesto de cansancio en el semblante que mueve a compasión.

Al verte llegar a su casa el padre y los hijos suspenderán su trabajo para atenderte. El campesino es atento y hospitalario. Tan pronto logres infundirle confianza te tratará con afecto, te ofrecerá lo que tenga y te presentará a los suyos.

Ésta es mi mujer — dirá alargando la mano para señalar a su compañera que se acerca. Viene de la cocina. Ella es la heroína del hogar, toda abnegación, toda sacrificio. Cada año tiene un hijo y

cuando ella te lo cuenta, su cara pálida y triste tendrá por breves momentos un ligero tinte rosado y un fulgor de alegría.— Los hijos son la riqueza del pobre — te dirá.

Después te presentará a la hija mayor; una muchacha de quince años, bonitilla y alegre que te saludará mirando al suelo. En vano pretenderás que tus ojos se encuentren con los suyos. Ella te mirará mientras conversas con sus padres y cuando a ella te dirijas mirará a los niños que juegan en el suelo, a la montaña azul que se destaca en la distancia sobre el azul del cielo, al perro que duerme tranquilamente en el batey.

Los niños te clavarán sus miradas de sorpresa cuando llegues y después seguirán su juego, indiferentes a lo demás que les rodea. Son niños bellos. Sus ojitos son negros, su cabello es castaño. Sus mejillas son rosadas. Todavía la uncinariasis no ha logrado fijar en su semblante la huella de su paso. Al observarlos piensa uno que el trabajo y la miseria van a hacerles sus víctimas muy pronto. Serán como sus hermanitos, los mayores, que ya parecen hombres viejos cuando apenas cuentan doce años. Podrían ser niños robustos si se les llevase a otros sitios donde se les tratara como deben ser tratados los niños. ¡ Pobres niños !

El rey del hogar es el chiquitín que apenas cuenta un año. Está en la puerta, sosteniendo una conversación ininteligible con sus amigos el gallo y las gallinas. ¡ Qué sabe él de las cosas de la vida ! El padre, la madre, la hija mayor, los hermanitos,

le miran con cariño. Ve el mundo como un sitio de felicidad, donde todos le sonríen.

¿ Éste es el último ?—preguntarás a la madre. Ella te contestará que sí, pero el padre, con voz firme, te asegurará que el último no ha venido todavía y la madre entonces repetirá su oración favorita que sale de sus labios tristes triunfalmente, como si fuese un himno a la vida:— Los hijos son la riqueza del pobre.

¿ Quieres adentrarte en estas vidas humildes que pasan por la tierra con sus tesoros de resignación y de confianza ? Habla, pregunta, interésate por saber algo, que acaso aprendas mucho de sus labios que la ignorancia a veces sella prudentemente y a veces abre para dejar que se escape por ellos alguna verdad que te hará pensar seriamente.

Observa su vivienda. Es un esqueleto de troncos de árboles cubierto por yaguas. No hay en ella arte, ni belleza, ni comodidad, ni higiene. Es algo de los tiempos primitivos que vive porque se han juntado para mantener su vida la necesidad, la indiferencia, el descuido. En el bohío campesino no hay nada que admirar. En vano la moza de la casa sembró junto a la puerta unos rosales. Los rosales son bellos y destacan su belleza sobre la fealdad del bohío. No hay entre ellos armonía posible.

Pero el poeta le canta. El poeta lo ve como si fuese un palacio encantador. Su embustera fantasía le dicta mil cosas bellas, pero falsas. Hay quien ha dicho que el bohío es la representación

de la patria y hay ¡ cosa peor ! quien cree esas mentiras de poeta, en el actual momento histórico en que impera todo lo tradicional.

No, el bohío no es representación ni símbolo de la tierra. Si imperdonable es que el extraño que viene a nuestras playas busque a unos cuantos muchachos desnudos para decir después que eso es Puerto Rico, más, imperdonable es que el puertorriqueño se obstine en representar la patria con el pobre bohío campesino que sólo habla de miseria y de tristezas. Habiendo tantas cosas buenas en Puerto Rico ¿ por qué hemos de empeñarnos en escoger lo peor de lo peor ?

Lo que nos dice el bohío es que aun hemos de trabajar más en la obra de nuestro progreso, que no hemos concluído todavía, y que dejando para después las cosas que ya debiéramos haber hecho, nos exponemos a que nuestros ojos se acostumbren a lo malo y concluyan por encontrarlo bueno y a que algún poeta, arrastrado por la inspiración u obligado por la rima, nos diga seriamente que él representa a la patria y que hemos de venerarlo y conservarlo como un símbolo.

No, ya hemos declarado la guerra al bohío y lo que necesitamos es intensificar el ataque para que cuanto antes no haya un solo campesino que habite tan miserable vivienda.

Declaramos la guerra al bohío cuando abrimos escuelas en todos los sitios de la campiña puertorriqueña para que en ellas recibieran educación los niños campesinos. Las escuelas son bellas y hablan

al ciudadano de vida superior, de arte, de belleza, de comodidad, de alegría. Así estimulamos a las generaciones que han de sucedernos. Ellas establecen el contraste y se preparan a mejor vida.

Pero ¿ por qué no iniciar ahora una campaña contra el bohío ? ¿ Por qué hemos de esperar a que el hombre del futuro cambie su vivienda por una más cómoda y más bella si desde hoy mismo podemos ayudar al hombre del presente en ese trabajo de importancia capital ?

En los campos hay muchos campesinos que pueden proporcionarse hogares más cómodos y más bellos con su propio esfuerzo. Bastaría una propaganda que pusiera convencimiento en sus espíritus para que intentasen la reforma. Necesitamos propagandistas entusiastas. El Juez de Paz, cuyas funciones públicas le toman tan poco tiempo podría, si quisiera, ser un gran factor en esta propaganda. Si él visitara los campos con frecuencia, además de predicar estas ideas, podría hacer otros trabajos de importancia para Puerto Rico, en armonía con la misión social a él encomendada. Podría, por ejemplo, casar a los campesinos que han creado una familia sin cumplir con este requisito de ley. ¿ No es éste también un problema del presente que a todos interesa resolver ?

Hombres de acción necesitamos, hombres de buena voluntad que se interesen por sustituir cuanto antes las viviendas del campesino por otras más convenientes.

Me decía una americana en mi reciente viaje a

Nueva York estas palabras: « Su isla es la tierra más bella que he visto, pero el bohío la afea. »

¿ Por qué no organizamos sociedades locales para fomentar toda obra buena que se inicie ? Una velada pone en manos de una institución de caridad unos cuantos dólares, ¿ por qué no en manos de un campesino para la construcción de una casita ? ¿ Por qué no estimulamos la siembra del bambú que da al campesino filipino madera abundante para la construcción de su vivienda ?

Se puede hacer mucho y deber es de esta generación ocuparse de todo trabajo que tienda a mejorar la vida portorriqueña. Hay que levantar el espíritu del campesino, elevarlo a un plano superior de vida, hay que mejorar su hogar hasta hacer de él un sitio cómodo y bello donde pueda la familia campesina gozar la dicha del vivir, que debe ser dicha para todos. Hay que olvidar las cosas del poeta soñador que quiere que el bohío se perpetúe como si fuese una representación de la patria. Esto de que debemos conservar lo nuestro por patriotismo, es una idea errónea que debemos apartar de la mente de todo joven portorriqueño. Conservemos lo bueno, pero tengamos el valor de rechazar lo malo para ir siempre adelante, y el bohío es algo de lo malo que tenemos. Es una mancha en el verdor de nuestra campiña. ¡ Guerra con él !

MI LIBRO

¿Cómo escribí « Niños y Escuelas » ? Veréis. La historia es corta.

En uno de los viajes de Muñoz Rivera a Puerto Rico (residía él entonces en Washington) trajo el propósito de introducir reformas importantes en su periódico « La Democracia. »

Un día, mientras almorzábamos juntos en el hotel « Inglaterra » donde se hospedaba y cuando hablábamos de sus planes y de la forma en que se proponía realizarlos, me invitó a colaborar.

— No he escrito nunca — le dije.

¿Que no ha escrito usted nunca ? Permítame que no lo crea, — contestóme.

Nos miramos un momento en silencio. Él investigaba en mí la verdad de mis palabras. Recordaba acaso algún trabajo pedagógico publicado en las revistas del Departamento de Instrucción.

Anticipándome a su recuerdo, díjele que había escrito sobre pedagogía. Él riéndose, preguntóme:

— A eso ¿ no lo llama usted escribir ?

— He hecho pedagogía.

— Y literatura también.

— Eso no lo sé.

— Bueno, de todos modos quiero que usted colabore de ahora en adelante en « La Democracia » y que escriba sobre pedagogía. Es ciencia interesante que debe preocupar a los lectores de mi periódico.

Yo no hice una promesa formal de escribir. Los artículos que había publicado hasta la fecha aparecieron en revistas escolares de corta circulación. Confieso que sentía temor de escribir en la prensa diaria y que cuantas veces lo intenté, desistí de mis propósitos en seguida. Muñoz debió darse cuenta de que pensaba en estas cosas mientras me resistía a prometerle, porque su palabra, siempre bondadosa y convincente, quiso llevar a mi espíritu la impresión de que valía la pena escribir.

— ¡ Escribir ! ¡ Escribir ! ¡ Cuántas alegrías proporciona ! ¡ Tristezas también ?

— También. Calló un momento. Luego, como si le invadiese de pronto una ola de optimismo que le obligase a hablar, continuó: — Pero las alegrías son más que las tristezas. Créalo usted.

— No tengo la menor experiencia.

Después, como si expresara una idea en la cual hubiese estado meditando, dijo: — No tenga usted miedo. El arte es sinceridad. Ponga usted sinceridad en lo que escriba. Sienta lo que diga. Ahí está el secreto del éxito.

— ¿ Y la forma ? — me atreví a preguntar. Muñoz escribió siempre con exquisita elegancia.

— ¿ La forma ? Soy decidido partidario de la sencillez. Lo he dicho en una ocasión que acaso usted recuerde.

— « Sed claros, sed sinceros, sed profundos. Y sobre todo sed sencillos, » dije a Muñoz recordando sus consejos a la juventud en una de sus crónicas más admirables.

— Eso es: claridad, sinceridad, profundidad, sencillez. Sencillez sobre todo. El escritor debe llegar a todas las almas y esto se logra solamente con la sencillez, que es su virtud principal.

Pocos días después de esta conversación apareció « La Democracia » en su nuevo formato. Por las mañanas una edición de muchas páginas nutridas de interesante lectura y por las tardes cuatro páginas más con las últimas noticias del día. Un éxito periodístico. Un verdadero éxito que, por desgracia, duró poco en este ambiente de indiferencia para esfuerzos de esa índole.

Eugenio Astol, que escribía los editoriales de la mañana, trató con su habitual maestría en uno de ellos, el problema de las profesiones en Puerto Rico. Yo, que había recibido una carta de Muñoz recordándome MI COMPROMISO, buscaba ocasión favorable para complacerle y la encontré en el editorial de Astol que invitaba a estudiar ese asunto a los que tenían interés en el progreso del país. Escribí yo un artículo que leí y releí muchas veces antes de enviarlo a Muñoz. ¡ Cuidado que esto me preocupaba ! Al fin lo hice. Transcurrieron algunos días, antes de que se publicara. Una mañana, al recibir « La Democracia » leí su nombre en enormes letras negras: « El Problema de las Profesiones. » El artículo se publicaba en sitio prominente. En una página interior del periódico aparecía un elogio de él, sin duda escrito por Muñoz Rivera, que gustaba de estimular a los principiantes.

¿ Cuántas veces leí el artículo ? ¿ Cuántas el elogio ? No sé. No lo recuerdo, pero sí recuerdo que gocé una de mis más dulces alegrías. Eran ciertas las alegrías de que me había hablado Muñoz Rivera. Sé que sentí un afán de escribir mucho, mucho como si a cada artículo le esperase un nuevo elogio y que escribiendo y escribiendo, cuando vine a verlo, tenía material suficiente para un libro. ¡ Lo que puede la constancia ! El libro no vale nada, pero hay en él sinceridad: Cuentos de mis hijos, experiencias de mi vida de maestro, críticas bondadosas de métodos y sistemas escolares, consejos y más consejos, entrevistas con viejos educadores de prestigio; de todo tiene. Es un libro que deben leer los padres severos para que dejen eso de la severidad y que deben también leer los maestros amantes de la disciplina y del método para que piensen que la disciplina y el método a veces no hacen falta.

Alguna que otra tristeza al escribir mis artículos he experimentado. Siempre no se logra expresar con claridad el pensamiento y vienen luego las diversas interpretaciones que raras veces coinciden con lo que uno se propuso decir. Pero son más las alegrías, como dijera Muñoz. Son más las alegrías.

Una carta de felicitación que os envía un alma bondadosa que os ha comprendido, el periódico que reproduce un artículo, el compañero que rebate noblemente vuestras ideas, la convicción de que ayudáis a la obra del progreso humano en la humilde

participación que podéis brindar, producen un goce espiritual intenso, una alegría incomparable.

En alguna página de mi libro veréis el retrato de mi padre, maestro bondadoso, noble figura de otros tiempos más felices, que pasó por el mundo haciendo el bien, olvidándose de sí mismo para darse entero a los demás. Y allí está también Muñoz Rivera mostrando su inmenso amor a Puerto Rico, marcando rumbos a su país, pesimista y enfermo de falta de confianza, hablando de su fe en el porvenir.

A Samalea Iglesias, que empezó a escribir desde niño y tiene ya autoridad de hombre viejo débole estímulos decisivos en la publicación de mi libro. ¡ Cuán agradecido le estoy !

Eugenio Astol, escritor y poeta de mi predilección, lo presentó al público en prólogo admirable.

Y por ahí anda ahora en manos de maestros, padres de familia y jóvenes estudiantes. A los maestros les señala orientaciones, a los padres les predica bondad y a los jóvenes les dice que todo trabajo en la vida requiere firmeza de propósito, constancia; que con firmeza de propósito y constancia, aun no siendo uno escritor, se pueden escribir libros.

LAS CARTAS DE ROOSEVELT

—Para E. Fernández Vanga.

Roosevelt, el gran americano, bajo su cuerpo de atleta, encerraba un corazón de niño. Acabo de leer el libro que contiene las cartas escritas a sus hijos y hay en ellas mucha ternura infantil, revelan un corazón grande que supo conservarse niño al través de la vida.

Cuando el editor de estas cartas las escogía para publicarlas, el gran patriota hubo de decirle en una ocasión: « Desearía ver este libro publicado con preferencia a cuanto se ha escrito sobre mí. » Y es que estas cartas, escritas en distintas épocas de su vida azarosa de luchador, retratan al hombre, están diciendo elocuentemente que era un carácter y un corazón, una voluntad poderosa y una energía indomable, un amante del hogar y un entusiasta de los niños. Amaba a sus hijos entrañablemente. La política, el Estado, jamás dispusieron de todo su tiempo. Alguno dedicaba al calor del hogar, al cariño de los suyos. Producto de estos momentos dedicados a la expansión familiar es este libro que he leído con verdadero deleite. Una mano recia trazó sus páginas. Un corazón tierno las inspiró. Y esta ternura que sale de un corazón fuerte y enérgico es ternura que despierta honda emoción. Es ternura que convence en seguida de su realidad.

Roosevelt fué un padre extremadamente bondadoso, como debieran ser todos los padres. La

bondad, mientras más intensa, más poderosa para triunfar. Con ella se ganaba Roosevelt a sus hijos y a los amiguitos de sus hijos. El gran hombre jugaba con ellos como si él también fuese niño. Es esta una manifestación de la bondad paternal que debiera imitarse. En una de sus cartas dirigida a los padres de unos amigos de sus hijos, dice con encantadora ingenuidad: « Realmente me impresionó la forma en que me tratan sus hijos y los míos. Soy para ellos como un compañero. Ninguno piensa que para un Presidente enlodarse el traje no está bien. » En una carta interesantísima dirigida a su hermana dice: « El próximo sábado jugaremos al escondite en Casa Blanca mis hijos, algunos de sus amigos y yo. » A su hijo Kermit le relata en otra una batalla con almohadas, sostenida por sus hijos y él una noche. “*A vigorous pillowfight*”, dice él en su expresivo lenguaje, al cabo de la cual nos fuimos al cuarto de mamá y allí les leí el libro que mamá les lee: « La Leyenda de Montrose » que concluimos anoche. El editor de esta interesante obra dice en su prólogo que el amor a los niños, al hogar, a la familia fué la pasión dominante de su vida, amor del cual disfrutaban además, los amigos, los pájaros, los árboles. Hermoso es esto. Elevar el espíritu de tal modo que se sienta la felicidad de estas cosas, la necesidad de ellas en la vida ordinaria, que a veces no es vida en los hombres. Leer cuentos a los hijos, jugar al escondite, amar al pajarito que nos canta, estrechar el lazo familiar hasta hacer un corazón

de todos los corazones, son cosas que pertenecen a la poesía de la vida. ¿ Por qué hemos de prescindir de ella cuando está al alcance de todos ? Hasta el trabajo diario nos resulta más bello cuando sabemos encontrar en el hogar esta dulce compensación a las luchas de la existencia. Hay en una página del libro una nota triste. Roosevelt se dirige a su hija Ethel y le dice: « Los niños han jugado mucho y me han hecho pensar que ya estoy viejo. Han crecido tanto que ya no me necesitan para jugar. ¿ Te acuerdas cuando jugábamos al escondite, a las carreras con obstáculos, con los amiguitos que tú traías a casa ? » Hay una suave tristeza en estas líneas que entenderán fácilmente los que tengan hijos. A medida que van creciendo se van alejando de nuestro lado, prefiriendo la compañía de sus amiguitos de su misma edad. Es el primer desengaño que sufrimos los padres. Pero siempre que pensamos en ello al final de nuestras reflexiones, decimos filosóficamente: Es natural.

Hay en este libro de Roosevelt cosas muy interesantes que revelan al hombre superior. Cuando habla de los animales se muestra su alma amante y piadosa. A Kermit le dice: « ¿ Te conté lo de Héctor, Brier y Marinero el día de las elecciones ? Tenían excelente salud y estaban acostados junto a la puerta de la casa de Seaman que habían adoptado como suya. Marinero y Brier muy cariñosos al verme, Héctor bondadoso pero indiferente. » En otra carta cuenta de un paseo por el bosque donde encontró a una tortuga y a un conejito.

« Éste huyó — dice — pero la tortuga ocultó la cabeza y las patitas cuando pasé. » A su hijo le cuenta en una carta lo siguiente: « En este momento estoy cuidando los conejitos que me trajo mi hija. Ella no los cree seguros si no los tengo yo. » A Quintín le habla en una carta de los pajaritos que viven en la enredadera del jardín. « Están ya grandes. Todavía la madre los alimenta. Si tú vieras a la madre trayendo los alimentos en el pico y a los pajaritos con los suyos abiertos esperándola. » Estas cartas que hablan de animales tienen ilustraciones que la pluma de Roosevelt dibujó. El dibujante no está a la altura del escritor, pero sin duda los dibujos llamaron más la atención de los niños.

Junto a estas cartas sencillas e ingeniosas, escritas todas en el estilo peculiar de Roosevelt, lleno de vida y de color, están otras más serias en las cuales se encuentran siempre saludables enseñanzas.

A Ted, su hijo mayor, dice: « Preferiría que sobresalieses en tus estudios. El desarrollo intelectual primero que el físico. Pero deseo que desarrolles el carácter con preferencia a todo. »

En una carta encuentro este párrafo: « Por las noches leo la Biblia. Después de la lectura todos rezan sus oraciones y cantan un himno. »

En otra dice así: « No me acostumbro sin vosotros y sin vuestra madre. »

Lamentándose de las cosas de la política dice: « Circulan mentiras de todas clases para producir sensación. »

En el libro figura una carta escrita desde Puerto Rico en la cual habla con entusiasmo de nuestra bella campiña.

Interesante es el libro. Es parte de la historia de un hombre que supo gozar los más puros deleites de la existencia en medio de una actividad incesante, de un trabajo rudo, de una lucha fuerte que duró toda la vida. Y esta es, en mi opinión, la mejor lección del libro. No todo ha de ser actividad incesante, y trabajo y lucha. A nuestro lado están la esposa y los hijos reclamando solamente una parte de nuestro tiempo: tenemos un hogar que debemos alegrar con nuestra alegría. El perrito que nos saluda al llegar quiere un segundo de nuestra atención. ¿Por qué no dárselo? Pongamos orden en nuestra vida para que podamos disfrutar de todo. No tengamos que decir al final de ella que este mundo es un valle de lágrimas. Que podamos decir lo contrario, que es un paraíso de felicidad.

DOMINGO

—Para Antonio León·

Los hombres que han venido del Norte a convivir con nosotros, generalmente viven su vida tranquilamente, calladamente, sin preocuparse mucho de las cosas que les rodean. Sus casitas están casi siempre ocultas entre enredaderas y árboles. Si pasas frente a ellas de día podrás observar trabajo, actividad, movimiento. Si pasas de noche, te sorprenderá la quietud, la calma que en el hogar reina. En el pórtico estará la familia toda entregada al placer de la lectura. Una lámpara sobre una mesa arroja su luz hacia abajo, y junto a la mesa el padre, la madre, los hijos. Aquellos leen magazines y periódicos. Estos estudian las lecciones del día siguiente, interrumpiendo de vez en cuando la lectura de los padres con sus curiosas preguntas que vienen a resolver dificultades.

El domingo es el día del descanso. Una visita al templo de su religión y luego al hogar, al dulce hogar, donde la mujer cocina y el hombre pasa horas enteras jugando a las cartas con sus hijos o enterándose de los últimos sucesos ocurridos en el mundo.

Hay en esta forma de vivir un encanto que conmueve mi espíritu. Es el culto al *Home*, centro de la felicidad producto de la civilización cristiana, al dulce hogar que debemos embellecer y alegrar para que nos atraiga siempre por encima de todas las cosas.

Generalmente buscamos la diversión en el baile, en el paseo, en el teatro. En todas partes está y de ella no debemos prescindir, pero está también en el hogar que hemos levantado con nuestro amor. Dedicándonos a él, no tardamos en llegar a esta realidad que es un verdadero hallazgo; la diversión no está en el teatro, ni en el cine, ni en el hogar como creemos; está en nosotros mismos, está en nuestro corazón.

El hogar es luz y alegría si ponemos en él nuestra alegría y nuestra luz. Nada más hermoso que esos momentos de la tarde cuando todos nos sentamos junto a la mesa y nos dedicamos al placer de la comida después de las rudas faenas del día. La hija ha puesto unas flores en el centro de la mesa. La esposa, todo su amor en la confección de los alimentos. El padre se siente orgulloso de sus afanes y de sus esfuerzos. Aunque hayamos olvidado la costumbre de la oración en este momento propicio para hablar con Dios, ya es una oración nuestro recogimiento, el silencio que todo lo rodea. Cuando hablamos, hablamos en voz baja como si no quisiéramos turbar con nuestra voz la paz y el reposo que nos envuelven.

El domingo es día de descanso. ¿Guardamos esta fiesta? ¿Dedicamos nuestro tiempo en ese día a los placeres sencillos del hogar? ¿Ha puesto ya nuestra voluntad una barrera entre el mundo y nosotros para gozar con más intenso goce la dicha del hogar en el día consagrado por Dios a él? No. Para nosotros el domingo es día de fiesta.

Bailamos, paseamos, vamos al cine, corremos en auto. Todo esto está bien, pero la costumbre de quedarnos en casa con los nuestros, de leer uno para todos, de cuidar de los árboles del patio, de elevar una plegaria común, de jugar ajedrez, de tener el pensamiento preocupado en el *Home*, en los hijos, en la vida interior que es la verdadera, es más edificante y más hermoso. A las fiestas podemos dedicar cualquier noche de la semana o la tarde del sábado. Dejar el domingo para la dicha del hogar, para gozar esa felicidad tranquila, esas diversiones suaves, esos placeres sencillos, más duraderos, más íntimos y más bellos que todos los demás. La Biblia nos habla de un día de descanso y la diversión no es descanso.

En nuestra vida usamos del domingo para todo. El comerciante deja para el domingo algunas de las ocupaciones del sábado. En vano los hijos lo reclaman al hogar. « Descansa, que te vas a matar » —le dice la buena esposa. Él contesta que hay que aprovechar el tiempo, que hay que trabajar y así, trabajando y trabajando, se va la vida sin que la hayamos gozado. Y al abogado, y al agricultor, y al maestro les ocurre lo propio.

Hasta las instituciones atentan contra el descanso dominical. Toda fiesta, toda conferencia, toda solemnidad ha de celebrarse necesariamente en domingo. Así el ciudadano que podría disfrutar de un día de descanso, no lo tiene, obligado como está, a atender a la solemnidad. El lunes, cuando vuelve a su trabajo, recuerda la forma en que pasó

el domingo y tiene que lamentarse de no haber podido dedicar a sus hijos un solo momento. — Será el próximo domingo — se dice — pero el próximo habrá una tenida, un meeting, otra solemnidad cualquiera, y como en el anterior, estará obligado a ir, sin que pueda evadirse a compromisos que son sagrados y a deberes que son ineludibles.

Hemos aceptado muchas cosas del hombre que ha venido del Norte a convivir con nosotros. Ellos también aceptan lo nuestro, que no es posible evitar en el contacto de dos pueblos diferentes, estos acercamientos espirituales, estas aceptaciones a veces inconscientes que poco a poco van haciendo un pueblo superior de dos pueblos que son igualmente buenos.

Ellos y nosotros hemos aceptado algunas de las cosas malas que unos y otros tenemos. Siempre fué lo malo cosa más fácil de adquirir y nosotros no hemos podido sustraernos a esto que, si no es ley en la vida, es mala costumbre. Ellos y nosotros tenemos mucho más que aceptar, que imitar, que adquirir de lo bueno que unos y otros tenemos para realizar este pensamiento con que sueño de hacer de nuestro pueblo un pueblo superior; y algo de lo bueno que ellos hacen es guardar el domingo, dedicarlo al placer del hogar. ¿Qué más dulce placer que éste para almas cristianas como las nuestras? Placer que espiritualiza nuestra vida y nos acerca a Dios. El domingo para el hogar que es alegría sencilla, paz interior, recogimiento, dicha. . . .

EL CARÁCTER

La Señora Sackville Stoner es una ilustre escritora americana que tiene predilección especial por los asuntos de educación. Hace algún tiempo escribió una obra en que relataba en brillante y sencillo estilo sus experiencias de madre en la educación de su hija. ¡ Cuánta idea nueva en él ! Tanto se interesaron padres y maestros en la lectura de « Natural Education » (así se llama la obra) que las ediciones se agotaban con toda rapidez y la venta alcanzó una cifra verdaderamente extraordinaria.

En alguna ocasión he dicho que los padres son los verdaderos exponentes de la verdad pedagógica. El padre que observa a sus hijos y expone el fruto de sus observaciones tiene siempre mayores probabilidades de acertar. ¡ Cerebro y corazón actúan juntos y este es el secreto de su éxito. Este caso lo comprueba. Una madre cuenta la forma en que educó a su hija. Ternura, observación, delicadeza, amor, interés, de todo encontraréis en abundancia en este libro cuya lectura es un placer.

Aconsejo a los maestros y a los padres que lo estudien con detenimiento, en la seguridad de que ha de resultarles provechoso ese estudio.

Me he detenido, lector, al leer el libro, en unas páginas de gran interés: cómo se forma el carácter del niño. Asunto es éste que debe preocupar a los padres y a los educadores. La señora Stoner lo trata con indiscutible competencia.

— El carácter es la gran fuerza del hombre — dice ella, coincidiendo con Smiles y con todos los que han escrito sobre tan importante asunto. Hay que formar el carácter de los niños y en esta misión deben los maestros ayudar a los padres. Es verdad. ¡ Tantas cosas inútiles como se enseñan en la escuela ! ¡ Por qué no descartarlas de una vez sustituyéndolas por nuevos estudios de más positiva conveniencia ? Hay muchos jóvenes en el mundo que saben resolver una ecuación algebraica y decir la fecha en que ha ocurrido algún hecho histórico. No digo que esto sea inútil, pero en verdad que es más importante tener carácter. A veces estos jóvenes, que saben álgebra e historia, os producen una dolorosa impresión al contestar cualquier pregunta que deseéis hacerles.

¿ Sois partidario de la independencia ? ¿ Sois católicos ? ¿ Creéis en la pena de muerte ? Si hacéis esas preguntas os mirarán sorprendidos. Luego investigarán en vuestros ojos, tratando de adivinar vuestro pensamiento para coincidir con él en la contestación; lo intentarán y si fracasan os dirán que son partidarios de la independencia y del Estado, que son católicos y libres pensadores, que creen en la pena de muerte y que no creen, en fin, que encontraréis inteligencias aptas para argumentar rápidamente en sentido contrario a su primer pensamiento, pero veréis con pena la falta de carácter. ¡ Hombres débiles que no tienen siquiera el valor de sus convicciones !

Pero volvamos al libro de la señora Stoner y

veamos lo que nos dice respecto a la formación del carácter.

La notable educadora cree como el Dr. Carr a quien cita, que el carácter es *self-control*, *self-giving* y que al formar el carácter en el niño se debe tratar de inculcarle el deseo de servir a los demás.

Para desarrollar el carácter adopta diez mandamientos:

No castigar.

No regañar.

No decir al niño « No haga usted eso ».

No decir « usted debe ».

No permitir que el niño se acostumbre al « no puedo ».

No dejar de contestar las preguntas infantiles.

No asustar.

No ridiculizar.

No permitir que el niño pierda el respeto a su padre o deje de respetarse a sí mismo.

No alejar a las hadas de la fantasía del hogar que debe ser lo mejor de la tierra.

Traduzco casi literalmente para que no se pierda el espíritu de estas ideas. Veamos ahora como las comenta la señora Stoner. El castigo —dice— es cosa de los viejos tiempos. El regaño ahuyenta a los niños del hogar y de la escuela. El « no haga usted eso » debe ser sustituido por una frase más adecuada a la naturaleza del niño. « Haga usted eso » debe decir el maestro, encaminando la actividad infantil en otra dirección. La frase « usted debe » es tiránica. ¿ Por qué hemos de decir a

una persona mayor, « Tenga la bondad de darme el libro » y al niño « Deme el libro » ? La expresión « no puedo » en boca de un niño es generalmente cobardía. Si los padres la usan es natural que los hijos imiten a los padres. Las preguntas del niño obedecen al deseo de saber innato en él. Dejar de contestar las preguntas, es criminal. La educación natural se interrumpe con el silencio de los padres.

Ridiculizar al niño es rebajarlo en su dignidad. La dignidad del niño debe ser respetada tanto como la del hombre. Asustar es procedimiento viejo que enferma y debilita al niño. El respeto a sí mismo se logra con el ejemplo puesto de manifiesto siempre que haya ocasión. El respeto al padre se consigue del mismo modo.

La señora Stoner en su último mandamiento recomienda que no se permita el alejamiento del hogar de las buenas hadas de la fantasía, que todo lo hermean y alegran. No es correcto hacer pesados la vida del niño con una serie de hechos monótonos y tristes cuando podemos embellecerla con el encanto que la imaginación brinda abundantemente al hombre. A desarrollarla en el niño para que produzca sus frutos en el hombre, —dice— que la fantasía aviva la facultad creadora tan útil y necesaria, alegra el espíritu, hermean el vivir. Los niños piden cuentos de hadas constantemente. ¿ Por qué no complacerles ? La señora Stoner dice que su hogar es un palacio, en que viven las buenas hadas de la fantasía. Cuando quiere silencio, el hada

del silencio lo exige y ella pedirá a su hijita unos momentos de reposo en su nombre que la niña concede en el acto. El hada de la limpieza estará al cuidado de los trajes. Si la muñeca queda olvidada en el patio alguna buena hada se la llevará por unos días.

El hogar debe ser el centro de la felicidad. Hay que hacerlo agradable. Con el amor al hogar se forma el carácter. La imaginación contribuye poderosamente a hacer el amor al hogar.

Difícil es asegurar que este procedimiento recomendado por la señora Stoner forme el carácter del ciudadano. Ella lo sugiere y su palabra optimista convence. Ella habla de su éxito y hay impresión de verdad en sus palabras.

Queremos exponer sin comentar. Pero se ha escrito sobre el carácter desde el punto de vista pedagógico. En nuestra opinión un ciudadano que tenga el concepto de la propia estimación y sepa del respeto que merecen los demás, que sea incapaz de pararse ante los obstáculos que encuentre en la vida para decir que no puede vencerlos, que no sepa lo que es obedecer a las perniciosas influencias del susto, del regaño y del castigo, que haya sentido curiosidad de saber y para cada pregunta investigadora haya encontrado una respuesta adecuada, que no tenga idea de lo que és una orden despótica y se haya acostumbrado a la dulce influencia de un maestro que en vez de prohibir estimula y que, por último, haya cultivado la imaginación que todo lo anima y lo embellece, es un ciudadano preparado

para vencer en la gran lucha de la vida, armado como está con el arma del carácter.

El carácter es amor, dulzura, fuerza, valor, energía, bondad.

Y ciudadanos de carácter son los que necesitamos.

HACIA ARROYO

Al doblar la última curva del camino que de Patillas conduce a Arroyo, ya me siento en el ambiente del pueblecito donde pasara los primeros dulces años de mi vida. El paisaje me es conocido. Por encima de los cañaverales, vense el bosquecito de la antigua Hacienda Lind, de un verde oscuro que contrasta con el verde claro de los cañaverales, y la casa de la Hacienda Concordia, la vieja casa donde en una ocasión acamparon los voluntarios, que vigilaban la costa en evitación de posibles invasiones mambises.

¡ Qué hermoso es recordar ! Yo, niño de pocos años en aquellos días, lleno de temor y sobresalto, me figuraba que cada uno de aquellos voluntarios privados de las comodidades del hogar y del afecto de sus familiares, era un héroe. El Teniente Bóssolo, Mariano Canales, José Padilla, Clemente Iglesias, ¡ Cuántos amigos caídos ya en el fondo de la tumba ! Yo los miraba con un respeto y una admiración dentro de sus azules uniformes, que naturalmente fueron decreciendo a medida que iba enterándome de las cosas de entonces. Falsa aquella invasión de cubanos y puertorriqueños que esperaban nuestros inocentes voluntarios, entre los cuales el « Farolero, » quizás el más inocente, era el que más partido sacaba de la situación, preparando sus pucheros sabrosos que el pobre hombre, con sus entradas miserables, no podía proporcionarse en el pueblo.

La Hacienda Lind me recuerda a una vieja extranjera, alta, severa, incapaz de sonreír, que vivía en el enorme caserón de la hacienda, sola, muy sola, constantemente enfrascada en la lectura de la Biblia.

Muchas veces me asomé a sus habitaciones cuando iba por las tardes a buscar « ausubas » al bosque y siempre estaba leyendo aquella mujer cuyo nombre ignoro y de quién no he oído más en la vida. « Habla con los espíritus » decían en mi pueblo. Y al acercarme a su puerta, mirando su pálido semblante y aquellos ojos cansados que abandonaban un momento el libro para fijarse en los míos, llenos de sorpresa y miedo, pensaba siempre en sus conversaciones con los espíritus, en el medroso bosque, en las altas horas de la noche.

La familia Lind vivió en Arroyo mucho tiempo. Era una familia noble y distinguida. A ella perteneció el viejo Morse, inventor del telégrafo, que hizo en mi pueblo sus primeros experimentos y de quien conservan muchas familias retratos con dedicatorias auténticas. No conocieron los de mi época a esa familia Lind cuya artística casa con sus bellos jardines y con su bosque lleno de árboles frutales, de estanques para los cisnes y avenida para los paseos nocturnos, demostraban el refinamiento exquisito de sus habitantes y su admirable educación.

Ahora, alrededor de esa familia y de aquellos sitios se han formado leyendas más o menos interesantes. Sólo quedan de tanta opulencia alguna

que otra máquina vieja del antiguo ingenio, los pilares de mampostería en que se asentaba la casa solariega y el bosque abandonado que en un tiempo fué recreo y solaz de aquella familia. ¡ Dios sabe si andan vagando por allí las almas de aquellos seres tan interesantes que cincuenta años atrás gozaban la dicha del vivir en la soledad de su casa de campo ! ! Cuánta angustia sentirán ahora ante las ruinas de su linda residencia y sobre todo ante el abandono del bosque en su tiempo encantador, donde acaso la vieja extranjera sostenía con ellos los coloquios nocturnos de que hablan las gentes sencillas de Arroyo, paseando por las avenidas sombreadas o sentados en algún banco de piedra bajo un copioso mango o una alta palmera !

La máquina pasa veloz frente a estos sitios tantas veces recorridos por mí en mis excursiones infantiles. Yo miro a lo lejos y distingo a un lado las montañas peladas, huérfanas de lluvia, al otro lado los altos campanarios de las iglesias, el molino de la Berbedera, un enorme cilindro de hierro que se levanta al espacio sobre débiles sustentáculos, y muchos árboles, muchos árboles, entre los cuales, a medida que la máquina avanza, van surgiendo las casas de la larga calle.

Llego al pueblo de mis recuerdos lejanos. Vive su vida triste de siempre. El hospital, el río después. Luego la escuela, la casa en que yo nací, la casa paterna, el parque. ¡ Tan limpio y tan blanco ! Allí el monumento a mi padre. La Alcaldía, el mar. ¡ El mar ! ¡ Tantas veces contemplado por

mí en las noches serenas de mi pueblo ! Al fin la calle de San Fernando El cementerio. . . .

He saludado al pasar a muchos amigos. Todos me han sonreído. Yo quiero corresponder a las sonrisas afectuosas, sonriendo también. No sé si mi sonrisa es una mueca. Sé que tengo ganas de llorar, como otras tantas veces, al evocar mis alegrías gozadas en estos sitios que voy viendo.

¡ El cementerio ! ¡ Tan limpio y tan blanco ! Como el parque. Allá hay un busto de mármol que recuerda una vida dedicada al bien y al trabajo en el ambiente tranquilo del pueblecito. Acá, en el cementerio hay algo más. Yo me siento junto a una tumba. Es mi primera visita. Paso allí unos minutos largos y silenciosos. Mis labios dejan escapar una oración. Y cuando se serenán mis ojos y mi espíritu, vuelvo al pueblecito de mis afectos lejanos, acariciado siempre por el mar, desde cuyas casas, medio ocultas entre las frondas de los árboles, manos cariñosas me saludan.

NIÑO CAMPESINO

¿Has visitado alguna vez un hogar campesino, lector? Si aun no lo has hecho, súbete a la montaña y métete en el primer bohío que encuentres. Sube cuanto antes, para que conozcas al niño campesino y te dispongas a hacer algo bueno por él, que es tu compatriota.

Fíjate en su semblante. Es un enfermo. Su palidez lo demuestra. Su falta de alegría, de movimiento, están diciendo que no hay vigor en su sangre ni energía en su espíritu. Es un niño enfermo, cuya enfermedad no sea acaso otra cosa que hambre.

Pregúntale, lector, si tiene hambre, cuándo comió la última vez y qué comió. Ya oirás palabras tristes. Sí, tiene ganas de comer porque hace más de treinta horas que se llevó el último trago de café a la boca.

Observa un rato su hogar. Hay en él miseria y abandono. El niño está mal vestido. ¿Zapatos? No los ha visto nunca. Un sombrero del país para ir de vez en cuando a la escuela es su único lujo.

Sonríe para ver si logras que él sonría también. Es un niño en edad, pero es un viejo que ha vivido mucho, mucho, y está cansado de tanto vivir. Tampoco saben reír sus labios. La risa franca y sincera de los niños huyó también en presencia de las duras realidades de su vida. Quizás no se

manifestó nunca. Nadie supo provocarla. Nadie supo estimularla.

Un día, pequeñito todavía, —él lo recuerda muy bien— su padre lo envió a la tienda en busca de unas viandas. Él no quería ir porque era muy lejos y resistió al mandato del padre. No fué posible. A la fuerza tuvo que ir. Lloró, lloró mucho, pero su llanto no llegaba al corazón del padre. Cuando la madre hubo de suplicar porque el niño era pequeño, oyó esta contestación definitiva: « Hay que acostumbrarlo a caminar, a trabajar. Ya tendrá que ir a la escuela, ya tendrá que ir al pueblo. » Y había que callar.

A la escuela va de vez en cuando. Anda más de dos horas para llegar a ella y regresa, por las tardes, extenuado, sin nada en el estómago, y lo que es peor, sin encontrar nada en el hogar.

Al pueblo va casi todos los domingos. Se levanta a las dos de la mañana y cuando sale el sol ya está en el pueblo con fatiga de cuerpo y de espíritu. Y ese viaje no es nada, comparado con el de regreso, después de las faenas del día y bajo el sol ardiente de la tarde. Poco a poco va escalando la alta montaña hasta llegar al triste hogar que está en la cumbre. Cuando llega es casi un muerto. El corazón quiere salirse del pecho. ¡ Pobre criaturita destinada a sufrir ! Es natural que no rías, si ya estás haciendo las cosas de los hombres, en plena infancia. Eres un viejecito de pocos años condenado al dolor de la vida por haber nacido en un hogar campesino. ¡ Pobre criaturita !

Anímate, lector, a realizar una obra buena con este pequeño ciudadano. Anima a tus amigos también. Si lo dejas en el campo este ciudadanito será lo que son sus padres. No sé si podrá vivir hasta llegar a la adolescencia. Si lo traes a la ciudad y lo llevas a tu hogar puedes redimir a un hombre. Hazlo en seguida. Hay muchos niños campesinos. Hay muchos buenos ciudadanos. Vamos a hacer algo por el mejoramiento de nuestra población trayendo a nuestras casas a los niños de nuestras campiñas. Ellos sentirán el estímulo del nuevo ambiente y después volverán a sus montañas con otros hábitos, con otras cosas en el alma.

Yo tengo en mi hogar a una jibarita. Era una triste jibarita acostumbrada al trabajo constante, a la lucha fuerte del pobre hogar campesino, lleno de hijos y falto de los medios necesarios para levantarlos debidamente. Mi jibarita llegó a mi casa un día para ayudar en las labores sencillas. Su carita era pálida, su mirada triste. Cuando mis hijos jugaban con sus velocípedos y sus automóviles ella los miraba jugar y yo adivinaba en el fulgor de sus ojos el deseo, el gran deseo de acompañarlos en el juego. ¡Qué dicha poder hacerla feliz sin esfuerzo alguno !

« Juega tú también, hijita mía. Goza tu niñez jugando. Esos juguetes son tuyos », le dije un día. Y ella saltó de alegría. Y mis hijos y mi esposa y yo gozamos mucho más, que no hay mayor goce en esta vida que proporcionar alegría, felicidad a los seres que con nosotros conviven.

Ella es hoy un ser querido en mi hogar. Si se fuese, nos sentiríamos tristes. Si muriese, la lloraríamos todos. Nuestra jibarita no ha encontrado sitio en nuestro hogar solamente, lo ha encontrado también en nuestros corazones.

Ya sabe reír. Ya sabe sonreír. Y su carita inocente tiene una belleza que no se notaba antes, cuando siendo una niña campesina echaba sobre sus hombros las tareas de una mujer. Ya sabe preguntar como mis hijos. Su espíritu ingenuo responde a todos los llamamientos del ambiente.

Ya no es una jibarita. Irá a la escuela. Irá a aprender y será maestra y enseñará más tarde en su escuelita de campo la lección de la vida buena y procurará cambiar con su influencia el alma indiferente de nuestros buenos campesinos.

¿ Por qué no hemos de alimentar estos sueños que son buenos ? ¿ Por qué no se han de decir estas cosas, para que su imitación lleve a muchos hogares la felicidad que experimentamos en el nuestro ? Lector, sube a la montaña y busca a un jibarito y tráelo a tu hogar y cómprale juguetes para que los goce y edúcalo y hazlo feliz. Uno más en tu casa, es verdad, pero no importa. Él trae alegría y cuando lo quieras mucho, verás cómo ha aumentado también el cariño para tus hijos.

LA FORMACIÓN DEL HOMBRE BUENO

La lucha de estos días me ha impedido contestar antes de ahora a la hermosa carta abierta que me dirige el ilustre puertorriqueño Juan N. Matos.

Es toda ella una brillante exposición de altas ideas que demuestran un espíritu bien orientado y un conocimiento profundo de la vida.

El señor Matos no se detiene en la pequeñez de nuestro problema interior porque su mirada soñadora abarca más amplios horizontes. Le preocupa el hombre, le preocupa la sociedad. Él quiere la redención de la sociedad. Y cree firmemente que el camino para llegar a realizar su bello ideal es la preparación del niño en la escuela, la enseñanza de la moral que forma al hombre BUENO, al hombre que lleva la felicidad en su propio corazón.

Mi querido amigo el señor Matos levanta una gran bandera. Si el mundo todo se preocupara de preparar bien al niño, cuidando de nutrir su corazón al mismo tiempo que fortalece su cuerpo y enriquece su cerebro, tendríamos más felicidad en la tierra, más paz, mas espíritu de unión y más libertad. La verdadera libertad es, en mi opinion, la individual. El hombre verdaderamente libre es aquel que ha sabido elevarse a las cumbres de la bondad, para poder mirar indiferentemente desde ellas todas las miserias del mundo. Ese hombre podría vivir dentro de un sistema de opresión grande y continuaría siendo libre.

Hay que hacer hombres buenos si queremos un mundo feliz. Y los hombres buenos pueden formarse en la escuela, mediante la enseñanza de las ideas morales y con el ejemplo constante del BIEN.

Siempre he considerado que la obra de la escuela es incompleta si no tiene como propósito firme la formación del hombre BUENO.

No basta formar al hombre inteligente y al hombre fuerte. Es necesario formar el hombre bueno para que la educación sea completa. Cuerpo, cerebro, corazón. Una labor que atienda al desarrollo de los tres. Una labor que si se inclina de algún lado, se incline del lado del corazón. El triunfo definitivo es siempre del bien. El mal triunfa temporalmente o aparentemente. Hay que preparar hombres buenos, sociedades buenas. Hay que sembrar en todos los espíritus la semilla del bien como fundamento de la verdadera felicidad, y de la libertad. ¿Cómo?

La enseñanza de la moral en las escuelas. El señor Matos ha pensado en que la escuela es el factor principal de este trabajo. Yo también. La escuela como substituta del hogar. El hogar es siempre la mejor escuela. Como todas las sociedades tienen un elemento que no da al hogar la importancia que realmente tiene, es necesario que la escuela se preocupe de la enseñanza moral. Las grandes discrepancias surgen cuando buscamos la forma de enseñar asignatura tan importante. Hay quienes creen que basta poner en manos de los niños un libro de urbanidad, un tratado de moral

para inculcar buenos principios en las almas de los niños. Hay quienes creen que este asunto se puede enseñar como se enseña la aritmética, la geografía y que para él debe haber un tiempo especial en el programa del día.

Yo creo que la MORAL no puede transmitirse de ese modo. El conocimiento de lo bueno no hace al hombre bueno. ¿No saben acaso los criminales que el crimen es un mal? Y algunos lo realizan con perfecta serenidad de conciencia. Algunos han refinado su instinto criminal con la educación. Y transmitida así la idea moral como si fuese una lección de números quebrados, no puede impresionar al niño, penetrar en su corazón sutilmente como podría penetrar en un momento oportuno cuando la enseñanza se realice a raíz de un hecho ocurrido, de un motivo que surja de repente. Para la enseñanza de la moral todas las horas son buenas, todos los momentos propios. El libro no hace falta en manos de los niños. Un maestro con corazón, un maestro que sepa aprovechar todas las oportunidades que se presentan. Ya dice esto el sabio Manuel Fernández Juncos, cuando habla de que « será necesario que el maestro preste calor y vida a la lección », y más adelante « lo que no viene del corazón no llega al corazón », en lo que coincide con Wagner, el gran pedagogo francés, que afirma que « sólo los que están vivos tienen el don de propagar la vida. »

Y esto es lo difícil, encontrar maestro de cuyos labios brote la enseñanza de modo tal que veamos

en su palabra la obra del corazón. Estos maestros escasean. Son aquellos que han llegado a la profesión movidos por el impulso de una vocación decidida. Para ellos, lo importante es ENSEÑAR a formar el corazón del futuro hombre, desenvolver las facultades del niño. Lo demás es secundario. Estos maestros escasean. El magisterio necesita el concurso de muchas personas y no es fácil encontrar tantos elementos como los que se necesitan que tengan el espíritu preparado para la noble ocupación.

Las normales dan títulos que acreditan estudios, esfuerzos, práctica vigilada, pero no pueden penetrar en el yo interior del individuo para infundir en él el soplo divino de la vocación. Así la labor de la enseñanza moral tropieza con la seria dificultad de la escasez de maestros que sepan trasmitirla no en períodos de clase, no mediante el uso del libro. El mismo Fernández Juncos dice « cualquiera que fuese la materia de la lección escolar, corresponde en ella al libro de texto una función secundaria pero precisamente en la enseñanza moral a los niños es donde se manifiesta con mayor claridad este axioma pedagógico. » Enseñarla de CORAZÓN a CORAZÓN cuando haya oportunidad, cuando se presente a juicio del maestro la ocasión favorable. Esa es la enseñanza moral que conviene y que perdura, Esa es la que forma al ciudadano esa es la que mi excelente amigo el señor Matos desea que sea objeto de preferente atención.

El mundo no se ha preocupado mucho de la formación del hombre BUENO. Así es de grande

su fracaso. Incierta la paz de las naciones. Falsa la felicidad de los hogares. Inquieta la vida de los hombres. El mundo ha menester un gran cambio, una vuelta a la vida verdadera. Cuando alguien intenta predicar esto, como dice muy bien el señor Matos, el mundo procura matar el buen deseo con desdén y con ridículo. No importa. Los que sientan el santo anhelo de formar una humanidad buena que sepa gozar de las delicias de la vida, a trabajar con fe, con perseverancia, con amor.

Una voz como la del Sr. Matos es capaz de agrupar a los hombres de buena voluntad, porque es voz que sale del corazón. Agrupémonos en la noble cruzada. Estudiemos, meditemos, trabajemos.

LAS DOCE COSAS QUE DEBIERAN RECORDARSE

En el magazine de Marden, *The New Success*, cuya lectura recomiendo a la juventud de Puerto Rico, he leído recientemente un pequeño artículo que se refiere a las doce cosas que hay que recordar. ¿Sabes cuáles son, joven amigo? Yo voy a hablarte de ellas en el deseo de que las grabes en tu memoria y pienses constantemente en ellas. Pueden ayudarte en la vida. Pueden hacerte feliz. Fué Marshall Field quien las anotó en el libro de sus experiencias. Son, pues, consejo de sabio. Presta atención:

EL VALOR DEL TIEMPO

¿No es verdad que el tiempo es algo que debe apreciarse en pesos y en centavos? Malgastarlo es malgastar dinero, es perder lo que no puede recuperarse.

Debes recordar esto: Tu día es oro. Tus horas no deben pasar sin que saques de ellas algún provecho. No quiere esto decir que estés impedido de dedicar algún tiempo al recreo o al descanso. Ambos son necesarios. Poniendo orden en tu vida podrás disfrutar de todo. Trabajarás y descansarás. Habrá para ti horas de trabajo y horas de placer.

Tito, el viejo emperador romano, decía con tristeza cuando no hacía nada útil durante el día: «Hoy he perdido mi día.» Joven, aprende el

valor del tiempo y prepárate para no perder un segundo. Tu vida es algo que vale mucho, pero menester es que te dispongas a vivirla noblemente. Si tú quieres puedes hacer mucho de ella no desperdiciando el tiempo. Que al hacer el resumen de tus actos puedas decir con orgullo: « Hoy he aprovechado mi día. »

EL PLACER DEL TRABAJO

!Qué lentas son las horas cuando no se hace nada! Es Nervo el que nos habla de un abogado que decía que su defendido no podía haber cometido el crimen porque cinco minutos no eran suficientes para las cosas que se le atribuían. El fiscal hubo de responder: « Señores del Jurado: Vamos a permanecer durante cinco minutos callados, atentos al pasar del tiempo: veréis cuán largos son. » ¡Qué largos parecieron los cinco minutos a los señores Jurados!

Lentas las horas que pasamos sin hacer nada, pero ellas nos enseñan una gran verdad que hemos de recordar siempre. El trabajo es la alegría de la vida. La vida sin trabajo es una angustia. Las horas de trabajo pasan inadvertidas cuando trabajamos a gusto, cuando ponemos toda nuestra alma en lo que estamos haciendo.

¿Quién no quiere adelantarse, empezar cuanto antes con la obligación del trabajo, estando en pleno vigor juvenil, sintiendo que nos sobran bríos y energías? En esa obligación está la felicidad de la vida. Levántate por las mañanas contento

porque vas a trabajar. Rinde tu labor cotidiana con la misma alegría con que empezaste. Después, el descanso te parecerá más agradable.

¿ No has oído la queja de los que trabajan sin placer ? ¿ No has oído el lamento de los que viven sin trabajar ? Para ellos la vida no es vida. Es carga. Es sufrimiento.

Pon alegría en tu labor, joven amigo. Ella es como el sol, que todo lo hermosea.

EL ÉXITO DE LA PERSEVERANCIA

La perseverancia es la virtud que todo lo vence. Con verdadero espíritu de perseverancia tarde o temprano has de llegar al término del viaje. El éxito es la perseverancia.

Hay quien tiene, en el principio de la lucha, un empuje extraordinario. Al verle, piensa uno en seguida en el éxito de su labor. Pero no es así. Le falta la virtud de la perseverancia y después de los primeros esfuerzos se rinde. Es un cobarde. Es un vencido.

Persevera, joven. Acostúmbrate a ello. Es un hábito como cualquier otro. Es una disciplina del espíritu que puedes adquirir si te preocupas de ello. El hombre que no sabe de la perseverancia es un fracasado. Tendrá que triunfar siempre con el primer esfuerzo y eso raras veces sucede.

LA DIGNIDAD DE LA SENCILLEZ

Joven, cuando tengas tiempo, lee « La Vida Sencilla » de Carlos Wagner. Leyendo este libro

inmortal te convencerás de que la sencillez es la mejor condición del hombre. ¡ Vida sencilla ! ¡ Vida sencilla ! La humanidad quiere volver a la primitiva sencillez, después de haberlo complicado todo. Sencillez en el hablar, sencillez en el vestir, sencillez en nuestras relaciones sociales, sencillez en todo.

¿ Quieres ser sencillo ? Que tu alma lo sea. Vístela de sencillez y así lograrás que todas las manifestaciones de tu vida sean expresión de esa sencillez espiritual. Guerra a todo lo que es aparatoso y complicado. La vida es sencilla. Es el hombre quien la ha hecho difícil.

« Mi casa es una exhibición de mil cosas diferentes », decía una madre. « Mis hijos juegan en el patio. »

« Mi casa tiene solamente lo que es indispensable », decía otra. « Mis hijos juegan en ella. »

¡ Oh sencillez adorable que haces la vida más placentera y más hermosa ! ¿ Por qué te abandonaron los hombres ? Ven al corazón de la juventud y que empiece una nueva vida en el mundo, vida sencilla, la verdadera, la única que vale la pena de vivirse.

EL VALOR DEL CARÁCTER

El carácter es la gran fuerza del hombre. Nada resiste a su influjo y a su poder. « Prefiero que seas un hombre de carácter », escribió Roosevelt a su hijo. El carácter vale más que la inteligencia.

El carácter no es energía solamente. Es energía

y bondad. Ser hombre de carácter es ser fuerte y compasivo a un tiempo y saber ser fuerte cuando es necesario serlo y saber ser compasivo cuando es imprescindible la compasión.

Siendo como es el carácter la principal condición del ciudadano, lógico sería que nos ocupáramos de formarlo en las escuelas. Se descuida este deber. Y lo doloroso es que también lo descuidan los hogares.

Joven, tú puedes hacer tu carácter: Persigue el bien. Que tus labios hablen siempre la verdad. Que no te rindas nunca al halago. Que sepas cumplir con tus deberes. Que nutras tu corazón de bondad. Que tu pensamiento rechace toda influencia malsana. Que al verte los hombres exclamen satisfechos: « Ese es un hombre de carácter. » ¿ Qué mejor título podrías obtener ?

EL PODER DE LA BONDAD

Tener un corazón bondadoso es tener una joya de inapreciable valor. ¡ Qué hermoso es saber mirar siempre el lado bueno de las cosas ! Se ha dicho por alguien que no hay maldad en el hombre. Que solamente hay grados de bondad. Puede ser.

La bondad vence siempre. Aunque la veas abatida, derrotada, no importa. Como su triunfo es siempre definitivo tarda más en llegar. Encuentra más obstáculos en su camino. El triunfo del mal es siempre efímero. « El mal triunfa por la cobardía del bien », nos ha dicho Linares Rivas. Por eso hay que exaltar la bondad del corazón. Recordando

que en toda alma hay algo de bondad podremos darnos cuenta de cuál ha de ser la labor: Desarrollar ese algo de bondad. Cultivar ese sentimiento en el corazón. Nada contribuye tanto a la felicidad de la vida como la bondad. Sé bueno, joven.

LA INFLUENCIA DEL EJEMPLO

Vives en el seno de la sociedad. Junto a ti hay otros seres. No puedes sustraerte, joven, a la influencia del ambiente que obra sobre ti, ni puedes dejar de contribuir con tu trabajo al mejoramiento de las condiciones del medio en que vives. Haz que tu vida sea un ejemplo porque te miran los demás y porque

Mira que te mira Dios,
Mira que te está mirando,
Mira que te has de morir,
Mira que no sabes cuando.

Si tienes presente siempre que tu vida ha de ser modelo de las otras vidas que se desarrollan junto a ti no hay duda que actuarás bien y complacerán tus actos al que dirige desde los cielos la marcha de los mundos. Ante Él comparecerás algún día.

LA OBLIGACIÓN DEL DEBER

Vale la pena recordar siempre nuestro deber.

Si no has de cumplirlo, ¿para qué te comprometes? La palabra de los hombres vale más que la vida. ¡Qué hermoso es poder decir que el joven tiene palabra porque siempre cumple sus compromisos! A veces el deber exige mucho, mucho,

pero eso hay que verlo antes del compromiso. Después ya no hay sino el deber de cumplirlo.

Guzmán el Bueno cumplió sencillamente su deber cuando defendía la plaza de Tarifa. Llegó para él el momento difícil. El deber exigía el sacrificio de su hijo, y él sacrificó a su hijo y cumplió su deber.

Recuerda siempre, joven, que realizas un acto voluntario al comprometerte y que los compromisos se cumplen aunque haya perjuicios para ti. La palabra del hombre es lo primero y la vida es lo segundo. Honra siempre tu palabra.

LA SABIDURÍA DE LA ECONOMÍA

Hombre que economiza es hombre completo. No sé si ya has podido apreciarlo.

La vida es una sucesión de cosas distintas. Hoy estamos alegres. Mañana hay motivos de tristeza. La prosperidad nos acompaña hoy. ¿Seremos prósperos mañana? Ante esta incertidumbre de las cosas que han de venir, ¿cuál ha de ser tu actitud, joven amigo? Si meditas un momento sentirás como una voz que te dicta el deber de economizar.

No es sólo la incertidumbre de lo que viene, es además la vejez inevitable, la familia que ha menester de nuestros ahorros para su bienestar, la misma alegría del ahorro que nos hace pensar más intensamente en la vida y nos da de nosotros mismos una impresión más elevada. Es necesario guardar para los tiempos que vienen.

El progreso del mundo es, en parte, la obra del ahorro individual. Debes ahorrar no porque lo necesites para ti y para los tuyos solamente. Debes hacerlo también por los demás y así le darás a esa virtud un aspecto más noble y elevado. La nobleza, la elevación que tienen todos los actos que se realizan en beneficio de la humanidad. El primer deber del ciudadano del mundo es prestar servicio. ¡ Dichoso aquél que puede prestar muchos !

LA VIRTUD DE LA PACIENCIA

¿ Quieres oír unos versos que expresan en síntesis admirable todo el poder de la paciencia ?
Son de Amado Nervo.

Si quieres que muy pronto de tus mares se aleje
La galera sombría que te trae las penas,
Ten paciencia y aguarda. La paciencia es el eje
Moral y el gran secreto de las almas serenas.

La paciencia hizo el mundo. Lo rige la paciencia.
El arte es una gran paciencia. ¿ Y el amor ?
La santidad más alta, la más profunda ciencia
De una maravillosa paciencia son la flor.

Sé paciente, pues. Aguarda y aguarda. Ya llegará el día en que triunfes si sabes aguardar. ¡ Cuántos han fracasado en la vida por la falta de paciencia ! ¿ De qué valen los esfuerzos del hombre si no culminan en el éxito ? El éxito es obra del esfuerzo continuado, del trabajo paciente. Ya sabes tú joven que la paciencia es el gran secreto de las almas serenas. Súmate a ellas.

EL CULTIVO DEL TALENTO

El talento se cultiva. La escuela ha desarrollado tu inteligencia y te ha preparado para que tú mismo hagas el trabajo de ilustrarte. Lee, lee y lee. Lee con propósito determinado. Haz un trabajo metódico que te lleve a la adquisición de muchos conocimientos. No los necesitas quizás para tus diarias ocupaciones, pero sí para satisfacerte a ti mismo, si comprendes el verdadero objeto de la existencia. La vida es un caminar constante hacia la luz. Ilumina tu espíritu y goza la inmensa dicha de acercarte por tu propio esfuerzo a las puras fuentes de la eterna verdad.

EL GOZO DE INVENTAR

Es Edison, el sabio americano, quien ha dicho estas palabras: « No sabemos aun ni la millonésima parte del uno por ciento de las cosas. No sabemos lo que es el agua. No sabemos lo que es la luz. La gravitación. No sabemos cómo es que se mantiene un hombre con sus pies sobre la tierra. No sabemos lo que es el calor. Tampoco el magnetismo. Hay muchas hipótesis y nada más. Mentalmente estamos saliendo de la edad del chimpancé. »

Si esto dice el gran sabio, ¿ qué hemos de hacer los hombres sino estudiar y observar constantemente la naturaleza que nos rodea ? Míralo todo con curiosidad. La curiosidad es madre de la invención. Hay que pensar en arrancar a la naturaleza

sus secretos y contribuir con nuestro esfuerzo al triunfo del hombre sobre la tierra.

Franklin aprisionó el rayo, Colón completó el planeta, Fulton aplicó el vapor a las embarcaciones, Marconi lanzó el pensamiento humano al través de las ondas del aire en viaje que parece fantástico. Trabajadores todos que triunfaron en sus empeños, buscadores que hallaron, hombres que sintieron el santo afán de hacer bien a la humanidad. ¿Qué fuera del mundo si nadie hubiese buscado? ¿Qué sería el mundo si todos buscáramos? ¡Adelante joven! Ya sabes que hay mucho por descubrir, mucho por inventar. Pon tu nombre junto a Franklin, a Colón, a Fulton, a Marconi. A veces la humanidad se olvida de sus benefactores, pero ellos han gozado un inmenso goce al hacer bien a la humanidad y eso vale más que todas las recompensas del mundo.

Adelante, joven. Recuerda estas cosas que anotó Marshall Field en su libro de experiencias. Si las tienes presentes en la vida triunfarás, sin duda alguna. Ten confianza en ti mismo. Aprende a luchar y goza tu vida en la lucha que es la manera más hermosa de gozarla. El mundo necesita urgentemente de los que luchan.

¿ POR QUÉ HAY TANTOS HOMBRES INÚTILES ?

—Para Bernardo Huyke.

El último número del *American Magazine*, revista que debieran leer los jóvenes de Puerto Rico, si quieren penetrar en el verdadero espíritu de América, trae una interesante entrevista con Thomas A. Edison, inventor americano, cuyo nombre debiera reverenciar la humanidad.

¿ Por qué hay tantos hombres inútiles ? Así se llama el trabajo que he leído con gran atención. ¿ Por qué hay tantos hombres inútiles ? Edison dice: « Es que no piensan los hombres. No han desarrollado su cerebro, no han aprendido a pensar. »

« ¿ Por qué los hombres no aprenden a pensar ? » se pregunta Edison. ¡ Sería tan fácil ! Algo hay equivocado en la labor de la escuela, porque es entre la gente educada que se encuentran los que no saben pensar.

El viejo inventor dice que sus experiencias con la juventud son desastrosas. « Apenas he conocido un joven de colegio que sepa pensar », afirma. Se enseñan muchas teorías pero no se hace pensar a los jóvenes.

Eso es en los Estados Unidos. Nosotros aquí podríamos decir que notamos el mismo defecto en nuestro sistema de enseñanza. Damos a la memoria mucha atención, enseñamos muchas cosas a los estudiantes y descuidamos la facultad del pensar.

La vieja práctica de enseñar de memoria continúa, aunque ligeramente atenuada por la influencia de los modernos métodos.

En vano se predica que la escuela no es sitio para almacenar ideas y conocimientos, que su misión principal es desarrollar las facultades de la mente. Como esto es más difícil y requiere mayor habilidad por parte del maestro, se hace menos. Enseñar a atesorar ideas. ¡ Cuán fácil es ! El maestro se deja llevar por la facilidad del trabajo y acaba por no ocuparse de lo demás. Los niños saben geografía, aritmética, gramática e historia. No saben pensar.

Una vez hablaba con un maestro de Puerto Rico, inteligente, observador, en relación con este asunto, y me decía: « En nuestras escuelas hay que enseñar muchas cosas para responder de ese modo a la presión exterior que lo exige. » Nuestro pueblo cree que es la abundancia de información lo que hace efectiva y valiosa la labor de la escuela. El tiempo que se emplea en enseñar a pensar y a observar es tiempo perdido, si oye usted a muchas gentes. Las cosas nuevas que se introducen en el curso de estudios son mal recibidas. Todavía se protesta de que se enseñe a cocinar en nuestras escuelas y de que los niños usen los duros instrumentos del carpintero. Todavía no comprenden algunos que lo mismo se puede desarrollar el cerebro enseñando geografía que artes manuales y que éstas, después de todo, resultan más útiles, más prácticas. Hay quien muestra su inconformidad con la enseñanza

de la música. No hable usted de enseñar a hacer juguetes, bordados, sombreros, canastas, porque no tendrán estos estudios la sanción popular.

¿Hay exageración en estas palabras? Yo sé que hay muchos en nuestra isla que protestan contra las innovaciones del trabajo escolar y que desean una escuela como las viejas escuelas. El tradicionalismo nos está haciendo daño y no hemos podido sustraer la escuela a sus malas influencias. Lo peor es que entre las clases directoras encontramos a muchos que presentan oposición a las cosas nuevas y que el pueblo les sigue, engañado por sus falsas propagandas. He librado campañas por la enseñanza de las artes manuales en la escuela. He oído decir: « Ese dinero que se gasta en la enseñanza manual es inútil. » Yo pacientemente he contestado: « Ese es el mejor dinero que gasta el pueblo. Un pueblo con una población tan numerosa como el nuestro necesita escuelas de carácter industrial. Educar las manos es tan importante como educar el cerebro. »

Pero volvamos a Edison, cuyas palabras sobre el hábito de pensar quiero transmitir a mis lectores. Edison cree, con razón, que es la escuela la culpable de que los hombres no sepan pensar. Es la falta de práctica.

Una vez salvó a un niño, cuenta, cuyo padre era telegrafista. Con ese motivo el padre del niño y él se hicieron buenos amigos.

Años después del suceso, el telegrafista fué a verlo en busca de colocación. No tenía nada que

hacer y deseaba y necesitaba trabajar. Edison, que a la sazón se ocupaba de inventar un aparato que se le había encargado, pensó en seguida en proporcionarle ese trabajo a su amigo.

« ¡ No he inventado nunca nada ! » contestó el amigo a la primera insinuación de Edison.

« No importa. Piense usted. Yo le pagaré un sueldo por pensar. Piense en inventar un aparato. »

Muchas veces se acercó el hombre a su protector descorazonado y pesimista. No inventaba nada. No descubría nada. Edison le animaba a continuar.

Un día después de muchos esfuerzos, después de muchos proyectos fracasados, triunfó. Le pagaron \$5,000 por su invento que fueron un gran estímulo para él.

« ¿ Por qué triunfó este hombre ? » se preguntaba Edison. « *Simply because he used his thinking powers. He developed his mind sufficiently to do the work.* »

Edison anota el hecho de que los hombres no observan lo bastante. Esta facultad es también descuidada en la escuela y es lástima. Hay que observar para descubrir. Aunque los ojos vean muchas cosas, el cerebro no recoge todas las impresiones.

Hablando una vez en su fábrica con algunos empleados tuvo que referirse a un árbol de cerezas situado en el camino por donde tenían necesariamente que pasar los empleados. Eran veintisiete los que por allí pasaban todos los días. Ninguno se había fijado en el cerezo.

¡ Ojos que lo vean todo ! Eso parece querer decir el mago de Menlo Park. Son las « lecciones de cosas » las que desarrollan la facultad de observar. El « Nature Study » que debiera figurar siempre en nuestros cursos de estudios es la asignatura que más ayuda al maestro, pero es necesario que el maestro sea observador, que sepa observar. De lo contrario la clase se convertirá también en una clase « de memoria » y perderá toda su eficacia.

Habla Edison en esta interesante entrevista del placer de pensar. Y habla con entusiasmo. « El hombre que no se propone cultivar la facultad del pensar echará de menos la más agradable ocupación », dice.

Y continúa entusiasmado: « Todo progreso, todo éxito en la vida depende del pensar. »

Edison tiene razón. Hay que pensar y hay que acostumbrarse a pensar. El viejo inventor nos dice que muchos de sus inventos son el producto de muchos años de pensamiento. Ocho años estuvo pensando para inventar el fonógrafo. La lámpara incandescente le llevó más tiempo todavía. Algunos de sus inventos son la obra de veinticinco años de estudios y meditaciones.

Un inventor puertorriqueño, un Edison de Puerto Rico que pueda empezar su historia de este modo: Estudiaba en la escuela de . . . y me gustaba la clase de naturaleza porque me hacía pensar y observar.

Maestros, hay que enseñar a pensar y a observar. Jóvenes, hay que pensar y observar. Edison está

pensando y observando todavía. Piensa en inventar un aparato para comunicar a los vivos con los muertos, piensa en revolucionar el arte tipográfico. No se agotan esa energía, esa voluntad, esa inteligencia, puestas al servicio de la humanidad. Ea, jovén de Puerto Rico, imita a tu compatriota del otro lado del mar.

YABUCOA PARA LOS YABUCOEÑOS

—Para José L. Berríos.

Allá en el pintoresco y simpático Yabucoa, pueblecito donde pasara los mejores años de mi primera juventud, vivía un hombre de clara inteligencia y sano corazón a quien conocí a raíz de mi nombramiento como maestro de las escuelas públicas del pueblo. Este hombre de sano corazón y de clara inteligencia tenía un concepto falso del patriotismo que dió motivo a muchas discusiones entre ambos. Para él la patria era el pueblo. Había nacido en Yabucoa y había vivido siempre allí. Cuando se le hablaba de la patria invariablemente adoptaba una solemne actitud y decía: « La patria es el sitio donde se nace. Mi patria es Yabucoa. » Y llevando su patriotismo al terreno de las ideas prácticas añadía: « Yabucoa para los yabucoeños. »

La teoría era contraria a mi interés; pero no lo veía así mi amigo que me hablaba de ella constantemente. Exaltado su sentimiento patriótico no pensaba que podían herirme sus palabras, toda vez que no era yo nacido en Yabucoa, el alegre pueblecito de cuyo progreso tanto me ocupaba.

Un día no pude contenerme y le dije: « Yabucoa para los yabucoeños. Es justo, amigo mío, que así sea. Pero mire usted que falta justicia en la interpretación que da usted a la palabra yabucoefío. » Para él yabucoefío era el nacido en Yabucoa y yo

le objetaba: « Yabucoño es que el que vive en Yabucoa, el que se interesa por el progreso del pueblo, el que se afina entre ustedes, el que crea aquí su hogar. »

« No », decía él. Y repetía el vocablo varias veces, cada vez con mayor intensidad, « No y No. »

Mire usted que puedo querer a este pueblo tanto como usted lo quiere. No soy de aquí.

« ¡ Ah ! ¿ pero usted ? », contestóme en seguida; su semblante expresaba sorpresa. No acertaba a decir sus ideas. Después de hacer una breve pausa continuó con su solemnidad acostumbrada: « A usted lo vemos todos como a un hijo de Yabucoa. »

Esta excepción habrá que hacerla con todos los que honradamente sirven los públicos intereses en nuestra comunidad. Permítame que la llame « nuestra ». Entonces llegaremos a la conclusión de que Yabucoa no es de los yabucoños solamente. Es de cuantos nos interesamos por su progreso, de cuantos aquí vivimos. Yabucoa es nuestro.

« No, no y no, » mi amigo repetía su constante argumento. Evidentemente se disgustaba conque yo hiciese participar de mi privilegio a los demás.

« Usted es una excepción, pero si hay en Yabucoa quien puede desempeñar un cargo, ¿ por qué hemos de ir en busca de un hombre que no ha nacido aquí ? »

« ¡ Pero si ha vivido en este pueblo ! »

« No importa. »

« Acaso se haya casado aquí con una yabucoña. »

« No importa. »

« Acaso sus hijos son nacidos en Yabucoa. »

« Esos son los que tendrán derecho. »

« Permítame, amigo mío, que no comprenda esta clase de patriotismo. Según él, cuando alguno de los jóvenes a quienes educo obtenga un título de maestro tendrá más derecho que yo a la escuela que desempeño, solamente porque nació en Yabucoa. »

« Tendrá más derecho, pero . . . ya le he dicho que usted es una excepción. »

« Entonces, yo que nací en Arroyo, ¿ tengo más derecho que mi padre a la escuela en que ha trabajado por cuarenta años, solamente por el hecho de haber nacido allí ? »

El hombre comprendía. ¿ Cómo no había de comprender ? Pero cuando no podía contestar decía con voz atronadora su « No, no y no », callando después y pensando por breves instantes, acaso creyendo en su triunfo en la discusión.

« No discutamos más. Usted es una excepción. Cuando yo muera, amigo mío, éste era siempre el final. »

Tuve ocasión de oírlo muchas veces: « Quisiera que junto a mi tumba creciese un árbol frondoso y que en cada hoja pudiesen leerse estas palabras: « ' Yabucoa para los yabucoeños ' » « Adiós, amigo mío. » Me daba la mano, la apretaba cariñosamente. Me miraba con bondadosa expresión en su mirada y me decía en voz queda, alzando la cara y abriendo mucho los ojos: « Yabucoa para los yabucoeños. Yabucoa para los yabucoeños. »

Llegó a preocuparme la frase de mi amigo. Empezaba a sentirme yabucoño en mi espíritu, sin dejar, por supuesto, de ser arroyano. Mi trabajo, mis discípulos, mis amistades, habían llegado a interesarme de tal modo que me hubiese sentido capaz de crear una nueva teoría del patriotismo para asegurar mi derecho a quedarme allí entre aquellas buenas gentes durante toda mi vida.

Mi preocupación llegó a ser muy grande cuando me di cuenta que la teoría de mi amigo, el concepto del patriotismo que a tantas discusiones había dado motivo entre él y yo, se había generalizado. Todo Yabucoa sabía de la frase aterradora que algún día habría de ser obstáculo para que yo continuase viviendo en aquel pueblo de mis dulces recuerdos de juventud.

La teoría era equivocada, no había duda. De eso estaba plenamente convencido. En mi escuela se educaban los yabucoños del porvenir. Yo podía llevar a sus almas mis ideas que eran más amplias y garantizar de ese modo mi propio interés. ¡Egoísmo humano! Un día afronté la situación.

— Niños, —dije. Vamos a hablar hoy de nuestro pueblo, de nuestros hombres. La clase debe expresar, como siempre, sus ideas con absoluta sinceridad.

— ¿ Dónde naciste, Juan ?

— En Yabucoa.

— ¿ Dónde tú, María ?

— En Yabucoa.

— ¿ Qué sois vosotros, los nacidos en Yabucoa ?

Toda la clase levanta la mano. Hay alegría en los semblantes. La contestación es general.

— Yabucoños,— dicen todas las voces.

— Yabucoños,— repito. — ¡ Qué bueno es ser yabucoño ! ¿ Queréis mucho a Yabucoa ?

— Sí, contestan todos.

— Yo también lo quiero mucho. Es mi pueblo.

La clase me mira con curiosidad. Las caritas de los niños se han puesto serias. Parece que preguntan: ¿ Usted de Yabucoa ? ¿ Usted de Yabucoa ? Sin duda estos niños saben también del « Yabucoa para los yabucoños. »

— A ver, Anita, quiero que me digas si soy de Yabucoa.

Anita ingenuamente contesta:

— Usted no. Usted es de Arroyo.

— ¿ Y por qué no soy de Yabucoa ?

Luis levanta la mano y se anticipa a Anita:

— Porque usted no ha nacido en este pueblo.

Permito que la clase toda me dé su opinión.

Felipe piensa del mismo modo que Luis. Josefina también. También Paquito.

Antes de enseñar, quiero saber hasta dónde alcanza el conocimiento de los niños; quiero saber el sentido de sus palabras e insisto:

— ¿ Es tu papá yabucoño, Juanita ?

— No. Mi papá es de España.

— ¿ Y el tuyo, María ?

— El mío es de Luquillo.

— ¿ Y el tuyo, Borinquen ?

— El mío es de San Juan.

— Contestáis así, porque no sabéis que yo soy tan yabucoño como cualquiera de vosotros. Que vuestros padres, nacidos en otros sitios son también yabucoños.

— ¿Cómo? ¿Sin haber nacido aquí? — pregunta Isaura.

— No, dice Manuel.

Y Jeronimito añade: — No puede ser.

— Puede ser y os lo voy a explicar, dígoles. Yabucoño es el que ha nacido en Yabucoa, el que aquí vive y por el progreso del pueblo trabaja, el que aquí ha hecho su hogar y se ha dispuesto a permanecer entre los yabucoños; a todos les une un mismo interés. Todos ansían el bien de la comunidad. Todos son yabucoños.

— ¿Entonces usted?

— Soy de Yabucoa.

— ¿Y papá?

— También.

Yabucoa es todos nosotros. Todos hemos de hacerlo grande, bueno, rico, fuerte. Yabucoa debiera ser el mejor pueblo del mundo. Vamos a empeñarnos en ello. ¿Queréis vosotros?

— Sí, dicen los niños.

— Hay que tener espíritu amplio para aceptar como yabucoños a todos los que de otros pueblos vienen a trabajar por Yabucoa. ¿No creéis que estoy trabajando más por el progreso del pueblo que muchos yabucoños que andan por ahí?

Hay un silencio en la clase que permite oír el más leve ruido. Los niños están dispuestos a

atender y yo me dispongo a continuar hablando sencillamente hasta convencerlos del equivocado patriotismo de mi amigo. Ellos saben del « Yabucoa para los yabucoeños. »

— Tú, Ángel, ¿ sabes que tu papá vino joven a este pueblo y que aquí ha vivido toda su vida laboriosa ? ¿ Vas a negarle a tu padre, tú que eres nacido aquí, el derecho a que él también se llame yabucoeño ?

Ángel me mira con sus grandes ojos claros que ahora ven más claramente la cuestión.

— Anita, tú has visto a tu papá ocupado siempre en enseñar a los niños de Yabucoa. Esta labor es muy útil para tu pueblo. ¿ No es tu papá un yabucoeño también ?

Ana guarda silencio. Un silencio que es una afirmación.

— El derecho que concedéis aquí al que viene de otros pueblos lo adquirís también cuando salís de Yabucoa. Y el mundo es más que Yabucoa, de modo que sois vosotros los que más ganáis.

Yabucoa para los yabucoeños, pero son yabucoeños todos los que aquí vienen a luchar, a trabajar, a convivir con vosotros. Yo que he venido de Arroyo soy ya yabucoeño. El maestro que os enseña inglés, que ha venido de América, es ya yabucoeño; tu padre que vino de España es yabucoeño. Y el pueblo es de todos los que estamos obligados a él y todos tenemos derecho en él.

Preguntas. Más preguntas. Convencimiento. Aquel día los niños aprendieron una lección necesaria.

« Yabucoa es de todos, pero el mundo es nuestro », pensarían. Puerto Rico, España, América, el mundo. Abierto nuestro pueblo a todos los hombres, para que todos los pueblos estén abiertos a nuestra ambición.

— ¡ Señor maestro ! ¡ Señor maestro ! Ya sé que predica usted teorías con las cuales no puedo estar conforme. Mire usted que el pueblo piensa como yo. Usted nos provoca.

Así me dijo mi buen amigo, del que ya hemos hablado cuando me encontró por primera vez en la calle, después de la lección del pueblo, como la llamaran los niños.

— No es así, amigo mío —díjele. El pueblo tiene una acogida cordial para los que vienen a trabajar por el pueblo.

— Pero el sentimiento existe.

— No existe. Y si existe ahora, no existirá después.

— Eso es problemático.

— Eso es inevitable. El progreso está contra su teoría. Entre Maunabo y Yabucoa hay hoy un mal camino por el que pasan con dificultad los caballos. Ya tendremos una amplia carretera que hará más frecuentes las relaciones entre los dos pueblos y contribuirá a levantar el espíritu de fraternidad. No es posible que en Puerto Rico nuestros pueblos ahonden las pequeñas divisiones injustificadas en que pierden su tiempo en vez de fomentar el sentimiento de la fraternidad que

debiera unirlos. Yabucoa para los yabucoëños es Caguas para los cagueños, Mayagüez para los mayagüezanos. Es un concepto falso del patriotismo que conduce al aislamiento. El aislamiento es muerte.

— No intente convencerme,— dice mi amigo con visibles muestras de disgusto.

— No lo intento, respondo. Somos parte de un pueblo que practica distinta teoría.

— No; está usted en un error. América para los americanos,— afirma mi amigo.

— Pero pueden ser americanos todos los hombres de todas las patrias. Su territorio está abierto al mundo. Por eso su vida es grande. En poco tiempo, relativamente, se ha convertido en el primer pueblo de la tierra. Su alto espíritu de fraternidad que asegura la cooperación de todos los hombres es causa de su éxito. Yabucoa para los yabucoëños, pero que puedan ser yabucoëños todos los puertorriqueños. Puerto Rico para los puertorriqueños, pero que puedan serlo todos los hombres.

Mi amigo no se convence y yo continúo:

¡ Ojalá que viniesen a nuestra isla hombres del exterior ! El americano continental, con su maravilloso afán de progreso, el español que enseña la lección de la laboriosidad, el inglés con su seriedad característica, el francés con su admirable buen humor, el suizo con su indiscutible habilidad industrial y formaremos todos aquí una comunidad enérgica, laboriosa, culta, que tuviese las virtudes de todos los pueblos y mirase al porvenir sin temores, sin odios, sin prejuicios. . . .

El mundo también sería nuestro y nos acostumbraríamos a mirarlo como nuestro, rota la muralla que del resto de los hombres nos separa. Por mucho que dé Puerto Rico en su asociación con América, más puede dar América. Más puede dar el mundo. Hay que mirar fraternalmente a todos los hombres.

Verá usted el progreso, en su rápido avance, cómo contribuirá a esta obra de solidaridad. Ir a San Juan era, hace unos años, un esfuerzo extraordinario. Malos caminos y malos vehículos. Un día no era suficiente para ir. Hoy es cuestión de horas con la carretera y con los automóviles. Se va a Estados Unidos en cinco días. Malos vapores hacen la travesía entre la isla y el continente, pero los habrá buenos después e iremos en tres, acaso en dos días. Y está cerca ya la época del aeroplano que permitirá que vayamos a Nueva York en el tiempo que empleamos ahora para ir desde Yabucoa a San Juan. El mundo se unirá. Esa es la tendencia de los hombres. Su teoría está contra ese movimiento de unión, de solidaridad, de armonía.

— Que no me convence usted.

Mi amigo repite esta frase varias veces, pero falta en su espíritu la convicción con que en otras ocasiones me hablaba.

— Que no me convence usted.

— No lo pretendo, amigo mío; ha vivido usted su vida; ya nos mira hoy desde la cumbre de su dichosa vejez, que es luz y bondad, y debe ser también afán de armonía y espíritu de fraternidad.

Pero déjeme convencer a los niños, déjeme predicarles una teoría más amplia y más hermosa. Hay que tener la visión de las cosas que vienen. Yabucoa es de todos.

LOS QUE SE VAN

(En el vapor Ponce)

He conocido en este viaje a muchos jóvenes que van a los Estados Unidos en busca de porvenir. Son jóvenes de nuestras escuelas públicas. Uno de ellos ostenta el diploma de « High School », otros son graduados de octavo grado. El más joven de todos, abandonó la escuela cuando cursaba el séptimo grado. Su hermano le llama y acude al llamamiento con un inmenso entusiasmo por probar fortuna.

Todos son muchachos de catorce a veinte años, robustos, animosos, inteligentes, todos hablan español e inglés. Son el producto de nuestras escuelas y se diferencian de nosotros a esa edad en el afán que tienen de buscar donde quiera su porvenir. Nosotros nos quedábamos en nuestras casas y cuando queríamos excusarnos porque ya estábamos en época de trabajo y no lo hacíamos, en el acto invocábamos el nombre de la patria. ¡ Tan hermosa ! ¡ Tan querida ! ¡ Cómo abandonarla ?

Patriotismo negativo el nuestro, simple pretexto para no actuar. ¡ Cómo contrasta con este patriotismo sano y fuerte de estos jóvenes que abandonan hoy a Puerto Rico, llevándolo en su corazón para honrarlo y dignificarlo con sus luchas, sus trabajos y sus sacrificios ! Patriotismo positivo el de estos jóvenes alegres y decididos, cuyas historias, que ellos me han contado buenamente, son motivos de

inspiración para quién tiene interés en el porvenir de nuestra isla.

El más joven de todos, Luis Vázquez, dice que su hermano mayor trabaja en una fábrica de discos de Connecticut y le tiene conseguida una colocación. Él ha economizado para el pasaje. Cuando ambos estén en los Estados Unidos podrán llevarse a su madre. Ese es su ideal.

Yo le pregunto: — ¿Qué sabe usted hacer? — Y él responde: — Lo sé todo. Es decir, me dispongo a hacerlo todo. El trabajo no deshonra.

— ¿Ha trabajado usted antes? — Sí, para economizar dinero para el viaje. Trabajé en Ponce, mi pueblo. El trabajo no me asusta.

Casi todos los jóvenes que van en este vapor no saben qué van a hacer. Les anima un verdadero espíritu aventurero. Ellos saben que Nueva York es sitio de actividad donde otros jóvenes de Puerto Rico han encontrado trabajo, y allá van ellos también. Uno de Aibonito, de nombre José Reguera, no lleva consigo ni siquiera una carta de recomendación. Me ha dicho que buscó trabajo en Puerto Rico y no encontró ninguna puerta abierta. Espera tener mejor suerte en los Estados Unidos. Otro va porque lo invita un amigo que ya ha triunfado en la populosa ciudad, pero no sabe si la ayuda que le ha prometido es una colocación. — Él dice que es fácil conseguir colocación cuando se conoce español e inglés. Yo no sé mucho inglés — me dice — porque en San Germán no hay oportunidades de practicarlo, pero me voy, ¡ qué caramba ! ¡ Dios me protegerá !

— Uno de los jóvenes más dispuestos que viene en este vapor es Victor Hernández. Es de San Juan, graduado de la « Central Grammar. » Representa una casa francesa que vende aceites y otros productos.

— Yo estoy ya en los Estados Unidos — me informa. — Mi padre murió hace poco y debo ayudar a mi madre y a mis hermanitos. A uno de ellos me propongo pagarle la carrera. Quiere ser médico.

Hay cuatro jóvenes a quienes no he conocido. Armando Vázquez, Aurelio Colón, José Cuyás y Julio Alviso.

Los que vienen « asegurados » son Emilio Díaz, que está colocado con la « National Biscuit Company. » Es taquígrafo y ha trabajado en distintas oficinas de San Juan; y Francisco Agrait, que va a Ohio, con la « Miller Rubber Company. » El graduado de « High School » es de Caguas y se llama Manuel Velázquez. Va a estudiar a Morgantown, West Virginia. Me informa que la Universidad de West Virginia no cobra derecho de matrícula a los estudiantes puertorriqueños y él vá a aprovecharse de este privilegio. Mientras se inaugura el próximo curso permanecerá en Nueva York y buscará trabajo. A menudo cambio impresiones con estos jóvenes. Nos reunimos en el salón y hablamos de cien asuntos diferentes. Lo que más me llama la atención en ellos es su alegría, una alegría, comunicativa que Dios quiera conserven siempre y su deseo de trabajar. Al peor rincón del mundo iría yo, — ha dicho uno, — en busca de trabajo.

El trabajo es la dicha de la vida.

Al tercer día de viaje Hernández se me acerca con una información interesante: —Acaban de encontrar a un joven que ha venido sin tener pasaje. A estos valientes que vienen en esta forma, dispuestos a sufrir, a ser castigados severamente si se les encuentra, se les llama « colados ».

Voy a ver al « colado » en seguida. Es un muchacho de diez y nueve años de edad, natural de Aguadilla. Se llame Luis Peña. El sobrecargo le interroga con cara de pocos amigos. Yo aguardo unos minutos para hacerle solamente unas preguntas. Él me entera después que tiene un diploma de octavo grado, que ha hecho ESO porque está ansioso de trabajar, que solamente tiene cuatro dólares en el bolsillo y que su familia no sabe nada.

Da pena verle con su cara afligida junto a la puerta de la oficina del sobrecargo en la incertidumbre de lo que van a hacer con él. Pronto ha empezado a sufrir este bravo mozo que se arriesga a tantas cosas desagradables. Dios sabe si es un futuro vencido,— he pensado — que ha de retornar al lar nativo con la angustia del fracaso en el corazón o si es un vencedor que, pensando en su éxito, ve fáciles todos los caminos y encuentra pequeñas todas las dificultades.

He pensado además que haría mucho bien en Puerto Rico una sociedad que cuidase de estos jóvenes que necesitan salir del país aunque solamente les proporcionase la ayuda del pasaje y lo

que han menester para estar unas cuantas semanas en Nueva York.

Vale la pena iniciar un movimiento en este sentido. Hay muchos jóvenes en Puerto Rico que no hacen nada y que en Nueva York encontrarían en seguida trabajo.

Cuando un poco más tarde veo al sobrecargo para interesarle en favor del joven Peña, me informa que el día antes los marineros encontraron dos jóvenes más ocultos en la bodega: Celestino Rivera, de Corozal, y Luis Irizarry, de Adjuntas. Y me informa, además, que esto viene ocurriendo desde hace tiempo y que la Compañía se ve obligada a proceder con toda severidad para impedir que continúe. El sobrecargo me informa también que todos los vapores que salen de Puerto Rico llevan un buen número de jóvenes puertorriqueños que van a trabajar a Estados Unidos. Me propongo investigar esto. Sé que hay en Nueva York más de quince mil puertorriqueños, que el número aumenta constantemente, que la posesión de dos idiomas da a nuestra juventud brillantes oportunidades. . . . Sé que tenemos buen nombre en América, gracias a los elementos que han ido allá a trabajar y que debiéramos, en Puerto Rico, ocuparnos de hacer algo por esta juventud que sale, aunque sólo sea la estadística. . . . Saber cuántos jóvenes están luchando fuera de Puerto Rico, por Puerto Rico, que al fin y al cabo todo esfuerzo del individuo por mejorar su condición, resulta siempre en beneficio de la patria.

¿Cómo debemos mirar esta emigración en Puerto Rico?

En mi concepto, con absoluta simpatía. Nuestra población es numerosa. Aunque nuestra agricultura, nuestras industrias y nuestro comercio progresan y brindan a la juventud nuevas oportunidades, lo cierto es que hay diez jóvenes por cada oportunidad que se presenta. Los que nada obtienen en la Isla diminuta piensan en seguida en la nación con la cual está asociada. Saben los dos principales idiomas del continente. El momento es de mutuas simpatías, de relaciones cordiales entre las dos Américas y Puerto Rico es el único pueblo bilingüe, cuya juventud está preparada para servir de intermediaria. Fácilmente obtienen colocaciones nuestros jóvenes.

Estos jóvenes que abandonan nuestras playas, en cualquier forma en que resuelvan su futuro, hacen bien a Puerto Rico. Si vuelven a la isla traerán la experiencia que da la vida en un país grande, sabrán mirar las cosas desde puntos de vista más amplios.

Si se quedan en los Estados Unidos pensarán siempre en su isla y tendrán mil ocasiones para ayudarla y servirla.

Conozco a un prominente puertorriqueño que reside en Nueva York desde joven, que es como un Cónsul para todo paisano que llega. Es jefe del departamento español de una importante casa y ha colocado en ella a muchos jóvenes puertorriqueños. Cuando no tiene nada que ofrecer, busca en

otros sitios hasta conseguir. Es una bendición para los jóvenes que van a visitarlo.

Necesitamos muchos puertorriqueños que triunfen en los Estados Unidos. Que triunfen en todos los campos de actividad y que hagan política.

Yo tengo fe en que haciendo política triunfarán también, y la política en campo adonde se puede llegar lejos.

!Si algún día viéramos a alguno de nuestros jóvenes o a alguno de sus hijos Representante, Senador, Presidente de los Estados Unidos! Los antecesores de Roosevelt eran holandeses. Sin duda no soñarían nunca con que un joven de su familia iba a dirigir los destinos de la primera entre las naciones del mundo.

Siempre he mirado con tristeza las emigraciones que han salido de Puerto Rico porque los emigrantes han sido gente sin preparación, enferma, vencida de antemano, que sale de la tierra porque la empujan el hambre y la necesidad.

Pero a esta juventud fuerte, dispuesta, inteligente, que sale voluntariamente, confiada en sí misma, con el propósito firme de abrirse paso; a esta juventud hay que mirarla con alegría. Va a vencer, llega a su propia casa con magníficas armas para la lucha. Tiene los bríos, el entusiasmo, la energía combativa, la preparación, que son imprescindibles para acometer cualquier empresa.

Dios la ayude. El pensamiento que vive en el corazón del hombre se realiza si se le fortalece constantemente con el fuego de la fe.—A pensar

algo que valga la pena — he dicho a estos jóvenes y a conseguirlo. Nada es imposible si se tiene fe en el éxito, y el trabajo es, después de todo, la dicha de la vida.

El último día de viaje, ya frente a las costas americanas, hemos vuelto a ver a los tres « colados ». Ellos han trabajado durante la travesía, a pesar del mareo, obligados por los oficiales del barco, que han extremado su rigor en esta ocasión. « ¡ Hay que corregir esta costumbre ! », me ha dicho uno, indignado.

Tiene razón el oficial pero son de nuestra tierra y los miramos con ojos de inmensa piedad.

Son unos héroes. Uno lleva cuatro dólares, otro siete, y otro uno. Vamos a iniciar una colecta para ellos.

La idea es acogida con entusiasmo. A los pocos minutos podemos poner en sus bolsillos unos cuantos dólares. Digo en sus bolsillos porque sus manos están atadas con esposas en estas últimas horas del viaje.

¡ La dicha del trabajo ! . . .

Pasarán los años; acaso estos « colados » van a triunfar en Nueva York, la ciudad de las grandes oportunidades. Acaso alguno de ellos pueda decir más tarde: — Yo era tan pobre que tuve que irme « colado » desde Puerto Rico. ¡ Cuánto sufrí ! Pero en el triunfo el recuerdo del sufrimiento es alegría. —

— ¡ Y quién llama pobre al hombre que tiene juventud ?

EN NUEVA YORK

Para Francisco Vizcarrondo.

— ¡Quince mil puertorriqueños en Nueva York ! La cifra me parece algo exagerada, —dije a mi amigo.

— No crea usted. He oído decir que somos treinta y ocho mil y no lo he dudado. Viva usted aquí algún tiempo y se dará cuenta de que somos una colonia numerosa pero desorganizada. Hay más de treinta mil portorriqueños, pero todavía no ha habido entre nosotros uno que nos sume a todos en una organización fuerte, poderosa, que pueda realizar obras de conveniencia general. Podríamos tener un club, podríamos tener un fondo de reserva para ayudar a los puertorriqueños en desgracia, una oficina para colocar a los jóvenes que llegan de la isla, para hacer propaganda en favor de nuestros productos, para publicar un periódico. Suponga usted que somos veinte mil. Una cuota mensual de un dólar pondría en manos de la sociedad una suma regular de dinero con la cual es posible hacer muchas cosas.

— El espíritu de desunión nos mata — he dicho con tristeza.

— Es verdad. Ustedes en la isla están desunidos. El momento exigía ahora, más que nunca, una sólida unión de todos los puertorriqueños; y, sin embargo, no se han unido ustedes. Nosotros aquí seguiremos el ejemplo de allá.

— Doloroso es.

— Lamentable.

Guardamos silencio durante breves minutos. Pensamos en la isla distante cuya suerte nos interesa. Mi amigo vive en Nueva York desde hace algunos años y a fuerza de lucha y sacrificios empieza ahora a gozar de las delicias del triunfo.

— Hay aquí en la gran ciudad abogados, médicos, ingenieros, comerciantes, fabricantes, dependientes, oficinistas, mozos de hotel, *chauffeurs*, obreros puertorriqueños. Puerto Rico está representado en todos los campos de actividad.

— Es verdad, afirmo yo que he podido comprobarlo en los pocos días que he pasado en Nueva York.

Sabía desde antes que habían triunfado lisonjeramente en el comercio Miguel Hernández y Rafael Delgado; que los doctores Henna, López Antongiorgi, Ruíz Arnau y Suárez habían logrado acreditarse en el ejercicio de su noble profesión; que Jorge Domínguez, Frank Martínez y Rafael Cintrón se abrían paso en la abogacía; que algunos maestros de Puerto Rico encontraban buenas oportunidades en el Continente, enseñando español en colegios y universidades; que en las oficinas comerciales trabajaban jóvenes de Puerto Rico. No podía suponerme que eran tantos los puertorriqueños que vivían en la gran urbe americana.

He dicho a mi amigo algunas de mis experiencias. En el « Hotel Astor » un mozo puertorriqueño nos atiende. Piensa volver a la isla cuando sus

economías le permitan una vida desahogada. Quiere luchar en Nueva York, donde nadie conoce a nadie. Cuando ve a un puertorriqueño se descubre, se da a conocer. Él también es puertorriqueño y desea saber de la tierra lejana y querida. Una noticia es una obra de caridad.

En la oficina del doctor Watchel, encontré a una joven mayagüezana, joven y bella, que lleva muchos años en América.— He llorado mucho con la desgracia de Mayagüez — me ha dicho.— Vine muy niña a este país, pero siempre recuerdo al mío con cariño. No se puede olvidar el lugar en que se nace.

En el « Irving National Bank », encontré a Eugenio Delgado, antiguo funcionario del gobierno municipal de San Juan, y a Frank Martínez, ex-taquígrafo del Senado.

Román Quiñones, puertorriqueño todo actividad, me llamó por teléfono un día para saludarme y anunciarme una visita. Trabaja en una casa puertorriqueña que dirige Rafael Delgado, antiguo Delegado a la Cámara, cuyas oficinas están en « Church Street ».— Hago propaganda en favor de los productos puertorriqueños — me dice. Un éxito.

Paseando por Broadway encontré un día a Pablo Defendini y a José Cebollero, dos jóvenes maestros, admirablemente preparados para la lucha por la vida; a Fido Franceschi, compañero de mis primeras luchas en el magisterio; a Hirán Agrait, ex-oficial de la reserva; al Dr. Ramos, cuya pericia médica llegó al continente, donde se busca todo lo que brilla.

He visto a Rafael Dávila, de Yabucoa, colocado en el *Literary Digest*; a José Luis Cintrón y a Esteban Ramírez, que trabajan con Answenk, en Wall Street. ¡ Con qué orgullo me he enterado que se tiene de nuestra juventud el más alto concepto, que se les prefiere en todos los sitios !

Mi amigo me informa: — La calle 116 es una calle puertorriqueña. ¡ Vivimos allí tantos y tantos ! Se oye a veces más español que inglés. Pase usted por la calle, y nada de extraño tiene que oiga una danza de Puerto Rico.

— Casi todos los días encuentro a algún puertorriqueño — he dicho.

— A veces, al tropezar con un tipo latino por las calles o en algún sitio de diversión, me pregunto: ¿ puertorriqueño ?, ¿ guatemalteco ?, ¿ cubano ?, ¿ venezolano ? Nos parecemos todos en el físico. Bastan, sin embargo, unas cuantas palabras para denunciar la procedencia. Nuestra pronunciación es inconfundible.

— He tenido también esa experiencia.

— Un día encontré a Guillermo Riefkohl; a Fernando Montilla, por la tarde; a Joaquín Berríos, por la noche. . . .

— ¿ Quiere usted ver muchos puertorriqueños juntos ? Vaya a la « National Biscuit Company. » Pasan de cuatrocientos los que allí trabajan.

Yo sabía esto ya. A los pocos días de estar en Nueva York, vino a visitarme un joven estudiante de medicina, hijo de un estimado amigo mío, que me lo había recomendado. Su alegre semblante,

su conversación agradable, su entusiasmo por Nueva York y su interés por Puerto Rico, me cautivaron en seguida.

— He escrito a mi padre informándole que no necesito dinero durante los meses de vacaciones. Estoy trabajando — me dice.

— ¿ Dónde ?

— En la « National Biscuit Company. » Refugio de puertorriqueños y de estudiantes. Somos un ejército de puertorriqueños.

— Y ¿ qué hace usted allí ?

— Hago galletas. No se asuste. Es una gran experiencia. Estoy viviendo la vida del obrero.

— ¿ Cuánto gana ?

— Diez y ocho dólares semanales. El salario es regular para un obrero inexperto como yo.

— Pues hay que felicitar al futuro médico que hace ahora galletas. Voy a dar esta buena impresión a su papá y a su país.

El joven me ha contestado en el acto: — Los padres, aunque tengan buena posición económica, debieran dejar que sus hijos adquiriesen esta experiencia. Es preparación para la vida.

Este joven me informa que hay en Nueva York familias puertorriqueñas que viven admirablemente, gracias al esfuerzo que realizan todos sus miembros. La madre cuida del hogar, y el padre, los hijos y las hijas salen temprano por la mañana para ocupar sus sitios en oficinas y fábricas.

Al terminar la semana, reúnen ochenta, cien dólares. ¡ A vivir ! ¡ A gozar !

Mi amigo añade:— Y a economizar también. Aquí no hay más remedio que economizar. Aunque las tentaciones para gastar el dinero son grandes, hay que pensar siempre en el invierno. El ahorro es inevitable.

Hacemos una pausa. Ambos tratamos de recordar nuevos detalles de la vida puertorriqueña en Nueva York.

Hablamos de Gonzalo O'Neill, triunfador en la casa de Johnson, alma grande, corazón generoso, eternamente preocupado de las cosas de Puerto Rico. Hablamos de Manuel Argüeso, humacaño distinguidísimo, cuyo brillante éxito demuestra gran inteligencia y gran voluntad.

Hablamos de Maximiliano Avilés, añasqueño de prestigio, cuyo libro, « Fuerza de Acción », debieran leer nuestros jóvenes.

Hablamos de Antonio León, fabricante de cigarros, luchador, optimista, que camina viento en popa, hacia el éxito; de José Padín, jefe del departamento español de la casa de Heath, cuyo nombre empieza a sonar en la prensa neoyorquina por la maestría con que escribe en inglés; de Luis Felipe Iglesias, de cuya actividad y visión mercantil me hacen grandes elogios; de Miguel Ortiz, de Oscar Díaz, de Francisco Fulladosa, de Manuel Mandri; de todos los jóvenes que conocemos, cuyas vidas se desenvuelven con éxito en la gran ciudad y en cuyos corazones está vivo siempre el amor a la isla que les viera nacer. Ellos saben que su deber es levantar, prestigiar su nombre en el Continente.

— La mujer tiene también una brillante representación en nuestra colonia. Hay muchas puertorriqueñas, trabajando de taquígrafas, oficinistas, dependientes, maestras,— afirma mi amigo.

— Son las escuelas de Puerto Rico las que triunfan,— digo entusiasmado. —¡ Benditas escuelas ! Hay que atenderlas bien. Que enseñen español e inglés. Esa es nuestra gran fuerza. Que no se descuide nunca ese trabajo.

Momentos antes de embarcar para Puerto Rico reanudamos nuestra conversación mi amigo y yo. El muelle es un hormiguero humano. El vapor sale a las doce, pero las que hemos de ausentarnos para la isla anticipamos nuestra venida al barco, creyendo, sin duda, que el tráfico de Nueva York podría impedirnos llegar a tiempo. A despedir a los que se embarcan vienen muchos de la colonia puertorriqueña. Allí ví a Ruíz Arnau, a Vicente Balbás, a Castro López, a Francisco Ortiz, a Abelardo González, a Florencio Santiago, a Alfredo González. . . . Allí ví a muchos puertorriqueños a quienes no conozco.

— Casi siempre vengo a este sitio cuando sale algún vapor para Puerto Rico — dice mi amigo. Aquí encuentro a otros y a otros que vienen quizás con el mismo propósito. Yo no vengo a despedir a nadie. Vengo a gozar este momento de vida puertorriqueña en Nueva York. Vengo a despedir a todos los que se van.

Luego, después de un silencio que dura algunos

segundos, añade: —Han graduado ustedes este año en las escuelas superiores de la isla más de trescientos jóvenes. Lo he leído en un periódico. Si allí no encuentran porvenir, que vengan a América. Aquí hay campo para todos. Aconséjelo usted.

Cuando nos despedimos, mientras sujeto sus manos para alargar el último momento, oigo estas nobles palabras, pronunciadas con honda emoción: — ¡ Nueva York y Puerto Rico ! Quiero a esta ciudad que me ha comunicado el secreto de los que en ella triunfan. Quiero a Puerto Rico que me atrae como si de mi corazón tirase un hilo misterioso. ¡ Nueva York y Puerto Rico ! ¡ Qué remedio ! Ambas están unidas en mi pensamiento !

HABLANDO DE NUEVA YORK

— Para C. V. Urrutia.

— Sí, amigo mío, esta ciudad es un prodigio. ¿Sabe usted cuantos forasteros la visitan? 350,000 todos los días. En 1833 un periódico de Nueva York hablaba del « crecido » número de visitantes que llegaban a la ciudad. ¡Eran solamente cincuenta y cuatro por día!

— ¡Buena diferencia!

— Hay 1600 hoteles. Y ¡qué hoteles! París, Londres, Berlín, no los tienen mejores.

— Estoy en el Pennsylvania. Realmente no es posible pedir más.

— Es un hotel monstruoso. Tiene 2200 habitaciones que ocupan una superficie de dos cuerdas. Veintisiete pisos, veintiseis elevadores. El hotel publica un periódico para sus huéspedes. Es un pequeño mundo donde reina una organización admirable.

— La misma organización que se observa en todas partes. No sería posible la vida sin esta organización. ¡Un hotel con un periódico!

— Sí. Aquí hay periódicos para todo. ¿Sabe usted cuántos periódicos se publican en Nueva York? 1176 entre diarios, semanarios y revistas mensuales. Entre estos hay cuarenta y cuatro que se publican en idiomas extranjeros. Supongo que habrá leído usted *La Prensa* y *La Tribuna*.

— Sí, que los he leído.

— Ningún pueblo del mundo lee tanto como éste.

— Parece que la lectura y el teatro son sus diversiones favoritas.

— Tiene usted razón. Hay en Nueva York 261 teatros.

— Veo que sabe usted mucho de Nueva York.

— ¡ Oh ! Es costumbre nuestra. Yo recuerdo siempre lo que me pasó cuando llegaron los americanos a Puerto Rico. ¿ Cuántas millas de largo tiene la isla ? Yo no sabía contestar. ¿ Cuántos kilómetros hay desde Caguas a Cayey ? ¡ Qué sé yo ! Jamás me había preocupado de esas cosas. Al llegar aquí me he dado cuenta. Este pueblo está bien informado de lo suyo. Acaso no se preocupa mucho de los demás, pero lo suyo lo conoce en sus más mínimos detalles. Yo soy ahora neoyorquino y debo enterarme de las cosas de esta ciudad. Ya puede usted preguntarme.

— Me alegro.

— Mi información es la última.

— Voy a probarlo, si usted me lo permite.

— Con gusto contestaré lo que sepa. Empiece usted.

— ¿Cuál es la población de Nueva York ?

— Se acerca a seis millones. Es una pregunta muy sencilla. ¿ Sabe usted que es la ciudad que más crece ? En 1820 la población era de 152,056. Hace diez años alcanzamos a Londres. Hay más irlandeses que en Dublín y más italianos que en Roma.

— ¿ Cuántos puentes hay entre Nueva York y Brooklyn ?

— Es una pregunta fácil. Quince.

— Escojo aquellos asuntos de los cuales estoy informado. Quiero probar la veracidad de su información.

— Estudio las estadísticas de Gray. Estoy enterado de lo más importante. ¿Sabe usted acaso cuantos abogados hay en Nueva York ?

— 9840 y 6460 médicos y 2532 dentistas.

Me admira su memoria.

— ¡ Bah ! Esto no tiene importancia. Más cosas confiábamos a ella cuando éramos niños de escuela.

— ¿ Cuántas fábricas hay en la ciudad ?

— ¡ Una friolera ! 46,887. Hay 1750 fábricas de ropa hecha para hombres y 7800 para mujeres.

— ¡ Si estos comerciantes visitaran a Puerto Rico ! Acaso se decidieran a instalar sus fábricas de ropa hecha en nuestra isla.

— Allí el jornal es más bajo. Pero, ¿ no sería mejor que el capital de Puerto Rico abriese esas fábricas, seguro como está de este mercado ?

— Sí, pero no hay que hablar de eso. El capital de Puerto Rico no se lanza a la aventura de los nuevos negocios.

— Lo práctico sería producir para este mercado. ¿ Por qué no tienen ustedes una oficina de información en Nueva York ?

— Muchas veces he pensado en esto. Somos apáticos. Somos indiferentes.

— Lo esperamos todo del gobierno. Es un mal.

— Y, dígame usted, amigo mío, ¿ cuál es el presupuesto de Nueva York ?

— En 1919 el gobierno municipal gastó 249 millones. ¡Pensar que esta isla de Manhattan donde ha amontonado el hombre tanta riqueza se vendió por la suma de veinticuatro dólares y una botella de whiskey ! Pedro Minuit, el primer gobernador holandés, fué el afortunado comprador. Un siglo después se vendía el pie cuadrado en « Down Town » a peso. Hoy se han pagado \$75,000 por veinticinco metros.

— ¡ Fabuloso ! A tres mil dólares el pie cuadrado.

— La tasación de la ciudad en números redondos es de 8271 millones. Hay mucha propiedad que no paga contribución. El Parque Central, por ejemplo.

— ¡ Qué hermoso es el Parque !

— 843 cuerdas de tierra. Valen mil millones.

— ¡ Estupendo !

— Hay además 198 parques en la ciudad.

— Y ¿ escuelas ? Hace rato que he querido preguntarle sobre el movimiento educativo.

— En 1919 se gastaron más de cuarenta y cinco millones en escuelas. Hay 505 edificios escolares donde enseñan 20,000 maestros. La Universidad de Columbia tiene 22,000 estudiantes. Es la más grande de América.

— Este pueblo se ocupa positivamente de la educación.

— Tendrá un gran amor a las cosas materiales, pero es sin duda alguna, idealista. Le preocupan grandemente las cosas del espíritu. Los domingos, esta enorme masa humana llena las 231 iglesias que hay en la ciudad.

— He podido comprobarlo. ¡ Cuántos hombres religiosos, haciendo activa propaganda en favor de sus ideas ! Encontré hace pocos días a un anciano que me paró en mitad de la calle para regalarme una Biblia.

— Usted aceptó el obsequio.

— Por supuesto.

— « Hay que buscar en la vida la unidad con Dios », díjome. « Es fuente segura de felicidad. » « Creo como usted », le contesté. Y él, animándose de pronto con mis palabras y acercándose me dijo: « El Reino de los Cielos está al alcance de nuestra mano. ¿ Por qué no conseguirlo ? Busque y encontrará. » El hombre me apretaba las manos entusiasmado. « Busco » le decía yo. « Busco ». Él me miró y como si me hubiese conocido de pronto gritóme: « Usted es de los míos. Usted se ha salvado. Pero ayude a salvar a los demás. » El hombre continuó su camino y pronto desapareció entre la inmensa muchedumbre que va constantemente por las aceras de Broadway.

— He pensado muchas veces en este amable viejecito durante mi permanencia en Nueva York, y he creído ver en su afán, el afán de todos porque renazca la fe religiosa y lleve a todas las almas su influencia benéfica y saludable.

— Tiene usted razón. Aquí somos religiosos todos, hasta los indiferentes como yo.

— Y de Puerto Rico en Nueva York, ¿ qué me cuenta usted, amigo mío ?

— Que pronto se dirá de nosotros lo que se dice

de los italianos y de los irlandeses. Hay ya en Nueva York tantos puertorriqueños como en San Juan. Estamos invadiéndolo todo. Familias enteras llegan en los vapores de Puerto Rico y encuentran aquí trabajo y felicidad. Tenemos representación puertorriqueña en todos los campos de actividad. ¿Se enferma usted? Hay médicos puertorriqueños que puedan atenderlo. ¿Tiene usted trastornos en los negocios? Abogados de Puerto Rico se encargarán de su asunto. Hay casas de huéspedes puertorriqueñas. Maestros de Puerto Rico enseñan español en Nueva York y Brooklyn. En Washington hay cuarenta puertorriqueños en el Gobierno Federal. Hay además cuarenta en aduanas y setenta en correos. Cornell tiene un profesor de ingeniería y otro de literatura, nacidos en Puerto Rico. Las universidades de Oklahoma, de Illinois y de Chicago, así como la Academia Naval en Annapolis, tienen profesores puertorriqueños. ¡Triunfantes en todos lados! Me siento más orgulloso que nunca de ser de Puerto Rico.

— Todos eso es producto de nuestra intensa labor de estos últimos años.

— Yo voy a votar este año. No he tenido ninguna dificultad al inscribirme. . . . Y, dígame usted, amigo mío, ¿nuestra ciudadanía americana es acaso inferior a la que tiene el americano del Norte? ¿Es cierto que somos ciudadanos de segunda clase?

— Yo no hubiese aceptado una ciudadanía inferior. Somos iguales. Nuestra ciudadanía es la misma.

— Yo no he tenido dificultad en inscribirme. Tampoco mi esposa.

— Examine usted los derechos y los deberes de los ciudadanos americanos de la Isla y del Continente en Puerto Rico, en Estados Unidos, en el extranjero y llegará a la conclusión de la igualdad de nuestra ciudadanía.

— En el extranjero ambos tenemos derecho a la misma protección. En Puerto Rico Mr. Yager puede hacer lo que yo hago en mi condición de ciudadano nativo. Ni tengo privilegios sobre él ni los tiene él sobre mí.

Si fuésemos él y yo a vivir a su estado, una vez adquirida la residencia del estado, iguales también seríamos él y yo. No hay privilegios para ningunos. Iguales derechos para todos.

— ¿Sabe usted lo de Domingo Collazo ?

— No.

— Es candidato a la Cámara de Representantes de los Estados Unidos por uno de los distritos de Nueva York.

— Ya ve usted. Es ciudadanía que puede llevarnos a todos los sitios.

LA PALABRA DE DIOS

— Para Gertrude F. Liggett.

Tengo un par de muchachitos traviosos que se esfuerzan todo lo posible por hacerme la vida agradable, a su manera.

Son dos preguntones revoltosos, dos alteradores de la paz pública,— digamos mejor — de la paz del hogar, que es el centro de sus actividades.

Entre sus actividades que son muchas, hay maldades de todos calibres.— Inocentadas,— digo a la mamá para oírla rabiarse de vez en cuando. — ¿ Inocentadas ? ! Sigue riendo esas gracias y verás más tarde ! Estas palabras, dichas muy seriamente, me harían temblar si no supiera que estas travesuras infantiles son la cosa más natural del mundo. Señales de vida, de vida exhuberante que no sabe manifestarse de otro modo. Mis traviosos muchachos me dan mucho que hacer, pero ¡ cuidado que me hacen gozar el placer del vivir !

Al llegar hoy a mi casa los muchachos no salen a recibirme. No es esa su costumbre. Generalmente me esperan en el balcón y, al verme, sus gritos llegan al cielo. ¡ Papá ! ¡ Papá ! Y se agarran a mi cuello y se disputan la gloria de darme el mayor número de besos. ¡ Dichosa edad la de ellos ! ¡ Vida dichosa esta vida si sabemos prepararnos en la ciencia de gozarla ! ! Cuántos pequeños detalles de la vida hacen nuestra felicidad si sabemos apreciarlos !

Pronto averiguo dónde están mis muchachitos. Un grito interminable de locomotora me da a conocer en seguida el sitio donde he de encontrarlos. ¡ Piiiiih ! ¡ Piiiiih ! Sin duda andan por los bellos países que la imaginación infantil sabe crear y van solos, solos, como dos grandes expertos que no necesitan el concurso de nadie. ¡ Piiiiih ! dicen a un tiempo. ¿ Dónde están ? ¿ A dónde van ? Ellos lo saben. Al llegar yo a mi biblioteca los sorprendo en la más atrevida de sus maldades. A ellos no les interesa mi presencia en ese momento. Han cogido cuantos libros han sido necesarios y han contruido un tren, un largo tren que camina en su imaginación con una rapidez vertiginosa. Cada libro es un wagón. Y el libro más grande que encontraron — mi Biblia — es la locomotora. Junto a ella está el mayorcito, silba que silba, viajando por países de quimera. Su hermanito está en el último wagón empujando el tren, afanoso, entusiasmado. ¿ Para qué interrumpirles en ese momento ? Ellos no han hecho caso de mí. Interrumpirles es destruirles su juego. No lo hago. . . .

Cuando terminan su viaje vienen donde mí y me besan cariñosamente.

Entonces les hablo seriamente.

— Los libros no son para jugar.

— ¿ No ? — dice el más pequeño.

— No son libros, son wagones, — corrige el mayorcito.

— Los libros son para leer.

— Y este libro — dígoles, tomando la Biblia en

mis manos. Este libro no es para jugar. Con este libro no se puede jugar.

— ¿ Por qué ? ¿ Qué tiene ese libro ? — dícneme mis hijos, curiosos por saber el motivo.

— Con este libro no se puede jugar,— repito aún con más énfasis.

— Ustedes lo han colocado en un sitio de honor. En el tren que han construído es la locomotora. De ella depende todo. ¿ Verdad ? En la vida, ya lo sabrán ustedes más tarde, ese libro es como una locomotora, lleva hacia metas ideales a los muchos caminantes que las buscan.

Mis muchachos me miran seriamente.

— ¿ Qué estará diciendo papá ? — dicen sus ojitos. Yo continúo:

— En este libro está la Palabra de Dios.

— ¿ La Palabra de Dios ?

Los dos han recibido la impresión, la honda impresión de esta idea.

— La Palabra de Dios que hablará a ustedes más tarde.

— La Palabra de Dios que es camino seguro de vida.

Mis niños no han comprendido lo que les he dicho, pero cuando entran a mi biblioteca con sus amiguitos y ven la Biblia sobre la mesa, en el acto preguntan con mucho misterio:

— ¿ A que tú no sabes por qué no se puede jugar con ese libro ?

Y ellos mismos contestan:

— En ese libro está la Palabra de Dios.

RECORDANDO

— Para J. C. Morin.

El día primero de agosto de 1898, poco más o menos a las diez de la mañana, llegaron al puerto de Arroyo dos pequeños barcos de guerra. La curiosidad llevó a los habitantes del pintoresco pueblecito hacia la playa. Cuando yo llegué con mi padre, ya había por aquellos sitios un gentío considerable.

Los dos barcos hicieron ancla a bastante distancia de la orilla y en el momento de llegar nosotros, se acercaba a ésta una pequeña lancha protegida por una bandera blanca.

Mi padre, un holandés que había venido a Puerto Rico treinta años antes y quería a Puerto Rico como patria, estaba nervioso, impresionado.

Yo no comprendía entonces lo que significaba aquella nerviosidad, aquella impresión. En la multitud había confianza, serenidad. La lancha se acercaba a tierra, avanzaba magestuosa la bandera blanca sobre las aguas y la multitud se movía también, acercándose al sitio donde adivinaba que iban a desembarcar los marinos. Al fin ponían pie en tierra.

Eran aquellos marinos unos muchachos rubios, de ojos azules; fuertes, ágiles, vigorosos. Obedecían a un oficial de alguna edad que hacía todos los esfuerzos imaginables por agradar a la multitud. El oficial preguntó por las autoridades españolas. Entonces se adelantó, llamado por el cónsul inglés,

el capitán de puerto, un español en cuya faz pálida y en cuyo gesto triste podía adivinarse la inmensa tragedia de su espíritu. Él estaba solo, solo. Hasta la multitud parecía abandonarle en aquel momento y él lo comprendía. Su mirada investigadora paseaba sobre ella clavándose insistentemente en algunos. Su mirada interrogaba, pedía. . . . ¡ Oh ! la tristeza de aquel viejo marino español es una de las cosas que más me ha impresionado en la vida. Cuando el cónsul le tradujo los deseos del oficial americano, se mordió los labios, sus ojos brillaron más vivamente y luego con sencillez, sin jactancia, humilde y heroicamente a un tiempo, dijo: « Un marino español no se rinde nunca. »

El cónsul tradujo.

El oficial americano arguyó; pero este pueblo. Aquí no hay soldados.

El pueblo adivinó. « Ríndase » dijeron muchas voces a un tiempo.

El oficial español ratificó su negativa y el oficial americano le hizo prisionero de guerra.

Después las autoridades militares se dirigieron a la aduana. Sobre ella flotaba la bandera de España. Aquella bandera también estaba triste, como el oficial español. La brisa del mar no la agitaba. Cuando bajó de su altura todos los ojos la miraron con cariño. Recuerdo que volví los ojos a mi padre en aquel momento y él lloraba . . . lloraba como un niño. Dos grandes lágrimas descendían por sus mejillas. Y yo, que estaba alegre, lloré también.

La bandera de las franjas y las estrellas se elevó al espacio por primera vez en mi presencia, sobre tierra puertorriqueña. El cónsul inglés hizo un pequeño discurso de salutación y el pueblo aplaudió.

¿ Por qué yo estaba alegre ?

¿ Por qué lloré ?

Despedí a la bandera que se iba con lágrimas. Tradiciones, recuerdos, alegrías, un idioma que han aprendido mis hijos y que hablarán también los hijos de mis hijos. Para amar, no es necesario odiar. Amarlo todo, amar siempre.

Pero aquella bandera de las franjas ¿ por qué provocaba mi alegría ? Mi alegría juvenil era el presentimiento de las hermosas realidades vividas y gozadas después. Mi tierra libre, su juventud triunfante, iguales oportunidades para todos, las escuelas al alcance de todas las almas, una brillante perspectiva, nuestra vida de pueblo desarrollándose en un amplio ambiente. Lo que hemos visto, lo que estamos viendo, lo que quieren algunos negar acaso para que sea más viva en nuestros espíritus la impresión de la realidad.

— Cada estrella representa un pueblo asociado — nos decía mi padre por la noche, cuando comentábamos el suceso del día. Y añadía: — Hay que aprender inglés, hay que crear lazos espirituales. Estos son los que unen a los pueblos.

Lazos espirituales, lazos espirituales. . . .

El país ha creído, ha dudado, fortalece hoy su esperanza, se deja llevar mañana por su pesimismo.

Pero la luz del gran ideal brilla cada día con más intensidad y llegará a todas las almas y será estrella de Puerto Rico en el firmamento de América.

EL ARBOLITO

— Para mi esposa.

— ¿ Tendremos este año arbolito de Navidad ?

La pregunta me la formula mi hija mayor mostrando en su semblante serios temores de una contestación negativa.

Sus palabras son una evocación de dolorosos recuerdos. La que preparaba el arbolito de Pascuas era la abuela; la buena abuelita que reunía esa noche a todos sus nietos, deseosa de brindarles la oportunidad de la visita de Santa Claus, el nuevo amigo de los niños puertorriqueños.

— Celebre cada cual la fiesta de Reyes en su casa,— decía ella a sus hijos.— Esa noche es de ustedes. La de Pascuas es mía.— Y en su dichoso hogar, reunidos hijos y nietos, esperábamos en la noche de Pascuas la llegada del viejo Santo que hace con sus juguetes la alegría de los niños.

La abuela voló al cielo un día de este año. Hijos y nietos fueron a acompañarla a su última morada con una angustia inmensa en sus espíritus. Y allí, junto a la tumba, mientras lloraban los hijos en la desesperación de la terrible despedida, los nietos observaban, meditaban. Uno de ellos acercándose, mostrando en sus ojos dos gruesos lagrimones, dice: « Papá, ya no tendremos arbolito de Navidad. » La criaturita asocia al espectáculo de la muerte, el recuerdo de las viejas venturas. ¿ Qué contestar a esas palabras en esos momentos que tuvieron

para mí la misma honda tristeza que embargaba el corazón de mi esposa? Incliné la cabeza y dí a mi hija un beso en la frente.

¿Tendremos este año arbolito de Navidad? Junto a mi hija, están sus hermanitos pendientes de mis labios. Yo no debo dilatar una contestación esperada con tanta ansiedad.— Sí, hija mía, tendremos arbolito de Navidad. Y tu abuela gozará desde el cielo con la alegría de sus buenos nietecitos.

En uno de los ángulos de la sala de recibo se levanta el arbolito de Navidad. Por la tarde, han estado adornándolo los mismos niños. « Todo debe estar listo para cuando Santa Claus se anuncie con el ruido de las campanillas de sus carros », ha leído mi hija en algún libro. Y a las siete de la noche, el arbolito está listo. Presenta un aspecto encantador. Mis hijos lo contemplan con orgullo legítimo. Es su obra.

— Papá, yo coloqué las velas — dice el más travieso de mis muchachos, que ha dejado sus travesuras para otros días, temeroso de que Santa Claus le olvide en el reparto de sus juguetes.

— Yo lo he hecho casi todo — afirma mi hija.
— Mamá y yo lo hemos adornado en un momento.

— Yo también puse esto, papá, — dice Juan Alberto, señalando un Santa Claus pequeño que pende de una de las ramas.

— Está el árbol precioso. Y con tanto adorno, ¿ dónde va a colocar Santa Claus los juguetes?

— Aquí — me dice mi hijo indicándome un sitio

donde aparecen unas tarjetas. Todo está dispuesto admirablemente. Los niños muestran inmensos deseos de recibir cuanto antes la visita anunciada.

— Vámonos — dice uno de ellos. — Santa Claus no vendrá hasta que no se prendan las luces. — Los muchachos se van. Una gran satisfacción brilla en sus ojos. La esperanza de grandes regalos les anima. Se van corriendo y gritando.

¡ Ruido de trompetas anunciadoras de la generosa visita; luces brillantes del arbolito de Navidad; juguetes y más juguetes amontonados junto a las tarjetas de los niños, con qué elocuencia habláis a la imaginación infantil ! Mis hijos han llegado locos de entusiasmo. Se han quedado quietos un momento frente al árbol. Una mano invisible ha hermoseedo, sin duda, cuanto hicieron ellos por la tarde. Lo contemplan silenciosamente un breve instante y en el acto se abalanzan hacia los juguetes, colocados artísticamente junto a las tarjetas.

¡ Un auto ! ¡ Un collar ! ¡ Una muñeca ! ¡ Una bola ! Las voces de los niños anuncian los regalos recibidos. Santa Claus ha vaciado una de sus cajas de juguetes en mi hogar. Y hay que oír a las criaturitas en sus alegres comentarios.

— El mejor regalo le ha tocado a ésta — dice mi hijo mayor señalando a su hermanita.

— Sí, pero tú tienes más juguetes que yo — contesta. Santa Claus te quiere más a ti.

— Papá, ¡ mira lo que trae la media de Juan Alberto !

— Lo que más me gusta es mi caja de carpintería.

— Ahora sí que creo en Santa Claus. Bien me lo decía abuelita.

Desde la llegada de los niños el recuerdo de la abuelita, vivo en nuestros espíritus, reproduce las dichosas escenas de otros años. Ella era el alma de estas fiestas. Su espíritu bondadoso gozaba con el gozo ingenuo de los niños. La veíamos jugar como una niña, complacida en vivir por un momento la vida de la infancia.

Las palabras de la nena han hecho que broten al fin unas lágrimas contenidas por un esfuerzo de que sólo las madres son capaces. Y las lágrimas agrupan junto a mi esposa, a mis hijos que se han puesto tristes al recuerdo de la amada ausente. Es un instante nada más. Mi voz se levanta para hablar a los corazones entristecidos: ¿Cuántos juguetes hay? ¿Nadie los ha contado aún? Mis palabras son una llamada a la alegría. Empieza nuevamente la algazara de los muchachos. Uno cuenta: Uno, dos, tres, cuatro, cinco. ¡Tengo cinco juguetes, papá!

Mi hija está aún junto a su madre. No ha contado sus juguetes. Sus diez años la han hecho más consciente de estas duras realidades de la vida.

Yo me acerco a ella:— La vida es eterna, hija mía. Abuelita está gozando en el cielo con esta fiesta de Navidad. Ve a contar tus juguetes.

MIS LIBROS

Unas encantadoras señoritas de San Juan han dado vida al hermoso pensamiento de proporcionar libros a los soldados de Puerto Rico.

La ciudad, como siempre, responde al patriótico movimiento con interés y con entusiasmo. He visitado los distintos kioskos levantados en algunos sitios, y en todos hay grupos de ciudadanos que llevan su generoso tributo.

Yo también, movido por el buen deseo de ayudar y por mi convicción profunda de la utilidad del libro para toda alma anhelosa de caminar hacia adelante, he ido al kiosko más cercano para depositar mis libros en las lindas manos encargadas de recogerlos.

He aquí, lector, lo que me ha ocurrido. Debo decírtelo breve y francamente.

He ido a mi biblioteca. Mis libros se adueñaron de una habitación que se me antoja la mejor de mi casa. Mi esposa pone en ella sus cuidados más exquisitos. Para ella, escogió unos muebles color verde que se destacan admirablemente sobre el pálido amarillo de las paredes. En éstas, algunos cuadros sencillos y los retratos de mis hijos. Cortinas, alfombras, algunas plantas en tiestos elegantes. Sobre todo, libros, muchos libros, en bibliotecas seccionales, marcados todos con un número.

Amo mis libros. Los amo como si fueran seres de mi familia. Ellos me han dado grandes alegrías. A ellos debo el entusiasmo del vivir. Ellos

me consuelan, me entretienen, me hacen sentir las emociones más puras y más nobles, me arrancan lágrimas, me inspiran ideas, me levantan el corazón.

Cuando puedo comprar un libro y enriquecer mi colección siento un íntimo regocijo. Yo mismo corto sus páginas y los marco y los numero. Uno más en la silenciosa familia que dice a mi espíritu tantas cosas a pesar de su silencio.

Al leer mis libros, hago en ellos acotaciones breves, comentarios más o menos interesantes. En muchas páginas encontraréis un « magnífico », un « excelente », un « sublime ». Pienso que alguna vez leerán mis hijos las páginas que he leído y gustarán de encontrar las impresiones que en mi alma produjeron mis lecturas. Huellas de un camino que acaso les interese recorrer.

Los he mirado a todos, lector, en una rápida hojeada de inspección. Busco entre ellos los que pueden ser de mayor utilidad a los soldados.

Están en primer término, descansando para siempre acaso, con sus páginas que el tiempo ha puesto pálidas, tantas veces devoradas por mí en los días de mi primera juventud, las obras de Julio Verne.

¡ Oh, misterioso encanto el de esas páginas que guardan mis emociones de adolescente ! Ellas evocan una vida de dulces y agradables recuerdos; los diez y ocho años dichosos, llenos de pasión y de vida, con sus afanes de amor, de ciencia, de placer, de idealismo. Leer y soñar. Admirar a un héroe novelesco y sentirse capaz de sus mismos

heroísmos. ¡ Cuántas veces pensaba yo que era un hombre perdido en las selvas de una isla misteriosa, o que navegaba sobre una barca con dirección al polo, o en una bala con dirección a la luna. Cuántas veces mi fantasía, avivada por las lecturas del viejo autor francés, soñó con viajes al fondo del mar en un submarino como el del célebre capitán Nemo !

Los cuentos de Andersen me hicieron gozar el placer que proporcionan esas historietas cortas que resumen en unas cuantas páginas los asuntos de mayor interés. Hay en mi biblioteca famosas colecciones de cuentos que describen las más raras aventuras. El cuento francés, sutil, intencionado; el español lleno de maravillosas descripciones; el ruso, sencillo y moral; el inglés, irónico e interesante. Guy de Maupassant con sus bellos cuentos amorosos; la Pardo Bazán, modelo de corrección y de elegancia; Poe, con sus fantásticas narraciones; Balzac, Tolstoi, Wilde, Daudet, favoritos todos de mi espíritu.

¡ Versos, cuántos versos ! Siento mi verso, el verso castellano, que me hace conmovér con la magia de su belleza. Leo otros idiomas, pero jamás he podido gustar poesía que no es la mía, la de mi idioma vernacular. Los viejos clásicos, ! tan sencillos, tan profundos ! Los modernos autores castellanos que nos dan el fruto de su arte exquisito e inspirado. Campoamor, el viejo de las dulces filosofías; Núñez de Arce, el majestuoso autor de tantos brillantes poemas; Rueda, Villaes-

pesa, Marquina, Carrere, los actuales reyes del ritmo. Versos españoles de América, patria de los más excelsos rimadores. Rubén, el gran Rubén. Díaz, Mirón, Santos Chocano, Leopoldo Lugones y Amado Nervo, el sublime mejicano, el de las estrofas místicas, el suave cantor de la paciencia, « eje moral de las almas serenas », mi poeta.

Mis novelas forman una colección numerosa. Victor Hugo, el formidable creador de « Los Miserables », ocupa el primer sitio entre mis favoritos; el inmenso Zola, por quien siento una profunda devoción: Daudet, Dumas, Adams, Azorín, Scott. ¿ Mis preferencias entre los actuales? Blasco Ibáñez, que es un maestro; Pérez Galdós, el viejo extraordinario; Baroja.

¿ Enumerar todos mis volúmenes? Imposible. Hay en mi biblioteca autores y más autores. Libros franceses, libros ingleses, libros rusos. D'Annunzio, con su prosa exquisita; Benavente, con sus comedias elegantes; Trine, con su filosofía encantadora; Eça de Queiros y Anatole France, con sus ironías crueles; Wagner, con sus enseñanzas admirables; los Quintero, con sus optimismos saludables; Pellotán, con sus grandiosas concepciones; Valle Inclán, con sus impecables párrafos sonoros.

¿ Mis autores portorriqueños? No quiero nombrarlos. Hay entre ellos muchos que viven todavía. Guardo sus libros en sitio preferente y gozo intensamente cuando aumenta la colección, que aun resulta poco numerosa. Gautier, Muñoz, de Diego, Brau, ya se han ido para siempre, pero sus obras

hablan de sus espíritus luminosos. Mi colección de libros portorriqueños es pequeña pero valiosa.

Tengo el libro que hace sentir la honda impresión de belleza; el que predica ideales por realizar; el que estudia al niño en los distintos aspectos de su vida multiforme; el que eleva nuestros ojos al azul y pone nuestros espíritus en comunión con el Infinito; el que habla de Dios y nos acerca a Él y busca hacernos dignos de su Bondad Suprema. . . .

He mirado, lector, mis libros con ánimo de escoger algunos que puedan servir a los soldados. Y al hacer la selección he decidido no desprenderme de ninguno de los que descansan en mi biblioteca.

Voy a la librería más cercana, compro unos cuantos volúmenes de prosa interesante y los entrego en seguida, lector, porque sé que voy a amarlos tan intensamente como a los que guardo en mi biblioteca, a los que me dicen, en momentos de soledad y reposo, las mil cosas que el ingenio humano ha ido sumando en sus páginas sugestivas y evocadoras.

HENRY FORD

Generalmente cuando hablo a mis públicos de gente menuda, el nombre de Henry Ford viene a mi memoria. Este es un gran ejemplar humano. Henry Ford es un hombre práctico idealista. El hombre que tiene los dos grandes tesoros.

Hay muchos hombres prácticos en el mundo. A veces inspiran antipatía estos hombres a quienes domina un sórdido egoísmo. Hay muchos idealistas en el mundo. A veces inspiran estos hombres pena, que no saben aplicar su ciencia, su experiencia, su idealismo. Hay pocos hombres que reúnen las dos condiciones y cuando encontramos a uno hay que presentarlo a la juventud para decirle:

«Aquí está el hombre a quien debes imitar. Éste es el ejemplo de lo que debieras tú tratar de ser: hombre práctico idealista.»

«No sólo de pan vive el hombre», dijo Jesús. ¡Hay tantos hombres que no piensan nada más que en el pan! El hombre vive también de la palabra que sale de la boca de Dios. ¡La palabra que sale de la boca de Dios! ¡Oh, admirable sencillez la de Jesús! No te olvides, joven lector, de esta frase y busca la palabra que sale de la boca jamás vista, que habla a la humanidad.

Ford piensa en poner el automóvil al alcance de todas las fortunas y piensa además en que su país utilice siempre sus enormes recursos en ayudar a los pueblos que necesitan protección porque

solamente utilizando la fuerza en el bien es que puede persistir. « América será poderosa mientras sea buena », dice Ford el hombre práctico idealista, el que está pendiente de los mil detalles de su enorme factoría, el que regala diez millones a sus obreros en un momento de reparadora justicia, el que se preocupa por la paz del mundo y en realizarla pone sus empeños.

La figura de Ford despierta en mis públicos de gente menuda gran interés. Los niños son buenos amigos de los hombres que saben elevarse por su propio esfuerzo. Ford es uno de ellos, acaso uno de los más interesantes. El pequeño Enrique, el niño de once años empeñado en descomponer un reloj. ¡ Cuánto entusiasmo provoca ! « He aquí al mecánico futuro revelando su inclinación, dándose a conocer en la infancia y si la oyeran los padres y maestros acaso no habría tantos seres desgraciados porque no encuentran placer en el trabajo, que es alegría si hacemos aquello para lo cual sentimos inclinación natural. »

Los niños oyen con interés la historia de Ford, el gran servidor de la humanidad. ¡ Si pudiésemos formar un Ford puertorriqueño !

Ford está en Puerto Rico. Ha llegado en el último vapor en un viaje relámpago. Se va dentro de pocos días. Le acompañan algunos ingenieros que permanecerán algún tiempo en la isla haciendo trabajos de investigación. He querido ir a verle en seguida para comunicar a mis pequeños lectores sus impresiones sobre nuestra isla. Ford es un

carácter abierto y franco que siente lo que dice y dice lo que siente. Una entrevista con él ha de resultar interesante.

— ¿ Puede saberse el propósito de su viaje ? — Le hemos dicho en seguida.

Y él nos ha contestado: — El viaje es a un tiempo placer y utilidad. Quería descansar unos días y pensé en la isla de Puerto Rico de cuya belleza me habían hablado muchos. Es realmente bella. Pensé a un tiempo en que me acompañasen algunos expertos de mi factoría para realizar algunos trabajos de investigación en vuestras minas de hierro.

¿ Minas de hierro ? He recordado lo que de ellas decía el viejo texto de geografía que estudié en la escuela. Sí; hay minas de hierro en Puerto Rico. Necesitamos desarrollarlas.

— A eso vengo. Se me informa que estas minas constituyen una riqueza muerta del país. Nadie ha tratado de explotirlas.

— Que yo sepa. Ud. tiene razón.

Los ojos del fabricante americano brillan entusiasmados. Siente acaso orgullo en ser el primer explorador.

— Me gustaría desarrollar alguna de vuestras minas, dice. Tengo anotados aquí varios nombres. Ford me muestra una pequeña libreta donde hay varios nombres de pueblos de la isla, entre ellos Arroyo. Se dice que en estos pueblos hay hierro. Buscaremos ese hierro que el mundo necesita. Aun hay mucho que hacer en el mundo.

Observo con cuidado al hombre cuya historia

leo con tanto interés y siento el deseo de preguntarle muchas cosas. La misma ansiedad de aprovechar el tiempo me hace ser torpe al preguntar.

— Estoy leyendo la historia de su vida — dígame. Es muy interesante.

¿ De veras ? Es la historia de un trabajador con confianza en sí mismo y en los demás. ! En los demás ! — repite.

— Efectivamente.

Lo habrá usted observado. Cuando ganaba dos dollars y medio por semana en la « James Flower Corporation » era exactamente el mismo Ford de ahora.

Ford recuerda los viejos tiempos de lucha. Entonces era cuando cada experiencia sugería una lección interesante de vida. El pobre aprende a vivir. Es bueno empezar siendo pobre.

En su conversación agradable le he oído muchas de las ideas que de él he leído en el libro de su historia.

— El fracaso de muchos hombres consiste en que no saben ganar lo que gastan. Una sencillez, ¿ verdad ? ¡ Cuántas lágrimas cuesta !

Saber economizar es bueno. Saber invertir es mejor. ! Saber invertir es mejor ! pienso. Ford tiene una fábrica que ocupa 276 acres y su planta que es la mayor del mundo desarrolla 45,000 caballos de fuerza. Más de 20,000 personas trabajan en ella. El hombre que ganaba dos dollars y medio semanales, ha sabido, sin duda, invertir.

Mientras recuerdo estos detalles y hago mentalmente estos comentarios oigo a Ford otras palabras

que me llamaron la atención al leerlas en su biografía. « Hay que hacer aquellas cosas que producen la mayor cantidad de bien al mayor número de personas. »

« Es esperando el bien de los demás que mereceremos la protección de Dios, es ayudando a los demás que nos ayudamos a nosotros mismos. » Ford ha pensado siempre en los demás y Dios ha derramado pródigamente en sus cajas tesoros materiales.

Observo al hombre de grandes ojos azules que miran fijamente y aunque tengo el deseo natural de quedarme a su lado para seguir oyéndole, me levanto para despedirme. No quiero molestarle más tiempo. Él tiene que andar a prisa para ver lo que mi país puede ofrecer a sus ojos observadores y yo estoy robando el tiempo que necesita mi país.

— ¡ Buena suerte en nuestra tierra ! — le digo .

Él se levanta y me da un fuerte apretón de manos.

Cuando empieza a decirme al fin palabras de despedida la ilusión de la entrevista desaparece. Despierto de un sueño grato en que vi al hombre con cuya biografía estoy entreteniéndome y entreteniéndome a mis hijos durante las noches tranquilas de mi hogar.

Es el encanto de una vida útil que penetra hondamente en el alma.

¡ El apretón de manos de Ford !

Aun lo siento.

ORIENTACIÓN

— Para Delfín López.

Hago mi vida interior,
Busco la lumbre del cielo
Y es, en la tierra, mi anhelo
Pasar derramando amor.

Busco dónde está el dolor,
Para llevar mi consuelo.
Calmar el ajeno duelo
Es mi delicia mayor.

Sigue tú, feliz mortal,
Este camino ideal
Que te traza mi intuición.

Sé el minero de ti mismo,
Busca adentro, en el abismo
De tu propio corazón.

JUAN B. HUYKE

13



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3023854531

0 5917 3023854531